La vida pequeña
Cuentos de antes y de ahora
Elena Soriano

Plaza & Janés Editores, S.A.

Portada de

GS-GRAFICS, S. A

Primera edición: Junio, 1989

© 1989, Elena Soriano
Editado por PLAZA & JANES EDITORES, S. A.
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-38149-5 — Depósito Legal: B. 25.712 - 1989

Impreso en T. G. Soler, S. A. — Luis Millet, 69 — Esplugues de Llobregat (Barcelona)

«Prefiero contar la vida pequeña de la gente del pueblo a las historias de grandes personajes.»

SHERWOOD ANDERSON

«El tejido de la verdadera literatura está hecho con los sentimientos y los sucesos cotidianos, es el mundo relativo de cada día: sólo a través de lo relativo y cotidiano podemos entrever lo perdurable.»

OCTAVIO PAZ

EL PERFUME

Esta tarde me he quedado en casa. Llovía y sentí pereza de acudir a la tertulia del café o de buscar la efímera vivencia con seres irreales, en una sala de espectáculos. Pero no me ha faltado distracción. A las cuatro, timbrazo y anuncio de una visita: mi amiga Irma. Irrumpe en la habitación con su ímpetu habitual, siempre como anunciando una catástrofe... Mas, por lo visto, es una catástrofe efectiva, lo de hoy: me abraza y me besa hecha un mar de lágrimas, lágrimas auténticas, que brotan sin cuidado de disolver el rímel; me doy cuenta, con estupor, de que no viene maquillada en absoluto... No puedo menos de mirarla con la misma curiosidad que si la viese por primera vez: no es fea, esta muchacha; tiene gracia su nariz respingona, y más aún, su boca recta, de rapaz descarado y tenaz. El resto es una mediocre personalidad de treintona bien cuidada y vestida por un modisto caro.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—¿Qué es lo peor que me puede pasar? —interroga ella, a

su vez, mirándome de hito en hito, con expresión desolada.

Adivino en el acto:

—Has reñido con Abel —digo, con cierta fruición íntima. Las relaciones de mi amiga eran tan prolongadas y pacíficas, que ya me producían empalago.

Irma solloza de nuevo, al asentir. Comprendo que debo prepararme para una larga, tal vez penosa confidencia... Tranquilamente organizo la *mise en scéne*: hago sentar a mi visita en el diván, aproximo el velador, busco los cigarrillos, encargo buen café...

Y, durante dos horas, escucho la consabida letanía, suspicaz y lamentosa, de toda mujer que lleva amando a un hombre, ininterrumpidamente, casi diez años. Ningún hecho concreto, ninguna situación extraordinaria, nada digno de especial consignación.

—Mira, Irma, de todas tus divagaciones sólo saco esta conclusión: que sufres un acceso de hiperfelicidad.

Ella deniega rotundamente, vuelve a desmenuzar las mismas futilezas, se enfada, me acusa de inepcia psicológica... Entretanto, la contemplo con atención: sin maquillaje, tiene ese cutis que ha sido muy hermoso, pero que ya empieza a velarse de una tenue telaraña irremisible... Sin embargo, de toda su persona sigue trascendiendo un algo indefinible sumamente fresco y encantador, delicado y primaveral, que, siempre, desde que la conozco, me llamó la atención. Pero no acierto a concretar qué es... Ella envejece, indudablemente; comienza a bajar de físico; pero esto otro permanece intacto, inmarcesible. Y me doy cuenta de que, mientras lo conserve, es imposible que Abel la deje de amar. Desde luego, siendo un hombre inteligente y renombrado en su profesión, hay quien se burla un poco de su «perrunismo amatorio» con esta mujer, nada excepcional...

—¡Bueno! —le digo, para resumir su relato, con énfasis jovial—. Debes saber que todo eso que dices, aunque sea verdad, es natural: los diez años de intimidad son el Rubicón del amor: hay que pasarlo para llegar a Roma.

Ella me mira un poco confusa, frunciendo el ceño. Yo, muy seriamente, me esfuerzo por hacerme entender. Poco a poco, va

cediendo en su indómita actitud de mujer ultrajada y aviniéndose al yugo de la comprensión. De vez en cuando, todavía recuerda un gesto, una frase, una acción sospechosa, y arrecia un punto en su berrinche.

A las seis y cuarto, timbrazo, nervioso y con un zigzagueo especial. Irma da un salto:

—¡Es Abel! ¡Es su modo de llamar! —Da un gran suspiro de alivio; su boca se curva en el iris de la sonrisa—. Lo sabía. Sabía que si me quiere aún, él también vendría aquí, porque él sabe que tú...

—Todos sabemos más que parece... ¡En fin, me alegro!

—¡Ah, pero aguarda! No quiero estar aquí. No quiero que me vea desde el primer momento; ni que sepa siquiera que he venido... ¡Pero quiero escucharle! Aún dudo, me queda un recelo, una desazón... ¡Tal vez contigo se sincere! ¿Dónde me escondo, que pueda oíros bien?

—¡Eso es muy feo, Irma! —digo severamente, como una institutriz a una niña que quiere meter los dedos en la mermelada.

—¡Déjate ahora de estética! —dice con decisión, autoritaria, excitadísima.

Mientras ordeno a la criada retirar el servicio y que no diga a la nueva visita que estoy acompañada, mi amiga sigue hablando, de prisa, los ojos brillantes, los labios tersos, como en su mejor época:

—Mira, voy a hacer una prueba, una gran prueba. Es la decisiva. Si no me falla, no volveré a ser estúpida, nunca más... Escucha: él dice, me lo ha dicho siempre, que lo primero que le atrajo en mí, lo que más le subyugó, lo que le mantiene encadenado de por vida y le vedará siempre acercarse a otra mujer, es... mi olor. ¡Entiéndeme! Es el perfume que uso y no lo es en sí, sino combinado conmigo misma... ¿Comprendes? Siempre lo ha dicho: «Aunque huyeras de mí para esconderte en el centro de la Tierra, allí te seguiría yo, sin vacilar, y te hallaría, sólo por el rastro. Evoco tu presencia en los lugares que has estado; reconozco las ropas que te has puesto una vez;

los libros que has leído, casi lo que has rozado apenas con tu mano. Te identificaría, a ciegas, entre mil mujeres; no puedo soportar el olor de ninguna otra...»

Escucho a Irma con una especie de deslumbramiento. ¡Eso es! ¡Abel tiene razón! Es la criatura que usa un perfume más consustancial con su ser. No huele a nada, sino a ella misma: a carne limpísima, a agua corriente, un poco a viento del bosque, quizá... Pero es tan vago, tan sutil, tan inefable, que yo no lo podía definir: sólo el amor era capaz de hacerlo.

Yo también soy presa de tentación por comprobar tan estupendo hecho: accedo, románticamente, al plan de mi amiga. La escondo en mi alcoba. Corro cuidadosamente las cortinas. Y aguardo, con cierta emoción.

Entra Abel. Viene pálido, desaliñado. Mira a todos lados, con expresión desconcertada, y apenas acierta a saludar. No es un muchacho ya, creo que pasa de los cuarenta; pero tiene una esbeltez totalmente juvenil y, sobre todo, un candor, una limpidez en la mirada, que, a veces, le hace parecer un adolescente. Sin duda es uno de esos hombres superdiferenciados, que no saben amar más que una vez —me digo, esta vez sin el menor resabio de ironía.

Me apresuro a hablarle de diversas cosas, muy ajenas a la cuestión que a ambos nos llena el pensamiento. Él es, fundamentalmente, tímido: hasta que yo, en tono distraído, le pregunto por Irma, no exclama, con gesto consternado:

—Pero, ¿no ha estado aquí?

Me estremezco de decepción. ¿Qué ocurre? ¿No percibe el perfume subyugador? ¿O no es tan sincero y espontáneo como yo le suponía? Dirijo una mirada inquieta a las cortinas de mi alcoba, tras las cuales imagino el rostro anheloso... Miento, con cierto esfuerzo ya:

—No he visto a Irma hace una semana.

Y espero aún. Espero con ironía y con ternura, con desconconfianza y con ilusión. Abel mira y remira en torno, tristemente, como ante una tragedia consumada. Veo que sufre ya de veras y que no se expansiona por mero puntillo de dignidad viril.

Pues yo también soy terca, quiero agotar la prueba: no le ayudo lo más mínimo a iniciar su confidencia. Permanece casi media hora a mi lado, en un torpe simulacro de conversación: ni él ni yo pensamos en lo que decimos, creo que, a veces, parecemos jugar a los despropósitos. Me siento desazonada, violentísima. ¡Basta ya!

—Mira, Abel, perdóname: todavía tengo que salir...

Se levanta precipitadamente, se aturrulla. Pero suspira aliviado: él también quería escapar. ¿A dónde? ¿A qué...? Bien veo que está por completo despistado y al borde de la desesperación. Pero soy implacable, hasta experimento una especie de coraje despectivo hacia él.

Ya en la puerta, sólo se atreve a decir, con un amago de sollozo:

—Si ves a Irma, dile que no puedo vivir sin ella, que no tiene razón.

Ni siquiera me hago de nuevas. Digo, simplemente, con premura:

—Así lo haré. Estás algo desmejorado: cuídate.

—Sí, llevo varios días con un fuerte catarro. Creo que es la gripe. ¡Adiós!

Vuelvo hacia Irma, llamándola con regocijo, en súbita reacción. La encuentro en un estado lamentable. Pero no de congoja, como cuando vino.

—Ya ves —dice, espaciando cada sílaba—: no hay ya nada que hacer.

—¡Pero criatura! —le digo yo, riendo—. ¿Cómo te va a oler, si tiene un gripazo fenomenal?

—Es igual —dice ella fríamente, con una absoluta, fatal indiferencia—. Soy yo quien no le quiere ya... Mi perfume no debía entrarle por los sentidos, sino por el alma.

Su boca es un solo trazo, blanco y recto, como hecho con tiza. Su decisión es irrevocable. ¡La conozco muy bien!

(1949)

LA ABUELA LOCA

La abuela está loca. Todos la miran con lástima y con burla cuando se pone a recorrer la casa de arriba abajo, escudriñando los rincones como si buscara algo perdido, quedándose largas horas sentada en los sitios oscuros, gesticulando sin cesar con su arrugado rostro renegrido, murmurando, con su boca desdentada, palabras que nadie logra entender.

La abuela está loca. La nuera se lo dice a voces, perdida la paciencia, cuando al menor descuido, la vieja echa ceniza en el puchero, o tira una silla al pozo, o se pone a perseguir a las gallinas con un palo hasta desgraciar alguna.

La abuela está loca. Los chicos se lo repiten a coro, entre carcajadas, cuando, después de cantar y de jugar al corro con ellos, se harta de pronto y se pone a darles pescozones y patadas, repudiándolos.

—¡Malditos, malditos!

La abuela está loca. Todo el pueblo lo sabe. Y como no se la puede dejar sola y los niños son todavía pequeños, cuando el hijo y la nuera tienen que irse a las faenas del campo, los dejan

a todos en la calle, a la misma puerta de la casa, encomendados a las vecinas. Pero las vecinas, atareadas con sus quehaceres y sus chismorreos, no pueden ocuparse de ellos mucho tiempo. Y para descargarse, dicen a los niños:

—Tened cuidado de la abuela.

Y a ella, para que no se amohíne, también le dicen:

—Tenga mucho cuidado con los niños, ¿eh?

La abuela dice que sí, y se sienta, muy conforme, en un posón de esparto, con unas tijerillas y un montón de trapos en el regazo. Y se pone a recortarlos con mucha aplicación, torciendo un poco la sumida boca cuando tiene que hacer fuerza con la tijera sobre alguna tela dura. Sin alzar la cabeza ni un momento, mascullando a ratos su palabrería confusa, corta y recorta sus retales en trocitos pequeños, cada vez más pequeños, hasta reunir en el halda un montón de confeti multicolor, que contempla y palpa con embeleso. Absorta en su faena, se olvida por completo de los niños.

Los niños se entregan libremente a hacer diabluras: trepan por las rejas de los vecinos, desgarrándose los pantalones; atrapan lagartijas y les cortan el rabo para verlo saltar solo; se pelean rabiosamente; se revuelcan en el charco que hay junto al abrevadero; se arrojan botes llenos de tierra, afirmando que son bombas; se cuelgan en la trasera de los carros que pasan con mies... Hasta que, cansados de sí mismos, se acuerdan de la abuela: corren hacia ella en tropel y, sin darle tiempo a resguardarlo, le arrebatan su tesoro y lo tiran a puñados hacia lo alto, sobre ella misma, salpicando de colorines su canosa cabeza y su vieja toquilla verdinegra. Entonces, la abuela chilla furiosa, como una rata en el cepo:

—¡Malditos, malditos! ¡Iros de aquí, malditos...!

Los niños no hacen caso y la empujan a un lado y otro, como a un tentempié, y luego tiran de ella entre todos y la levantan del serijo y, colgándose de sus brazos y su falda, la hacen girar en molinete —las canillas, flacas y desnudas, asomándole tristemente, atadas por las cintas de las alpargatas negras— hasta que, mareada, se deja caer en el suelo, como un

rebujo flácido y oscuro, del que salen carcajadas y sollozos indistintos.

—¡Abuela loca, abuela loca! —gritan los niños, crueles y cariñosos, echándose de bruces sobre ella, sin dejar de reír...

¡Tararí, tararí...! Plan, rataplán, plan... Chum, tatachum, chum... ¡Tararíiii...!

—¡Los títeres, los títeres!

Los niños abandonan su presa en el acto y echan a correr calle abajo. Y las vecinas salen de sus casas, precipitadamente, con los ojos brillantes, despejados del opaco tedio pueblerino, y también se van corriendo hacia la diversión insólita que anuncian el clarinete, el bombo y el platillo con jocunda desarmonía.

La abuela se ha quedado sola, sentada en medio de la calle, donde la sombra vespertina ensancha su caudal. Se incorpora ágilmente y se queda quieta más de un minuto en el mismo sitio, mirando a todas partes con estupor, contrastando el bullicio que se aleja y se aglutina hacia el centro del pueblo con el silencio que, viniendo del campo, se dilata elásticamente y le permite respirar y pensar. Luego se cruza la toquilla sobre el liso pecho, se aparta de la frente una greña de sucia plata con hilachas de colores enredadas y, de repente, haciendo un visaje de alegría pueril, echa a andar. Echa a andar con suma ligereza, con seguridad y decisión, en dirección opuesta a la que tomaron los demás, desdeñando la llamada estridente y jovial de los titiriteros.

Transpone las tapias de los últimos corrales, atraviesa las eras donde empiezan a amontonarse las gavillas y sale al camino hondo, herida centenaria, pero siempre fresca, sobre el pecho de la colina. No se encuentra con nadie. Sigue andando cada vez más de prisa, no por recelo de ser perseguida, sino más bien por la ilusión de llegar a alguna parte, de alcanzar una meta confusamente presentida. Sus ojos azules, de un azul tan limpio y nuevo que sorprende en un rostro tan mohoso y marchito, miran sólo hacia delante, con la inefable impavidez que únicamente los locos y los niños pueden poseer. Sigue an-

dando. Gesticula y murmura con más exaltación que nunca, pero con más coordinación también. Culmina el misterioso simbolismo de los cifrados mensajes de su razón al mundo. Sigue andando. Camina con un paso tan rápido, que ni un muchacho de veinte años lo podría igualar. Va, como entre dos murallas, entre los altos ribazos, sobre los cuales asoman y se agitan los trigales como infinitos dedos que responden a los gestos de sus manos, que replican a su voz cascada con un cuchicheo que sólo ella puede comprender. Sigue andando. Arriba, el cielo pasa como un río invertido, lento, fresco y azuloso; pero abajo, ella, acalorada, casi corriendo ya, camina sobre la tierra ensombrecida, mientras desde su pecho a su cabeza se va formando un nudo, un nudo tirante y duro que ata el pasado y el presente. Es un nudo tan prieto que la ahoga: tiene que detenerse para tomar aliento y se deja caer sobre el ribazo. Entonces, por primera vez mira en torno, con sus ojos azules lúcidamente dilatados. Y todo lo reconoce: el lugar, la hora, la luz malva y verdosa del crepúsculo, los ruidos apagados sobre el campo, como diluidos en tiempo y en espacio: el ladrar lejanísimo de perros, el grito de un hombre a sus mulas, el tañido de una esquila temblona, el graznido de un cuervo al encontrar carroña... Y, más concreto e inmediato, sobre su cabeza misma, en lo alto de la linde, el rumor de las mieses maduras y resecas, susurrando su complicidad, emanando su excitante olor tostado, el olor masculo y acre del sudor de los segadores. ¡Aquí, aquí, en este mismo instante! Ella y el nietecillo, sentados en la agostada hierba. Los dos callados y tranquilos, descansando de la caminata en el tibio y umbroso silencio... El niño sonríe y restriega su naricilla mocosa contra el delantal de la abuela... De pronto, rompen su paz purísima las voces... Entre el susurro fútil de las mieses, caen las voces, tenues y tremendas: la voz de la mujer, suspirante y caricíosa, y la voz, furiosa de placer, del hombre, diciendo el nombre de ella delirantemente... (La abuela se yergue, rígida, sintiendo que se aprieta el nudo entre su corazón y su cabeza.) Y el niño quiere ponerse en pie, con alegre sorpresa:

—Made... Made... Made t'ahí.

Lo dice ahiladamente, con su media lengua floja. Y quiere trepar por el ribazo. Pero la abuela le tapa la boca con precipitación y lo aprieta entre sus brazos y le habla bajito sobre el oído desesperadamente:

—¡Calla! ¡No, no es madre! ¡Calla, calla, no es madre...!

Y las voces inexorables —la voz dulzona y cantarina, familiar, odiosa, inconfundible; la voz desconocida, forastera, ronca de pasión, repitiendo el nombre de ella— caen sobre la cabeza de la abuela, se escurren por su garganta abajo como un doble nudo corredizo, asfixiante. Arrastra al niño por el hondo camino, tapando la boca pura e insobornable, que sigue balbuciendo:

—Made, made. Made t'ahí.

—¡Calla, calla, maldito! No es la madre. ¡Cállate!

Cuando el niño calla, al fin, y, asustado, llora sin ruido, ella se para jadeando y mira a todas partes como ciega. Y es él quien tiene que guiarla entre tinieblas, hasta el pueblo, hasta la casa, donde la abuela entra haciendo por primera vez gestos extraños, diciendo cosas incomprensibles, riendo y sollozando a un tiempo.

Ahora vuelve a reír y a sollozar de nuevo, cuerdamente. Pero el doble nudo aprieta cada vez más fuerte dentro de su pecho, hasta derribarla en el ribazo, cara a las estrellas, que acaban de brotar en lo alto. Sobre su corazón parado salta un grillo y se pone a serrar dulcemente el silencio nocturno.

(1953)

LA CARRACA

A la puerta de un café, el señor Bruch se despide apresurado de otros dos señores con el pretexto de ocupaciones urgentes en esta misma tarde, puesto que el lunes regresa a Barcelona. Pero es mentira: él respeta escrupulosamente la semana inglesa y además no le queda nada que hacer en Madrid. Lo cierto es que, concluida la operación satisfactoriamente, no tiene deseos de prolongar su trato con semejantes majaderos. Prefiere flotar a solas y a su modo en su vasta libertad de forastero en este sábado primaveral... ¡Qué insoportable ha estado el señor Onís, con sus ínfulas de aristócrata tronado! Todo el tiempo ensalzando la personalidad del señor Bruch a base de odiosas comparaciones regionales y haciéndole concesiones, como, por ejemplo, que es tan simpático, tan correcto, tan señor, que «casi parece madrileño»... Desde luego, él tiene la orgullosa convicción de que no abre las vocales, como los catalanes de revista, y apenas tiene acento. ¡Si no fuera por la t que se le escapa al final de *Madrid* y de *usted* cuando está acalorado...!

¡Con todo, vaya un tío grosero el tal Onís! ¡Para ponderar al otro tipo los artículos Bruch, decir que sus peras de goma son exquisitas, como si fuesen peras de agua! Ya que el señor Onís es tan remilgado, podría dedicarse a negocios más finos que hacer contrabando de cánulas de irrigador... (Es una idiotez, pero como en muy poco tiempo el señor Bruch, fabricante de artículos de caucho, ha proporcionado al país hermano tres partidas de cuarenta mil cánulas de ebonita, no puede desechar la idea de que todos los portugueses sufren cierta cómica enfermedad...)

El señor Bruch ha cruzado la calle Alcalá y transita a paso lento, recreándose, por la de Sevilla. Hace una hermosa tarde, en que las mujeres llevan ya trajes de chaqueta y los hombres van a cuerpo. (Por cierto, tiene razón su mujer: las catalanas visten más a la moda y no se ponen en las solapas estos ramitos de flores artificiales, precisamente al llegar el tiempo de las flores naturales. Pero también es cierto —y esta opinión siempre se la reserva— que aquí se ven más piernas bonitas que allá...) El señor Bruch mira también los escaparates. De súbito, ante uno que exhibe guitarras y bandurrias, por asociación de imágenes, recuerda que necesita hacer algo importante esta misma tarde, antes de ir a buscar la entrada del fútbol. Se detiene a la puerta de la tienda, vacila unos segundos y por fin se decide a entrar.

—Perdone usted. —Tiene cuidado de no dejar escapar la coleta de la *t*; esgrime una sonrisa de excusa y un gesto pueril—. Ya sé, claro, que aquí no... Pero, en fin, ¿usted me haría el favor... sabría decirme dónde puedo comprar una carraca? —Y expresivamente hace girar en el aire una mano cerrada.

—¿Una carraca? —repite con estupor el dependiente; pero reacciona en el acto y dice con naturalidad—: No, señor; no sé decirle... Lo siento.

Interviene otro cortés vendedor:

—Mire, señor: creo que en cualquier cacharrería la encontrará... Y eso que como ya pasó la Cuaresma... Pero acaso en los soportales de la Plaza Mayor... Y desde luego, seguro, en

una tiendecita que hay al principio de la calle de Toledo...

El señor Bruch, muy contento, prosigue su camino un poco más aprisa, mascullando suavemente su puro. Esto de la carraca es una trascendental innovación que él va a introducir en sus costumbres: la noche anterior, en un No-Do, ha visto que en un campo de fútbol extranjero los espectadores usan carracas, en lugar de las gargantas, para expresar sus emociones deportivas. ¡Eso está muy bien! Porque el pito sólo puede usarse para el adversario... Él es un «hincha» feroz del Barcelona, naturalmente, en primer lugar, y después, por orden de categoría, de todos los equipos de su región. Y le gusta vociferar, hacer ruido, expansionarse en los partidos. ¡Pero luego se le inflaman las amígdalas y se pone a morir! Ya en varias ocasiones, y a consecuencia de tales excesos, le han tenido que poner millones de unidades de penicilina. Claro, según el médico, lo que tenía que hacer era cortarse las amígdalas de una vez: las suyas son flemonosas, siempre infectadas, unas verdaderas birrias, indignas de conservación... Pero no acaba de decidirse: le da un miedo atroz, vergonzoso. Y otorga más crédito a cualquier advertencia gratuita sobre el riesgo mortal de la intervención que a todas las garantías formales de médicos y cirujanos. Bueno, y el caso es que a su propio *nano*, con sus cuatro añitos, se las han cortado felizmente hace poco... ¡Pero una persona mayor es otra cosa! Y además, la verdad es que someter al pobre *nano* a la operación fue monstruoso abuso de la patria potestad: si tuviese cumplidos los veintitrés, ¡ya se hubiera visto...!

El señor Bruch recorre ahora una callejuela estrecha, llena de tascas a derecha e izquierda, y que le recuerda la calle Escudillers (¡aunque con muchas menos tapas!). Se enternece recordando su ciudad y su familia... Sin embargo, no siente ninguna impaciencia por volver a ellas, y menos cuando esta misma mañana ha tenido conferencia con su mujer y sabe que todo va bien. Se ha despedido hasta el lunes: ¡no podía dejar de presenciar el triunfo de su equipo! Pero piensa poner el lunes un telegrama, pretextando una dilación en los negocios, o di-

ficultades para adquirir el billete de avión, o algo así... ¡Todo por esas brasileñas que hay en el hotel! El caso es que a lo mejor está haciendo el canelo. Todavía no ha conseguido ligar con ellas una verdadera conversación. Pero está decidido a tirarse a fondo esta misma noche, a la hora del aperitivo en la barra... ¿Qué clase de elementas serán? Sobre todo, la morena tiene un modo de caminar a lo Sofía Loren... ¡Brasil!

Mecánicamente, el señor Bruch se pone a tararear una samba. Y hasta siente el impulso irresistible de balancearse ligeramente y cruzar los pies mientras camina. Lo hubiera hecho de no sufrir un encontronazo con otra persona y ver muy cerca de los suyos ciertos ojos tiernos, de pescado pocho, que él conoce muy bien.

—¡Hombre, Peláez, qué feliz encuentro! —exclama a gritos, con evidente sarcasmo.

—¿Cómo está usted, señor Bruch? —responde el otro con voz ahilada y compunción suma, sin atreverse a sacar las manos de los bolsillos para saludar.

El señor Bruch, con la misma ironía, afirma que se encontraba muy bien, pero que ahora muchísimo mejor, al echar la vista encima a tan famoso Peláez. El tipo lleva la mugrienta gabardina muy abrochada de arriba abajo, bien apretada con el cinturón, y una bufanda al cuello, cuidadosamente cruzada bajo la barba sin afeitar. ¡Como si estuviera resfriado o padeciera también de anginas!, piensa, indignado, el señor Bruch.

—¿Qué hace ustettt aquí? —El coraje le hace soltar la *t* sin control—. ¿No estaba trabajando la provincia de Murcia? ¡Hace más de un mes que no damos con ustettt!

El Peláez comienza a disculparse con desgana, a divagar con incoherencia sobre enfermedades y necesidades urgentes, afirmando que acaba de levantarse de la cama... ¡El muy farsante! El señor Bruch sabe a qué atenerse. Ésta es la cuarta vez que le hace la misma faena en menos de un año, abandona la ruta de representación en cuanto acumula fondos y se viene, sin dar cuenta a nadie, a la capital, a juerguearse hasta la extenuación. Ahora mismo está borracho, indecentemente borra-

cho: a la legua se le ve. ¡Hasta los ojos de besugo le manan alcohol! ¡Y éste es el tipo que le recomendó con tanto interés el inspector de Hacienda! ¡Pero ya no le aguanta más, pase lo que pase! Ahora mismito va a terminar con él. ¡Ah!, pero cuidado: firmeza, serenidad, *self-control*. No dejar de ser «un señor», como le juzga el señor Onís.

—¿Dónde se aloja usted? —Suprimida la t, correctísima pronunciación.

Peláez manifiesta, con un ademán vago, que por aquí cerca, en una pensión.

—Vamos allá ahora mismo —dice autoritariamente el señor Bruch.

El otro, sin rechistar, inclina la cabeza y se pone en marcha por unas callejuelas que huelen a calamares fritos, mientras parece sumido en profunda meditación. De repente, en una rinconada solitaria, se para en seco, se vuelve hacia su acompañante y se desabrocha la gabardina con dedos temblorosos:

—¡Señor Bruch, míreme usted!

No da la sensación de desnudez porque tiene tanto vello que parece que va abrigado con un jersey marrón. El señor Bruch sufre una violenta sacudida de repugnancia, no exenta de lástima intempestiva. Pero se domina y dice fríamente:

—¿Qué ha hecho usted con la ropa?

—Me la he bebido.

—¿Y el muestrario de la casa? ¿Y las maletas?

—¡Me lo he bebido todo! —confiesa Peláez, acentuando la expresión dramática.

El señor Bruch calla un momento y luego dice suavemente:

—Bueno... Lo suponía... Abróchese. Supongo que la documentación no se la habrá bebido también: entréguemela. ¡Y abróchese!

—La tengo en casa...

Sigue andando. Pero el señor Bruch termina por darse cuenta de que están rodeando la misma manzana por segunda vez. Hace la observación y Peláez dice, consternado:

—Es que no me acuerdo bien...

El señor Bruch siente una oleada de sangre caliente en el rostro, se para en seco y suelta una palabrota:

—¡...! ¿Me quiere ustettt torear?

—¿Yo? ¡No; no, señor! —balbucea el otro asustadísimo, alzando la cara.

¡Qué bofetada tiene! Pero es evidente que no le está toreando: es que está idiota, amnésico, de puro borracho... ¡Vaya un fulano! ¿Quién sacude un sopapo a un hombre así?

En este preciso instante, el Peláez, de la misma impresión, tiene una reacción lúcida y se apresura a decir que donde se aloja desde hace unos días es en la calle de la Salud: no recuerda el número exacto, pero está seguro de reconocerlo en cuanto lo vea. ¡Maldito bergante! Va a estropearle toda la tarde, está visto. Pero el señor Bruch siempre arrostra con heroísmo la defensa de sus intereses. ¡Andando!

Tras algunos titubeos, Peláez localiza su residencia actual: es un edificio cochambroso, de facha siniestra, seguramente condenado a la piqueta municipal. Al entrar en el portal, angosto y completamente oscuro, el señor Bruch experimenta, por primera vez, cierto recelo: si este tipo le hiciera caer en una trampa... Lleva en el bolsillo veinte mil pesetas y un cheque de doscientas mil... Mira de reojo a su acompañante: le ve moquicaído, a rastras casi, materialmente hecho polvo... ¡Ca, ni del esfuerzo de un atraco es capaz éste! De todos modos, como siempre que baja o sube una escalera desconocida con una persona desconocida, el señor Bruch hace maniobras extrañas, adelantándose y retrasándose alternativamente... Por fin, Peláez llama con los nudillos a una puerta, por cuya mirilla sale en seguida, con el chorro de luz de una linterna, un gritito acre:

—¡Ah, es usted! Ya sabe que sin los cuartos no se puede quedar.

Peláez se aparta un poco para dejar ver a su acompañante y dice con una voz transformada, firme, hasta petulante:

—Viene mi jefe. Se pagará.

(¡Qué cara más dura! ¿Quién le ha dicho a él...? Bueno, sangre fría, honorabilidad...)

Apenas se abre la puerta, tufarada a coles cocidas, a carbón de encina y, sobre todo, husmo a chinches, inconfundible. ¿Cómo puede haber todavía chinches, existiendo el DDT?

En el recibimiento hay dos mujeres en actitud expectante. No necesitan decir que son hermanas; lo raro es que no estén pegadas por la espalda. Ambas parecen mitad dos fláccidos trapos grises, mitad dos sargentos de la Policía Armada. ¡Es curioso que den, a un tiempo, impresión de gravidez fantasmal y de temible vigor físico! Ante la buena presencia del señor Bruch adoptan modales amables y se quitan una a otra la palabra, dando bondadosas explicaciones:

—¡Pobrecillo! Le subió el sereno casi en brazos, ¿sabe? Nosotras le desnudamos, le acostamos... Bueno, ya no traía ni pantalones, ni calcetines siquiera... ¡Una lástima, una lástima, señor! Y no le conocíamos, nunca había venido antes... Pero nosotras somos tan compasivas... Nunca preguntamos nada a los huéspedes: ¡con tal que paguen por la mañana...! Éste se pasó dos días enteros durmiendo...

Peláez las deja decir, indiferente, abúlico. El señor Bruch, desazonado, reclama sus papeles, sin aceptar la reiterada invitación a pasar al interior, Peláez transmite la petición a las arpías: son ellas las depositarias de su documentación. Y dicen:

—Era la única garantía de que volvería por aquí a pagar, ¿comprende?

—¿Cuánto debe? —pregunta el señor Bruch con resignación.

—Cuarenta y cinco pesetas, señor; sólo tres noches.

—Creía que eran dos... —contradice débilmente Peláez.

El señor Bruch paga y recupera la dichosa documentación: la credencial con su firma, el talonario de pedidos, el catálogo general, hojas de propaganda... Experimenta una absurda vergüenza, un violento sonrojo, como si estuviera realizando un sucio chantaje. Inmediatamente inicia la retirada. Pero aún, los dos viragos le cortan el paso en la misma puerta, repitiendo sus excusas superfluas y sus ingratas confidencias, arrojándole al rostro sus alientos, que huelen a caries y a vinagre: ellas son

las dos solas en el mundo, ¿sabe?, pero se defienden bien con su clientela de hombres; si alguno se pone farruco, no necesitan llamar a nadie para sentarle la mano... Se derriten en sonrisas, mientras consideran con ojos arrobados y avarientos el cuello duro, la corbata de seda natural, el traje bien cortado del señor Bruch, y aspiran con repugnante voluptuosidad sus efluvios a tabaco habano y a lavanda inglesa... Por fin, el señor Bruch consigue precipitarse escaleras abajo, seguido de Peláez, que se empeña en acompañar cortésmente a su ex jefe hasta el portal. Cuando éste le dice adiós, con aire embarazado, casi de disculpa, el otro aún exclama, implorante:

—¿Y esta noche, señor Bruch?

Furioso, sobre todo consigo mismo, el señor Bruch se echa mano a la cartera y pone diez duros en la mano de Peláez:

—Tome... ¡Y no le doy ningún consejo!

—Gracias, muchas gracias, señor Bruch.

Le mira receloso: ¿por qué le da las gracias, por su limosna o por su inhibición? Sofocadísimo, le dice con voz sorda:

—Haga lo que le venga en gana. Se los bebe ahora mismo, o se compra estricnina y revienta de una vez. ¡Lo único que quiero es no saber nunca más de «ustettt»!

Esta vez, la *t* final ha salido con la fuerza explosiva de un cohete. Apenas se aparta de Peláez, tiene una fugaz vacilación: de buena gana se volvería a él, no sabe si para quitarle los diez duros o para darle más...

Y ahora, ¿qué? Mira su reloj y recuerda que aún tiene que adquirir su entrada de fútbol. ¡Puede que no la consiga ya ni de estraperlo! ¡Bueno! ¿Y la carraca? Tal vez le diera tiempo, antes de cerrar las tiendas...

De pronto siente una total desgana de la carraca. La imagina en sus manos y comprende que no le serviría para nada. Una carraca es, después de todo, una cosa tonta, de niños pequeñitos; hace ruido, pero siempre el mismo, monótono, sin matices —ra, ra, ra, ra...—. No dice nada concreto; menos que un pito aún... Pero, sobre todo, no se la siente salir de uno mismo, de lo más profundo de la sangre hirviendo, en una

expansión verdaderamente fisiológica, que es lo que hace descansar. Porque el señor Bruch tiene unas ganas locas de gritar, de proferir insultos a troche y moche, de soltar tacos muy gordos. Espera que estas ganas le duren hasta el fútbol del día siguiente, aun a costa de una grave amigdalitis.

(1954)

VIAJERA DE SEGUNDA

La muchacha estaba sola en la plataforma, de pie, agazapada, los brazos un poco separados del cuerpo, rígidamente apoyados en los lados del ángulo que formaba la puerta del lavabo con la gran puerta de fuelle, que seguía abierta casi del todo, en un jugueteo monótono de acordeón, sobre la oscuridad fugaz y vertiginosa de fuera. Permanecía inmóvil en aquel rincón, en atroz contracción muscular y nerviosa, con las pupilas dilatadas y fijas sobre la fascinante, elástica abertura, tan cercana, que a intervalos iguales podía ver los luminosos focos de señales a ras de tierra y el brillante deslizamiento velocísimo del alambre que orillaba la vía.

El viento, cada vez más fresco e impregnado de aromas serranos, entraba con una violencia dulce y la envolvía en rumores, como haciendo patente su exclusivo y secreto testimonio. La muchacha se daba cuenta de esto, de la única presencia del viento, acariciando con cierta furia sus brazos desnudos, su frente golpeada en el interior por un oleaje alternativamente

ardiente y frío. Y vagamente razonaba que este viento era puro y confortador, indiferente a todo o ignorándolo quizá, pues tal vez no fuese ya el mismo viento de un minuto antes, minuto que se iba quedando también kilómetros y kilómetros atrás, dejándola liberada.

Debería tranquilizarse, moverse, apartarse del peligroso rincón desde el cual podía ser lanzada al exterior por un vaivén violento... Sí, en cuanto lograra vencer su pasmo absoluto —tenía la esperanza de lograrlo, como en medio de una pesadilla se tiene la esperanza de despertar—, volvería al interior del departamento y se pondría su chaqueta de punto. La había dejado sobre el asiento y la echaba de menos, porque el viento se hacía cada vez más fuerte y más frío... (El recuerdo del hermoso color verde de la chaqueta pasó como una ola marina sobre su cerebro candente y le produjo una especie de alivio divagador.) Ella misma se había confeccionado, por las noches, aquella prenda, copiándola de un modelo del taller, lo mismo que el vestido que llevaba puesto y que otros de su escaso ropero. Pero tenía que usarlos en días de asueto, subrepticiamente, para que no se enterase Madame, porque Madame era intolerante y prohibía a sus dependientes, bajo pena de despido, imitar el menor detalle de las creaciones de la casa. No obstante, la muchacha lo hacía, hábil y secretamente: por eso, en ocasiones, podía pasar muy bien por una chica distinguida y no por una obrera de quince pesetas de jornal. (El concreto y alucinante sentido de su situación presente le revino de pronto y renovó su crispado enervamiento; pero ahora pudo seguir pensando.) Pensó, con odio repentino, en el taller de Madame, en las zarandajas con que Madame estafaba a sus clientes, en la misma Madame, blanca, grasienta y dulzona como la mantequilla de Soria; en sus modales afectados y en sus rotundas sentencias sobre la elegancia y el buen gusto. Ella siempre se burló de la franchuta, y hacía reír a sus compañeras remedando graciosamente sus ademanes y sus frases gangosas. Pero ahora se daba cuenta, con indecible repugnancia, de que los había asimilado por completo y formaban ya parte de su propia na-

turaleza. Y hallaba una oscura relación entre todo ello y esto de ahora. (Tuvo un estremecimiento convulsivo.) Pero esto de ahora había sido algo muy distinto, de raíz más entrañable, en cierto modo justificado, aunque ella no lo pudiese definir, ni nadie pudiera entenderlo por más que intentara explicarlo.

Durante todo el verano le había salido bien, gracias a la aglomeración de viajeros los sábados y los lunes: precisamente, los días en que ella tenía que ir y venir en los trenes serranos, para pasar el domingo con mamá y el hermanito, en casa de la tía. Al principio, lo hizo casualmente o por necesidad, empujada por el gentío precipitado, con cierto sentimiento de timidez y vergüenza al utilizar algo que no le correspondía. Pero pronto se dio cuenta de que muy pocas personas llevaban el billete de la clase que ocupaban; incluso algunas no llevaban ninguno y hacían maniobras hábiles para escapar al revisor. De modo que ella también empezó a subirse en departamento de segunda deliberadamente, procurando llegar temprano para hacer el viaje sentada —y no por mero afán de comodidad, sino por una extraña complacencia vanidosa—, a sabiendas de que el tren se ponía tan abarrotado en la misma estación, que el revisor no podía decirle nada, las pocas veces que llegara a tiempo de picarle su billete antes de apearse. Terminó por hacerlo así siempre, se acostumbró a lo largo de tres meses, hasta convertirlo en un acto natural y legítimo, sin ningún carácter de fraude: subía directamente al vagón de segunda, se instalaba en él como con todo derecho —incluso algún viajero con billete de tercera se apresuraba a cederle su asiento cuando la veía mirar en torno suyo con aire imperativo— y contemplaba de igual a igual a los pocos viajeros que evidentemente llevaban el billete debido, afectando a veces el gesto de quien viaja en segunda porque los trenes de cercanías no tienen primera... A nadie, ni a ella misma, podía ocurrírsele dudar de que era una auténtica viajera de segunda, que sabía vestir con gusto y pronunciar una docena de palabras francesas como si se hubiese educado en el «Sacre Coeur»... Era un juego inconsciente de su vanidad, una presunción pueril de muchacha pobre

y bonita, sin ninguna intención trascendente ni aspiración malsana. Pues a pesar de que hacía sola aquellos cortos viajes, a pesar de que adoptaba a veces actitudes coquetuelas y cinematográficas, se percibía en todo ello un matiz limpio, digno e inequívoco, que detenía a los hombres en los límites de la corrección y del respeto. Si alguno intentaba el flirt, tropezaba con un desarmante candor y una frigidez de niña, porque el vislumbre del amor aún provocaba en ella solamente orgullo y risa...

Todo fue fácil hasta setiembre, cuando pidió permiso a Madame para pasar cuatro días en las fiestas del pueblo de la tía. El regreso a Madrid tuvo que hacerlo en mitad de semana... Naturalmente, se subió a un vagón de segunda, sin pensarlo siquiera, de manera automática. Por un momento, al instalarse a placer, se dio cuenta de que el departamento no iba lleno, y esto le chocó por inusitado, pero no despertó en ella ninguna inquietud ni el menor sentimiento de clandestinidad. En la estación siguiente subieron algunos viajeros más; pero no invadieron en masa el tren, como las mañanas de los lunes. Y la gente que aquel día la acompañaba era toda circunspecta y bien vestida, como a ella le gustaba, como la hacía sentirse más de veras viajera de segunda... Procuraba permanecer en postura distinguida, observando de reojo la impresión que causaba en sus compañeros de viaje: efectivamente, era tan joven, tan guapa, tan graciosa, iba ataviada con tanto acierto, que atraía la atención simpática de todo el mundo...

¡Y en esto, él...! En el primer segundo, no la alteró su presencia, apenas la advirtió. Pero reaccionó en seguida con la loca esperanza de pasar inadvertida si se volvía casi de espaldas, mirando con fingido interés por la ventanilla.

—Señorita...

Se lo hizo repetir tres veces y eso fue una torpeza, pues concentró todavía más la atención de los demás viajeros. Y su sorpresa fue exagerada, al volverse bruscamente hacia el revisor.

—¡Ah! ¿Qué? —exclamó como una mala actriz.

Lo vio ante sí, alto, serio, antipático, como si no fuera joven.

—Billete, por favor —estaba diciendo en tono indiferente.

Con un nudo en la garganta, roja como el coral, todo su orgullo en suplicio bajo las miradas múltiples, alargó su billetito pardo. Y él dijo, reteniendo el billete y observándola con curiosidad:

—Tengo que hacerle diferencia, señorita.

Ella no sabía qué era aquello; pero, presintiendo una salida digna, murmuró:

—Bueno, hágala.

Y el tío antipático la miró de nuevo —¡todos seguían mirándola en silencio, con una fijeza absurda!—, y después de tardar un tiempo infinito en tomar nota de su pobre cartón pardo, se lo devolvió, junto con un papel garrapateado:

—Son doce ochenta.

Le dio el dinero con desdén, sin mirarle siquiera, manteniendo la cabeza muy erguida y vuelta al lado opuesto, mientras él, con gran amabilidad, le daba las gracias. Luego mantuvo una actitud señorial y altiva, pero en su interior sentía esfumarse toda la distinción y las buenas formas adoptadas, y tenía que esforzarse para no lanzar en alta voz una sarta de epítetos castizos y malsonantes contra la Renfe y todos sus empleados.

Después se enteró en el taller de que eso de la diferencia de clase era una martingala muy corriente ahora, incluso entre la gente rica: nadie un poco listo sacaba billete de segunda para cercanías: adquiría tercera, se aposentaba en segunda, y si el tren no se llenaba para justificarlo, siempre cabía pagar la diferencia. Esto no chocaba a nadie: era como una represalia tácita y general contra los disparatados precios de los ferrocarriles. Saberlo así la tranquilizó a medias; de todos modos, ella no podía jugar semejante albur con frecuencia; ella era una buena chica, de las pocas que todavía entregan el jornal íntegro a mamá y reciben un dinerillo escaso para sus gastos...

Pero ni un solo instante le pasó por las mientes dejar de viajar en segunda. El instinto confortable se había hecho desprecio definitivo y repulsión invencible hacia el ignominioso tercera con asiento de tablas; la costumbre inocente se había convertido en una necesidad concienzuda y como viciosa. Nadie la entendería, desde luego, ni ella podía explicárselo; pero así era: tenía que seguir siendo viajera de segunda. Pero ya no pudo serlo con la facilidad y el aplomo de antes: sus viajes semanales se hicieron accidentados y vergonzantes y, al mismo tiempo, llenos del interés y del morboso aliciente del riesgo: el riesgo pequeño y grotesco de ser descubierta por el revisor. Porque el revisor la tomó con ella, evidentemente: era siempre el mismo en aquellos viajes, y sin duda la había calado y se divertía en darle caza: tal vez acechaba su subida al departamento y la buscaba por todo el tren, sólo para comprobar que llevaba siempre un mísero tercera, aunque fuera sentada en segunda con perfecto derecho, porque no hubiese otro sitio. Incluso en una ocasión llegó a levantarla del asiento y a llevarla a otro, en el vagón correspondiente, porque ella se negó a pagar la diferencia, y la dejó instalada entre un soldado borracho y una vieja cargada de cestas, haciéndole, antes de marcharse, una burlona reverencia. Aunque nunca le miró de frente, se daba cuenta de que era joven, moreno, de barba muy cerrada, odioso. Sí, llegó a odiar cordialmente a aquel hombre que la tenía en vilo todo el trayecto, que la perseguía con saña y la obligaba a levantarse bruscamente cortando una conversación grata con el viajero de enfrente, a salirse con frecuencia a la plataforma, a quedarse en el pasillo largos ratos, con medio cuerpo inclinado sobre la ventanilla, incluso a esconderse en el retrete...

Y así, las cuatro últimas semanas, hasta hoy. Hoy era su último viaje al pueblo. El lunes regresaría con mamá y el niño definitivamente. Dejaría de comer fiambre en el mismo taller y de irse a dormir a casa de una compañera, compartiendo su cama chinchosa y sus disgustos de familia mal educada. Por ahora, adiós al tren, al segunda ilegítimo y al doloroso juego

humillante con el revisor. Por eso, precisamente, hoy había querido jugar fuerte: se había puesto su vestido más elegante, sus únicas medias de nylon y su chaqueta de punto de color verde mar; se había maquillado algo más que de costumbre y se había peinado con primor; y se había perfumado con el extracto francés auténtico que le regaló Madame en su santo; y había acudido muy temprano a la estación y, después de comprar allí mismo una revista de cine muy decorativa para su atuendo, se había acercado a la taquilla a pedir su billete en voz alta, tan ufana como si pidiese un tren especial:

—¡Un segunda!

El departamento estaba aún vacío —ni se llenó después, porque el tráfico serrano había disminuido mucho ya—, y ella pudo elegir el asiento más visible desde las puertas. Se arrellanó cómodamente, estiró con discreción las piernas para lucir mejor sus lindas fundas, desplegó la revista sobre sus rodillas y se puso a fingir que leía, pero alzando hacia cada viajero que entraba una breve ojeada de displicencia y de superioridad: seguramente todos con pase. ¡Ella sola, auténtica viajera de segunda! ¡Hoy era su día! (*Su día*, se repitió ahora con horror y sollozó convulsivamente, sintiendo un dolor atroz en las uñas que clavaba en la madera del vagón.) En seguida, se sintió impaciente y temerosa del rápido avance del tren, y con frecuencia miraba hacia las puertas y hacia el asiento frontero, que iba vacío y cuyo respaldo llevaba el velillo de malla colgado al revés: EFNER, ponía en grandes letras a ganchillo, y esto le producía desazón. De buena gana lo hubiera descolgado y colocado bien; pero contuvo su impulso porque no resultaría distinguido, y si él entraba en aquel momento... Pero pasaban estaciones y no venía. Se bajaban viajeros y no subía ninguno. La luz sobre los campos era cada vez más débil, como si el tren fuese entrando en un vastísimo túnel. Alguien, sensible al relente del véspero, se levantó y cerró con estrépito las puertas de salida a las plataformas... ¡Dios santo, qué ansiedad! ¿Tendría tan mala suerte? Podía ocurrir que él no llegara a tiempo, que hoy estuviera de descanso, que hubiese

cambiado de tren o de horario en el servicio. ¡El último día, el único día en que ella había gastado su dinero en un billete de segunda, sólo para reírse de su chasco, ver confundida aquella cara tan seria y tan dura que venía siendo su obsesión durante un mes. La idea del fracaso le producía no sólo despecho, sino un curioso sentimiento de tristeza, que intentaba calificar de venganza insatisfecha...

¡Por fin! Aquí estaba. Con su irritante aire cortés y su guardapolvos de hortera. Naturalmente, como siempre, fue a ella a quien miró primero. Pero ella le sostuvo esta vez la mirada y vio en la suya la chispa divertida y amenazadora que esperaba, y le devolvió otra plena de rencor y desafío. Y él fue examinando con mucha calma los billetes de los escasos viajeros que quedaban, dejándola a ella como plato sabroso que se reserva para postre. Hasta hizo el movimiento de marcharse, como olvidándola. Pero no: de pronto se volvió y se fue derecho a ella:

—Billete, señorita, por favor —y se rió silenciosamente.

Ella tenía pensado rebuscar despacio su cartoncito azul y alargárselo con callado desprecio. Pero, no supo cómo, perdió el dominio de sus nervios y se lo dio de prisa, casi atropelladamente y dijo con voz alta y rabiosa:

—¡Tome, lobo feroz!

La oyeron los otros viajeros y se quedaron mirándolos con estupor. Pero él, imperturbable, perforó el billete, se lo devolvió con una reverencia más acentuada que de costumbre y dijo, como siempre:

—Gracias, señorita —con una voz que estallaba de risa contenida.

Y se marchó.

Y aunque ella se había quedado muy satisfecha y orgullosa, sentía un gran sofoco y una especie de descontento de su triunfo, como si no fuera lo bastante rotundo y definitivo, como si fuera otra cosa más importante la que esperaba de este último viaje. Además, en aquel instante, se había dado cuenta de que no era ella quien se había salido con la suya, sino él, obligán-

dola a gastar doble. Se había sentido nerviosa hasta el temblor, y como no la calmaba asomarse a la ventanilla y la contemplación ansiosa de los hombres del departamento le era insoportable, había salido a la plataforma solitaria y luego entró un momento en el lavabo. Y al salir, de sopetón, él de nuevo, como si estuviera acechándola. Había intentado esquivarle, con la cabeza alta, como si no le viera, pero él le había cortado el paso, le había impedido llegar a la puerta hacia el interior y le había dicho con voz jovial, irrespetuosa:

—Óigame, pequeña. Tengo que decirle una cosa.

Ella le había mirado con infinito desprecio:

—Oiga usted: ni tiene que llamarme pequeña, ni tiene nada que decirme.

Y él se había reído sin ruido, como siempre. E inesperadamente la había empujado a este rincón, dejándola encerrada en el hueco de sus brazos.

—Ya lo creo que tengo que decirte —dijo, con otra voz más opaca, cuyo curioso matiz conocía ella de otros hombres y que esta vez la hirió de un modo extraño—. Tengo que decirte, guapa, que si quieres viajar siempre en segunda tienes que casarte con un revisor de la Renfe. ¿Sabes...?

—¡Grosero, burro, estúpido..., tonto! —mientras él la besaba furiosamente, quería gritar ella, mareada por la repentina sensación vertiginosa de la velocidad del tren, por la velocidad del tren y nada más.

Y fue entonces cuando le había dado el empujón: en el preciso instante en que él aflojó su abrazo para mirarla con alegre intensidad. Le había empujado con todas las fuerzas de su vanidad humillada, de su feminidad recién despierta, de su erotismo bruscamente revelado... Y apenas tuvo tiempo de ver una vez más la gran sonrisa silenciosa desapareciendo hacia atrás, sin una palabra, como si se riese de ella todavía y todo fuera aún el juego de escondite que durante aquellas semanas había habido entre los dos.

Y ahora, ella seguía aquí, crispada y atónita, como en el punto culminante de una pesadilla, sin poder mover un solo

músculo, ni siquiera para recoger su bolso, caído a sus pies y que se iba deslizando poco a poco hacia el borde del inquieto, flexible, entreabierto biombo terrorífico.

(1956)

EL TESTIGO FALSO

Otra vez... Otra vez lo he visto. Y él a mí. ¡Granuja! ¡Cómo se ha tirado del tranvía en marcha! A no ser por la rabia, me hubiera dado risa; la gente se ha asustado, tomándole por un chalado o por un ratero... Ya me ha revuelto la bilis y estoy amargado para todo el día; ya no haré nada a derechas, porque su imagen aborrecible se mezclará a todos mis actos, a todas mis conversaciones, trabucándome las ideas y las palabras. Estoy seguro, fracasaré en la gestión de esta mañana con el fabricante francés; estaré torpe y no me dará las representaciones. ¡Este tipo me da mala suerte...!

Y precisamente esta mañana me sentía yo más despejado y optimista que nunca, más templado y seguro de mis dotes comerciales. Me había preparado para la entrevista de hoy cuidadosamente, desde ayer mismo; anoche cené ligero y me tomé una cucharada de esos gránulos que me limpian el riñón y el hígado; me acosté pronto y me dormí inspirado, construyendo frases felices y argumentos infalibles para convencer al fran-

chute. Al levantarme, he vencido la pereza y el escepticismo de otros días y he realizado a conciencia todas las flexiones gimnásticas que recomienda el método para adelgazar y mantenerse vigoroso. Me he afeitado meticulosamente, me he bañado y me he vestido todo de limpio y, luego, he desayunado fuerte, a la inglesa, con jamón frito, tostadas, té puro bien cargado... Yo creo en los consejos de los higienistas y en que sus prácticas bastan para triunfar en casi todos los órdenes de la vida. Cuando voy a realizar una gestión financiera de importancia me gusta estar impecable no sólo por fuera, sino en el interior de mi cuerpo y de mi espíritu; hasta me confesaría... Mi mujer, siempre que ve tantos preparativos, se enfurruña y hace comentarios celosos. ¡Ridículo error! Cuando los hombres nos sentimos tentados o metidos de lleno en una aventura suele ser por sorpresa, precisamente el día que menos preparados estábamos para ella, corporal y mentalmente.

En fin, repito, hoy he salido de mi casa en excelente estado de ánimo: mirando con simpatía a mis semejantes, observando por primera vez en este año el riego de las calles y preocupándome en sus esquinas del cruzar de los niños que iban al colegio. De cuando en cuando, aspiraba con fuerza el aire de la nueva primavera y me parecía beber una fresca gaseosa, efervescente y agridulce. Y cuando yo me fijo en estas cosas, cuando siento cierta inspiración poética, es que lo mejor de mí está somero y activo, pronto a derramarse cordialmente sobre el mundo entero...

Todo iba bien. Pero ¡fíese usted de los higienistas! ¡Viene un encuentro de éstos y le hace a uno polvo...! No sé por qué he tenido la ocurrencia de coger el tranvía, cuando sólo me faltaban tres paradas hasta el despacho; ha sido una repentina pereza de subir la calle en cuesta, tal vez influido por la visión de la primera mujer con traje sastre y ramito de violetas en la solapa, por la sugestión de sus pantorrillas alzándose ante mí hacia el estribo. Sin reflexión alguna me he hallado en la plataforma. Y en seguida he visto que la muchacha se sentaba en el interior del coche y que a su lado quedaba otro sitio libre.

Con la debida rapidez, abriendo los codos para que nadie me adelante, me lanzo hacia allá. Me acomodo, suspiro de satisfacción y me dispongo a distraerme un poco mirando a la chica, cuando siento en las rodillas un choque brusco con las del viajero que va enfrente, en el asiento «reservado para caballeros mutilados». Alzo la vista y ¡era él...! Bueno, más que verle lo adiviné, como siempre. Se había levantado como un resorte y ya me volvía la espalda y luchaba torpe y brutalmente por abrir la puerta corredera. No me dio tiempo a nada; sólo a incorporarme crispado y gritar « ¡Sinvergüenza! », mientras él se abría paso como una sabandija en la plataforma delantera y se tiraba a la calle con el vehículo en plena marcha. Podía haberse matado —¿y qué falta hacen seres así en el mundo?—; pero, como otras veces, por milagro o por destreza bien aprendida, no le ha pasado nada y ha desaparecido instantáneamente de mi vista. La gente ha gritado primero, se ha reído después, se ha echado mano al monedero... Y todos me han mirado a mí esperando que aquella fugaz escena tuviese continuación o explicación siquiera. Pero yo me he quedado inmóvil en mi sitio, callado, con el rostro impasible, aunque estoy seguro de que terriblemente pálido.

Y ahora ya sé que estoy desquiciado para todo el día; he perdido la sensación de limpieza y de fuerza, tengo los nervios tensos y la mente nublada, soy un hombre totalmente opuesto al de hace un cuarto de hora, barrenado por el más ingrato recuerdo, por el rencor, por el afán de venganza y también por otros sentimientos indefinibles, que quizá sean los que más me trastornan. Ahora entraré en mi oficina dando voces, todo me parecerá mal hecho, seré grosero con mi mecanógrafa y no sabré dictar una carta. Después, estaré impaciente y poco hábil en la entrevista con el francés y, luego, volveré malhumorado a mi casa y haré llorar a mi mujer y a mis hijos. En fin, iré transmitiendo a todo el mundo, como una maligna corriente eléctrica, los efectos de este encuentro.

Hoy, recobrada la serenidad que perdí ayer tan inoportunamente, he decidido hacer un verdadero esfuerzo por vencer este encono de un asunto liquidado hace meses. No es nada fácil, sobre todo si me sigo tropezando con ese hombre. Pero voy a repasar y analizar cuidadosamente el caso, con la esperanza de hallar razones para olvidarlo, disculparlo o, al menos, desdeñarlo definitivamente.

Yo he tenido un pleito. ¡Qué experiencia tan interesante y de tanta importancia supone el trato directo con la Justicia: vencer el terror de su augusta proximidad, palpar los pliegues rígidos de su manto y percibir que debajo de ellos no hay piedra berroqueña, sino carne humana, cálida y flaca; ver de cerca su rostro, tan solemne y severo de lejos, y darse cuenta de que hace guiños; observar cómo la simbólica balanza en fiel que sostiene en su mano oscila y se inclina, a veces, al recibir alternados contrapesos...! Todo esto es tan aleccionador para un hombre, que, al menos una vez en la vida, todos debiéramos conocerlo. A mí, por ejemplo, me ha hecho cambiar ciertos conceptos, antes muy arraigados en mi espíritu. Aunque he estudiado y he leído un poco, y a pesar de mi larga permanencia en la ciudad, yo soy de pueblo y en mí perduran muchas ideas, tal vez ingenuas y erróneas, de puro carácter lugareño: una de ellas, creer, antes de mi pleito, que la genuina y venerable encarnación de ese ente abstracto que es la Justicia era el abogado... En mi pueblo la profesión de abogado era la más prestigiosa que un hijo de rico pudiera ambicionar. El título de abogado confería honores casi divinos, y recuerdo que en la fiesta mayor sólo iban bajo palio el cura y «el abogado». Llamábamos así a cierto personaje misterioso y tránsfuga que de vez en cuando iba por el pueblo, siempre en coche y bien vestido, que era recibido en el Ayuntamiento, comía en casa del alcalde y del cacique y que siempre se llevaba cuartos —según yo oía a los mayores— sobre no sé qué asunto de las tierras comunales. Yo veía también que todos los pardillos de mi pueblo, cuando tenían que ir a la ciudad, nunca olvidaban llevar una cesta muy pulcra, que recomendaban mucho al chófer del auto-

bús y que éste colocaba con insólito mimo en el mejor sitio de la baca, advirtiendo a todos que era «la cesta para el abogado» y sería catastrófico que se chafasen los mantecados, se rompieran los huevos o se ahogasen los pollos. Y también vi que los civiles prendieron una vez a un hombre que mató a palos a su mujer —la arpía más deslenguada del pueblo— y que se lo llevaron a la cabeza de partido «para entregarlo a la Justicia», y oí decir a la gente que «el abogado» lo libraría en seguida. Todas estas impresiones infantiles se acumularon en mí y elaboraron una imagen sobrenatural del «abogado»: ser mágico, con poderes infalibles sobre vidas y haciendas, conjunción máxima del talento, la sabiduría, el privilegio y la respetabilidad. Sin duda resulta ridícula tal idea, sobre todo en estos tiempos; pero yo no la había revisado antes de mi pleito y vivía feliz y tranquilo con todos mis conceptos, por injustificados y supersticiosos que fuesen. Ahora sigo sintiendo simpatía por la abogacía y no puedo remediar cierta nostalgia de su brillo social, pero le he perdido por completo la admiración y el respeto. Y, sobre todo, el miedo. Y lo lamento infinitamente.

Pero vamos al caso: hace un par de años tuve una mala racha económica, me flaquearon las representaciones extranjeras, me falló un intento de empresa por mi cuenta y andaba algo desorientado y pesimista. Incluso pensé que tendría que recurrir a la venta de unas tierrecillas que tenía en el pueblo. Fue entonces cuando apareció por casa mi amigo Camuñas. No lo veía desde la guerra, cuando servíamos en la misma unidad, nos salpicaban los mismos terrones alzados por los obuses y se confundían nuestros jadeos en el fondo del mismo embudo. A mí me produjo mucha alegría verle de nuevo, por esa inevitable valoración del pasado, aunque sea más duro que el presente, y también porque él tenía un temperamento tan locuaz y animoso, que escucharle era recibir inyecciones poderosas de energía y optimismo y, como he dicho, por entonces yo las necesitaba. Conste que ya en el frente tenía a Camuñas por un poco chiflado, pero extraordinariamente vivaz, inteligente y bondadoso. Proyectaba licenciarse en Ciencias Químicas en

Hoy, recobrada la serenidad que perdí ayer tan inoportunamente, he decidido hacer un verdadero esfuerzo por vencer este encono de un asunto liquidado hace meses. No es nada fácil, sobre todo si me sigo tropezando con ese hombre. Pero voy a repasar y analizar cuidadosamente el caso, con la esperanza de hallar razones para olvidarlo, disculparlo o, al menos, desdeñarlo definitivamente.

Yo he tenido un pleito. ¡Qué experiencia tan interesante y de tanta importancia supone el trato directo con la Justicia: vencer el terror de su augusta proximidad, palpar los pliegues rígidos de su manto y percibir que debajo de ellos no hay piedra berroqueña, sino carne humana, cálida y flaca; ver de cerca su rostro, tan solemne y severo de lejos, y darse cuenta de que hace guiños; observar cómo la simbólica balanza en fiel que sostiene en su mano oscila y se inclina, a veces, al recibir alternados contrapesos...! Todo esto es tan aleccionador para un hombre, que, al menos una vez en la vida, todos debiéramos conocerlo. A mí, por ejemplo, me ha hecho cambiar ciertos conceptos, antes muy arraigados en mi espíritu. Aunque he estudiado y he leído un poco, y a pesar de mi larga permanencia en la ciudad, yo soy de pueblo y en mí perduran muchas ideas, tal vez ingenuas y erróneas, de puro carácter lugareño: una de ellas, creer, antes de mi pleito, que la genuina y venerable encarnación de ese ente abstracto que es la Justicia era el abogado... En mi pueblo la profesión de abogado era la más prestigiosa que un hijo de rico pudiera ambicionar. El título de abogado confería honores casi divinos, y recuerdo que en la fiesta mayor sólo iban bajo palio el cura y «el abogado». Llamábamos así a cierto personaje misterioso y tránsfuga que de vez en cuando iba por el pueblo, siempre en coche y bien vestido, que era recibido en el Ayuntamiento, comía en casa del alcalde y del cacique y que siempre se llevaba cuartos —según yo oía a los mayores— sobre no sé qué asunto de las tierras comunales. Yo veía también que todos los pardillos de mi pueblo, cuando tenían que ir a la ciudad, nunca olvidaban llevar una cesta muy pulcra, que recomendaban mucho al chófer del auto-

bús y que éste colocaba con insólito mimo en el mejor sitio de la baca, advirtiendo a todos que era «la cesta para el abogado» y sería catastrófico que se chafasen los mantecados, se rompieran los huevos o se ahogasen los pollos. Y también vi que los civiles prendieron una vez a un hombre que mató a palos a su mujer —la arpía más deslenguada del pueblo— y que se lo llevaron a la cabeza de partido «para entregarlo a la Justicia», y oí decir a la gente que «el abogado» lo libraría en seguida. Todas estas impresiones infantiles se acumularon en mí y elaboraron una imagen sobrenatural del «abogado»: ser mágico, con poderes infalibles sobre vidas y haciendas, conjunción máxima del talento, la sabiduría, el privilegio y la respetabilidad. Sin duda resulta ridícula tal idea, sobre todo en estos tiempos; pero yo no la había revisado antes de mi pleito y vivía feliz y tranquilo con todos mis conceptos, por injustificados y supersticiosos que fuesen. Ahora sigo sintiendo simpatía por la abogacía y no puedo remediar cierta nostalgia de su brillo social, pero le he perdido por completo la admiración y el respeto. Y, sobre todo, el miedo. Y lo lamento infinitamente.

Pero vamos al caso: hace un par de años tuve una mala racha económica, me flaquearon las representaciones extranjeras, me falló un intento de empresa por mi cuenta y andaba algo desorientado y pesimista. Incluso pensé que tendría que recurrir a la venta de unas tierrecillas que tenía en el pueblo. Fue entonces cuando apareció por casa mi amigo Camuñas. No lo veía desde la guerra, cuando servíamos en la misma unidad, nos salpicaban los mismos terrones alzados por los obuses y se confundían nuestros jadeos en el fondo del mismo embudo. A mí me produjo mucha alegría verle de nuevo, por esa inevitable valoración del pasado, aunque sea más duro que el presente, y también porque él tenía un temperamento tan locuaz y animoso, que escucharle era recibir inyecciones poderosas de energía y optimismo y, como he dicho, por entonces yo las necesitaba. Conste que ya en el frente tenía a Camuñas por un poco chiflado, pero extraordinariamente vivaz, inteligente y bondadoso. Proyectaba licenciarse en Ciencias Químicas en

cuanto terminase la guerra y siempre andaba con un manual y un cuaderno, donde escribía fórmulas y complicadas cadenas de carbono, que parecían dibujos de mosaicos para enlosar, y que yo no comprendía lo más mínimo. La guerra se terminó, nos desperdigó a todos con sus coletazos y no volví a saber palabra de él. Hasta que un buen día, al llegar a mi casa, me lo encontré en el comedor andando a cuatro patas, con mi hijo menor sobre el lomo y los otros dos arreándole con palos. Al pronto no le reconocí, ni siquiera cuando se incorporó, arreglándose el pelo revuelto. Lo identifiqué por su ímpetu para abrazarme; pero estaba tan arrugado, tan canoso y tan encorvado, que me produjo susto la idea de que el mismo tiempo hubiese laborado en mí de modo tan devastador. Además iba mal vestido, con el traje y los zapatos evidentemente prestados o heredados y no muy limpios. Siempre fue pequeñajo y flaco, pero ahora, dentro de unas ropas grandes, lo parecía mucho más. Me dijo que había sabido de mí por casualidad, al ver mi nombre y dirección en un anuncio, como representante de una casa comercial. Y añadió que él mismo se había invitado a comer y que a partir de entonces quedaba indisolublemente reanudada nuestra amistad. Al pronto, se produjo en mí cierta lucha entre los restos de la generosidad juvenil y la egoísta reserva de la experta madurez. Pero en seguida, vencieron su simpatía y mi buen natural y le traté con decidido afecto, sobre todo cuando observé que a mi mujer y a mis hijos les caía en gracia desde su gesticular simiesco y su voz enfática a su apellido de ogro, siendo un hombrecillo tan bondadoso. Además, me dio pena saber que ni se había licenciado, ni se había casado, ni tenía colocación ni vivienda fija; que era una vulgar escoria más de esas que las guerras dejan tras sí...

Naturalmente, desde entonces se pegó a mí como una lapa: siempre andaba a mi alrededor, haciéndome pequeños servicios, incluso gestiones comerciales y recados caseros, que yo le remuneraba discretamente, sin meterme a averiguar si alcanzaba para cubrir sus necesidades. Él seguía fantaseador y confiado en un brillante mañana, cuando alguien apoyase sus

numerosos inventos industriales: polvos limpiametales de efectos duraderos, gaseosas hechas directamente con frutas frescas, tintes fijos para el pelo, sal de mesa vitaminada, cremas antiarrugas; en fin, siempre productos sorprendentemente necesarios en el mercado, aunque no sé si fácilmente fabricables. Yo le escuchaba como siempre, con escepticismo, maravillado más de su ingenio y facundia que de su sentido práctico. Pero hubo una de sus ideas que me interesó, tal vez más por curiosidad de comprobarla que por interés económico.

—Mira —me dijo él—: lo que más tiempo llevo estudiando, mi invención más genial, es la fabricación del jabón potásico. Tengo la fórmula.

—Mira —le respondí yo de primeras—: hay demasiados fabricantes de jabón. Ya ha pasado la carestía de primeras materias y eso no tiene interés comercial.

—¿Tú sabes lo que es el jabón potásico? Es muy distinto al cáustico.

Confesé que, desde luego, ignoraba con qué se hacían y en qué se diferenciaban, pero que si los dos estaban ya inventados, no veía su interés comercial. Camuñas se echó a reír y dijo:

—Eres un ignorante; el jabón hecho con sosa es duro y, hasta ahora, el jabón hecho con potasa es siempre líquido o semilíquido. Pero yo he inventado el jabón potásico duro, tan duro como lo pueda exigir la más enérgica lavandera y, sobre todo, tan barato como desee la más avarienta ama de casa. Incluso más suave y bienoliente que los jabones ordinarios, sin necesidad de incorporarle esencias aromáticas. ¡Tengo la fórmula! ¡Es el huevo de Colón!

Siguió perorando brillantemente, explicándome en líneas generales el procedimiento de obtener el jabón potásico duro y demostrándome con cifras la inconcebible baratura de su fabricación y la seguridad de enriquecerse con ella. Desde luego, le hice ensayar en mi propia casa. Anduvo dos o tres días metido en nuestra cocina, ensuciándola terriblemente con un saco de cenizas que llevó y desesperando a mi mujer y a la criada. Las dos me advirtieron de la resistencia de Camuñas a mani-

pular claramente ante ellas —yo no tenía tiempo de vigilar el ensayo— y de que le veían echar en la pasta hirviente algo que llevaba muy envuelto en cucurucho y que apenas lograron ver, pero que olía a jabón común. El caso es que le salió jabón duro y espumoso, de color acaramelado y buen olor, un poco resinoso... Y yo comprendí que sus maniobras eran los naturales secretos de un inventor que aún no ha patentado su hallazgo.

Bueno, había que preparar local, había que comprar algunos utensilios indispensables y había que adquirir grandes cantidades de cenizas vegetales, materia prima para obtener la potasa, y había que contratar un hombre para las tareas rudas de transporte, limpieza y manipulación. Necesitábamos un socio capitalista, puesto que yo, como he dicho, atravesaba una época precaria, sin la menor reserva. Me ocupé de encontrarlo entre mis relaciones comerciales: era un modesto industrial, emancipado hacía poco de sus representaciones, y que a mí me parecía un hombre honesto y emprendedor. Fue rápidamente conquistado por la indescriptible capacidad persuasiva de Camuñas, que se encargó de exponerle el plan del negocio. Recuerdo —y estos detalles son importantísimos para el caso— que, después de varias conversaciones preparatorias, nos reunimos los tres una noche en mi propia casa para llegar a un acuerdo total. Hicimos una sociedad en la que Camuñas y yo éramos socios industriales, con obligaciones de trabajo especificadas —mi amigo, las de carácter científico, yo, las de propaganda y venta—, y por las cuales recibiríamos una pequeña retribución, sólo hasta que la industria rindiese beneficios. Éstos serían distribuidos entre los tres a partes iguales. El socio capitalista no haría nada, pero aportaba a la sociedad un capital inicial de pesetas 50.000, que Camuñas aseguraba eran más que suficientes. Todo lo convenimos de palabra, sin escribir un solo papel, con absoluta y evidente buena fe por parte de todos. En nuestra reunión reinó la alegría que dan siempre unas cuantas copas de coñac y los proyectos de enriquecimiento fácil.

Camuñas se entregó con alma y vida a la empresa. Fue una

especie de Juan Palomo de ella: él buscó y halló una buhardilla grande y barata; él compró en el Rastro cubos, baldes y coladores; él viajó por los pueblos de La Mancha que producen vid encargando la recogida y quema de orujo para el momento oportuno; incluso se ocupó de menesteres que me correspondían a mí, como visitar droguerías y cacharrerías y redactar unas circulares de propaganda llenas de humor y de lirismo, que hizo imprimir y echó por debajo de las puertas... Yo, lo confieso, apenas me ocupaba del asunto, porque en realidad estaba, como siempre, absorbido por mi enorme trabajo particular. Y aunque a veces aprovechaba mis conversaciones para mezclar la del jabón potásico duro, reconozco que no lo hacía como debía y como sabía hacerlo. Experimentaba cierta timidez y miedo al ridículo, al transmitir las ideas de mi amigo Camuñas, en su boca tan deslumbradoras e irrefutables; me parecía que repetir sus frases me restaba seriedad ante mis clientes, todos gente práctica y de poca imaginación. Yo, personalmente, creía por completo en su invento y en su enorme importancia comercial; pero me ocurría lo que a esos creyentes religiosos que carecen de fuerza argumental para propagar su fe, que no saben hacer prosélitos, por respeto mundano y también por cierto temor a parecer débiles y pueriles... Sí, yo creía en mi amigo Camuñas, pero hacer que los demás creyesen en él a través de mí era algo imposible. Su fuerza convincente y sugestiva era algo absolutamente personal e intransferible. Por eso, perezosa y cobardemente, le dejaba a él hacerlo todo, confiado en que su infalible triunfo me aportaría el mío en bandeja.

Entretanto, el tiempo pasaba y nuestra producción de jabón era insignificante; apenas la suficiente para nuestro uso casero y la distribución de algunas muestrecitas. Claro que necesitábamos grandes cantidades de cenizas para la extracción de lejía suficiente, como nos recordaba Camuñas cada vez que el socio capitalista y yo íbamos por la «fabrica» y mirábamos pensativamente aquellas ridículas cantidades de jabón. El mozo que teníamos a nuestro servicio parecía mirarnos algunas veces

con sorna y nos señalaba los trozos con el pulgar, por encima de su hombro, diciendo con retintín:

—Dice el señor Camuñas que estamos ensayando...

Pero era un mozo muy bruto, analfabeto, que nos miraba a los tres como si fuésemos locos y manejaba las cenizas y las lejías con las manos desnudas, negando que tuviesen fuerza para quemárselas lo más mínimo...

Por fin, nos llegó el primer vagón de cenizas de orujo de uva. Desde luego, a mí me impresionó su contemplación. Los sacos llenaron casi por completo la buhardilla; el grandullón del mozo los empujaba entre blasfemias y el pequeñajo de Camuñas, todo él manchado de gris como un payasete y con la cara muy pálida, los palpaba nerviosamente, desviando sus ojillos de los míos. (Ahora repaso todos estos detalles, que entonces no analicé.) Golpeé a mi amigo cariñosamente en los hombros y dije:

—¡Ea, llegó el momento de fabricar al por mayor el mejor jabón del mundo! ¡Viva el jabón potásico duro «Los tres cerditos»!

El mozo soltó una risotada y un disparate:

—¡Vaya nombre! ¿Y va a llevar el retrato de los tres?

Tenía que haberle abofeteado o haberle despedido. Preferí, de momento, hacerme el sordo y seguí comentando con mi amigo nuestro inmediato éxito.

Pero, ¿qué se le ocurrió hacer entonces a mi amigo Camuñas? Nada de dilatar sus ensayos, nada de huir, nada de confesar su fracaso. ¡Se le ocurrió morirse! ¿Cabe manera más rotunda, más absoluta, de salirse por la tangente, de eludir el cumplimiento de un contrato? Cuando me avisaron de su pensión que estaba enfermo —dos días después de llegar las famosas cenizas—, tuve un malicioso pensamiento: «¡Vaya, éste se pone malo cuando el maravilloso invento va de veras!»

Pero en seguida vi que lo que iba de veras era su vida. Yo sabía que andaba mal del vientre desde años atrás y con frecuencia, sobre todo últimamente, le veía muy demacrado y macilento. Pero era natural, con su excitación y movilidad exa-

cerbadas por entonces y, por otra parte, me parecía tan optimista y bienhumorado como siempre. Estuvo una semana empeorando velozmente, y cuando el médico me dijo que se moría en veinticuatro horas por una complicación del hígado, tuve que comunicárselo a nuestro socio capitalista. Éste se indignó:

—¡Eso es una broma! Una broma muy pesada. Eso lo han fraguado entre los dos.

—¡Señor mío, mire lo que dice!

—¡Ah!, perdone; nadie se muere en broma, claro... Pero vamos a ver, supongo que usted sabrá el medio de fabricar ese famoso jabón.

—Pues... —Hasta aquel instante no me di cuenta de que habíamos procedido infantilmente—. Pues mire, concretamente, no... Yo sólo sé que se hace con lejía de cenizas, con grasa, con talco, con pez...

—Bueno, bueno, su amigo tendrá la fórmula escrita.

—Claro, seguramente.

—Pues que la entregue a la sociedad. Pídasela usted.

¡Así! A un hombre que se está muriendo, pero que es un iluso optimista, va usted y le dice que antes de diñarla entregue su gran secreto científico. ¡Es un atraco peor que a mano armada! Hice estas consideraciones a mi socio, intenté también convencerle de que era cosa de él, como interesado financieramente en el asunto y como menos amigo de Camuñas. No hubo modo; se puso terco como un mulo y dijo que yo le había inducido al asunto y yo tenía que resolverlo.

Todavía me vuelven los sudores al recordar la escena con mi querido amigo, la última conversación que tuve con él. Sentado a los pies de su triste cama de pensión paupérrima, le hice una visita larguísima, casi de dos horas, pocas antes de morirse. Y como yo lo sabía, me parecía irle viendo disolverse en la nada con aterradora velocidad, como un azucarillo en el agua. Y, sin embargo, yo llevaba la conversación en tono alegre, arrastrándola constantemente hacia mi objetivo; pero él, siempre que tocaba el tema del jabón, lo eludía y se escapaba hacia nuestros recuerdos comunes de años atrás, los más en-

trañables. O bien se callaba, con extraña reserva, con una resistencia triste y tenaz a tratar la cuestión importante. ¡Pero estaba tan malo, yo sabía que estaba tan malo! Por fin logré aferrarle unos minutos:

—¿Cuánto tiempo te ha dicho el médico que estarás aún en la cama?

—¡Qué sé yo! —respondió animosamente—. Por mí la dejaría ahora mismo; puede que tenga que estar dos o tres días más...

—¡Eres un vago! —Mi fingimiento era innoble—. Y, oye, a propósito: por allí ha estado esta mañana el socio. Quiere empezar sin más tardanza; dice que llevamos perdido mucho tiempo, que tiene muchas pesetas amortizadas en esto. En fin, ya sabes.

Él tuvo un ademán enfático, una reacción de las suyas:

—¡Muchas pesetas! Unos ochavos comparadas con las que le caerán de bóbilis en los bolsillos. Fue lástima que tú... Nos sobrábamos nosotros...

Se calló de pronto, se mordió los labios y volvió a ensimismarse tristemente. Pero yo seguí hablando de carrerilla para no perder el impulso adquirido:

—Oye, y ¿por qué no vamos nosotros haciendo algo? Tú dame instrucciones, dime exactamente cifras y podemos ir trabajando ya el chico y yo. ¿Sabes que me gustaría mucho gachupear en todo eso de las lejías, los cocimientos y los moldes?

Se agitó extraordinariamente y tardó en responderme. Cuando lo hizo, la expresión de su rostro era entre enfadada y burlona:

—Sin mí no haréis nada. ¡Son mis manos, sólo mis manos! —Y se las contempló con una extraña mirada que me acongojó y me quitó ánimos. Apenas insistí, en falso tono polémico:

—¡Hombre, una fórmula industrial haciéndola al pie de la letra...! ¿Es que no tienes confianza en mi?

Me echó una de sus miradas más tiernas y alegres, como de perrillo faldero, como las de nuestros buenos tiempos. Pero yo percibí en ella suspicacia, recelo, y también una indefinible im-

ploración, que me aplanó definitivamente. ¡Qué importaba ya el jabón potásico duro!

—En cuanto me levante, todo marchará —murmuró.

(¡En cuanto te levantes, desgraciado! ¡El día del Juicio Final...!)

Callamos los dos de nuevo y él se puso a mirar fijamente el horrendo cuadro religioso que había encima de un escritorio viejo, y al cabo de un grande, penosísimo silencio, yo no sé si inspirado por el cuadro o porque me adivinase el pensamiento, dijo con voz apagada, como esforzándose:

—De todos modos, si hiciese falta, ahí, en mi maleta, en un cartapacio, encontraréis todo lo referente a ese asunto.

¡Ya estaba! Me así a esta vaga, insuficiente indicación y me sentí aliviado, con mi misión cumplida. Y sentí acrecentarse mi ternura y mi admiración por mi moribundo amigo y mi rabia hacia nuestro desconfiado socio capitalista, que iba a encontrarse con la ganga de un gran invento gratis. ¡Honrado Camuñas! ¡Generoso Camuñas, que elegantemente nos decía: «Ahí, en mi maleta, está todo el dinero: para vosotros dos. Yo me retiro. Así tocaréis a más»...!

Apenas lo enterramos, el otro socio y yo nos hicimos cargo de su vieja maleta de cartón y —¡qué vergüenza!— nos pusimos a registrarla. Hallamos en ella (aparte de las consabidas prendas usadas y unas fotografías remotas de una vieja de pueblo y una modistilla de 1930 en la verbena) un recetario industrial barato muy manoseado, con numerosas acotaciones marginales y entre sus páginas, unas cuartillas escritas de puño y letra de Camuñas, no con una, sino con numerosas fórmulas para la fabricación de jabón potásico! Pero en ninguna de ellas había indicación especial de que fuese la genuina, definitiva e infalible receta que nuestro fallecido socio había utilizado en sus pequeñas demostraciones... Al pronto, aunque un poco enfadados del desorden de Camuñas, no sentimos preocupación; ensayando las diversas fórmulas, que sólo se diferenciaban en algún ingrediente accesorio o en las cantidades proporcionales, acertaríamos en seguida. Durante un par de semanas, mi socio

y yo, descuidando otras ocupaciones, nos dedicamos casi exclusivamente a hacer pruebas: nos ensuciamos atrozmente con las cenizas, nos quemamos las ropas, nos picamos las manos con las lejías, nos sofocamos recociendo y batiendo los líquidos y pastas jabonosas que nos salían. Pero jamás logramos obtener un pedazo de jabón duro ni del tamaño de un dedal. Cuanto más tiempo lo poníamos a secar, más se desmoronaba y se disolvía. El mozo ayudante rezongaba, se reía entre dientes y decía:

—Eso mismo le pasaba al señor Camuñas.

—¿Cómo? Todos hemos visto y usado el jabón duro obtenido.

—Sí, sí; pero eso nunca lo logró delante de mí. Yo no sé qué le echaría a escondidas a la masa para que de pronto se endureciera...

Empezamos a inquietarnos, pero nos resistíamos a consultar a un técnico para no levantar la liebre, que queríamos cazar en exclusiva: nos sentíamos tan ambiciosos como desconfiados, avaros de una idea que no era nuestra y cuyo usufructo tal vez perteneciese a la vieja de pueblo —si vivía— o a la modistilla verbenera. De todos modos, ya desesperados, tuvimos que hacerlo. Y un químico nos desengañó: con potasa no había medio de fabricar jabón duro, o sea divisible en trozos para el uso doméstico; nuestras muestras tenían mezcla de sustancias cáusticas. Y, por otra parte, la destilación de cenizas vegetales era superflua y antieconómica. Todo aquello eran tanteos empíricos, ocurrencias de un aficionado ingenuo...

Ahora, todo me parece ridículo y me sonrojo un poco, pero en mi fondo, aún subsiste cierta fe en el invento de mi amigo, cierto pesar porque no tuvimos suerte, él sobre todo. Pero, naturalmente, mi socio estalló; a él le preocupaban los cuartos gastados en el intento y, aunque mi inocencia era evidente, se revolvió contra mí con inesperada saña. Comenzamos a disputar mientras liquidábamos la empresa: amén de la fonda del muerto y los gastos de médico y entierro, hubo que pagar indemnización de despido al mozo, y si por los cacharros del la-

boratorio y por los sacos nos dio un trapero veinte duros, tuvimos que gastar cuarenta en alquilar un camión que llevara las cenizas a un vertedero de las afueras. Cuando hicimos balance final, resultó que la sociedad había gastado más de 50.000 pesetas, exclusivamente del bolsillo del señor Sotero. Ya sé que esto es bien poco comparado con las pérdidas de la Renfe y otras grandes empresas serias, pero la nuestra era una empresa de pobres, con una base mínima; era la pura y clásica ilusión española de sacar millones de la nada. El capitalista mismo había puesto allí casi todos sus ahorros. Yo reconocí todo esto y lo lamenté más que nadie y me esforcé en quedar bien con mi socio, acusándome de mi única culpa: haber recurrido a él para la empresa. Pues bien, el burro del hombre reaccionó contra mí de la manera más absurda: pretendiendo que le abonase la mitad del dinero perdido. Claro, yo soy bueno y comprensivo, pero tonto, no. Me negué redondamente. No quiero ni repasar nuestras discusiones, porque parecían un juego de despropósitos; ya he advertido que el señor Sotero era duro de mollera y con él no era posible razonar y menos, polemizar. Incluso llegó a decirme:

—¡Usted es otro pájaro como el difunto! Usted sabe más y me lo oculta. Usted quiere alzarse con el santo y la limosna. ¡Pero Dios le libre en toda su vida de lanzar el jabón potásico duro al mercado!

—Puede estar bien seguro de que no.

—De todos modos, esto no se queda así. Usted no se va de rositas mientras yo pierdo todo mi dinero. Nos veremos pronto las caras.

Me encogí de hombros, di por liquidadas nuestra empresa y nuestra amistad y le volví la espalda sin saludarle, aunque, repito, sin sentir por él animadversión, sino condolencia y pesadumbre por mi culpa moral.

Pocas semanas después empecé a sufrir las consecuencias de todo este pueril desliz. Una noche, al volver a casa, mi mujer me recibió con cara preocupada y me llevó en seguida aparte.

—Ahí tienes unos papeles que han traído del Juzgado.

—¿Del Juzgado? ¿A mí? ¿Para qué? —respingué con el natural sobresalto y como si recibiera un insulto en el mero hecho de atraer la atención judicial.

—Yo no sé qué será. Los ha traído un hombre que ha dicho que era agente. ¡Figúrate qué susto! He tenido que firmar yo. ¿En qué lío te habrás metido? Ha dicho que tienes ocho días para presentarte. ¡Jesús, Jesús! ¿Qué habrás hecho?

Eludí a mi mujer con irritación, me encerré con los papeles y me puse a leerlos minuciosamente, lleno de ansiedad. Se trataba de un oficio —bueno, eso que llama la curia una célula de emplazamiento— y una copia de la demanda de mi ex socio acusándome de incumplimiento de contrato verbal y exigiéndome el pago de 30.000 pesetas, mitad de las pérdidas sufridas por la sociedad, en la cual éramos los dos capitalistas, si bien él había adelantado, en concepto de préstamo, la cantidad que me correspondía. En medio de mi sorpresa y mi indignación, me dio risa. Pensé: «Bueno, que demuestre todo esto con documentos escritos. No hay ni un papel; sólo unas cuantas facturas, los recibos del alquiler de la buhardilla y los innumerables firmados por Camuñas por cantidades y conceptos irrisorios, aparte del cuaderno donde los tres socios, según caía, habíamos ido anotando todas las cantidades que gastó la empresa a lo largo de los seis meses que duró. Nada de aquello servía para exigirme dinero alguno.»

Pero, de todos modos, aquella noche apenas cené ni dormí; los arraigados conceptos infantiles se alzaron de pronto en mí con toda su fuerza y me trastornaron por completo: en las turbias horas de la duermevela por mi cerebro empezaron a pasar disparatadas ideas, hijas de mi absoluta ignorancia curialesca: nunca me había puesto a distinguir entre un juicio criminal y otro civil, en mi vida había pisado la Audiencia, ni siquiera un Juzgado ni una Comisaría. Siempre me había hecho de estas cosas imágenes solemnes o terroríficas, inspiradas en novelas y películas, y ahora me veía, alternativamente, en calabozos con rejas, en inmensas salas, en solitarios y destacados banquillos vergonzosos, ante altísimos estrados, tras los que

se asomaban impresionantes filas de «abogados» con toga, birrete y mirada implacable. ¿De qué me iban a acusar, qué me iban a obligar a reconocer, cuál iba a ser mi condena? Me angustiaban inminentes catástrofes: publicidad periodística, difamación de mi nombre, pérdida de mi crédito comercial, ruina, desgracia y miseria para mi mujer y mis hijos... Bueno, todo el mundo sabe a qué extremos puede llegar la imaginación excitada y sin freno en una noche de insomnio. Claro que por la mañana todo el asunto recobró sus proporciones normales, aunque siempre revestido del prestigio que yo daba a todo lo relacionado con la diosa Justicia.

Intranquilo, pero también con cierto sentimiento de heroísmo dramático, me fui bien temprano al palacio de las Salesas, que siempre había mirado sólo por fuera, con respeto y confianza. Y mi primera sorpresa fue que un guardia o ujier, apenas miró el exterior del sobre que yo había recibido el día anterior, me dijo:

—Eso no es aquí; es ahí al lado. Vuelva la esquina y cruce la calle a la acera de enfrente.

Reconozco que me sentí vagamente decepcionado, sobre todo, al fijarme por primera vez en el edificio de los juzgados, tan distinto del frontero: achaparrado, pobre y anodino, con fachada blanqueada y lisa, como la escuela nacional de mi pueblo. Allí se entraba y se salía sin vigilancia de nadie. Y en una especie de rotonda central, con un catafalco en medio con lápidas sirviendo de respaldo a una suerte de diván circular, se fumaba, se hacían corrillos y se charlaba en voz alta, como en una plazuela. Aquello no parecía sede de la Justicia, sino unas pobres y vulgares oficinas. Luego, tuve que esperar mucho rato en una gran habitación cuadrada, sin más decoración que unos estrechos bancos adosados a las paredes. Sobre esta antesala se abrían varias puertas idénticas, en las que figuraban los números de los juzgados correspondientes. Los bancos estaban ocupados por personas de muy diversa condición, con aire preocupado o aburrido, en espera de ser llamadas por alguaciles que de vez en

cuando se asomaban a las puertas. Allí, a medida que transcurrían los minutos, me tranquilicé casi por completo en un sentido —el peligro y la trascendencia del asunto— y me fui exasperando en otro; ahora me revenía con todo detalle la estúpida historia del jabón potásico y la injusta pretensión de mi ex socio y renacían mis capacidades de lucha y mis poderes de defensa. Empecé a hilvanar el relato más rápido y exacto, los argumentos más contundentes para demostrar ante el juez mi inocencia. Iba a ser cosa de pocos minutos.

Transcurrió casi toda la mañana hasta que conseguí introducirme en mi Juzgado. Un momento antes de entrar, aún volvió a nublar mi mente y a hacerme palpitar el corazón la antigua imagen prestigiosa e imponente. Pero en cuanto traspuse la puerta, se desvaneció para siempre. Era una sala amplia y destartalada y había allí, colocadas sin ninguna simetría, cinco o seis mesas grandes, cada cual con otra pequeñita al lado, con su correspondiente máquina de escribir. Tras de cada mesa grande había un hombre, sin ningún signo distintivo de los demás mortales, y tras de cada pequeña, un mecanógrafo vulgar. Y ante cada entidad de éstas, estaban una o varias personas hablando, respondiendo a las preguntas que el funcionario de la mesa grande les hacía. Y aquellas gentes hablaban todas a la vez, en voz demasiado alta, bien por excitación, bien por necesidad, entre el ruido de las máquinas, que funcionaban simultáneamente. Yo me detuve un instante, turbado, confuso, oyendo a un tiempo, por curiosa capacidad perceptiva, nítidos retazos de asuntos muy dispares: una riña de vecindad, un hurto, una disputa sobre una herencia, una separación conyugal, un abuso de autoridad paterna... Las voces se cruzaban en distintos tonos desde todos los ángulos de la estancia y las máquinas tecleaban todas a un tiempo, como si hicieran coro de carcajadas a aquel galimatías. Me dieron unas ganas locas de huir, cogido de pronto por una de las impresiones más penosas de mi vida: por una vergüenza y una rabia intolerables. ¿Cómo? ¿Aquello era la Justicia? ¿Mi Tribunal era una mesa grande y otra chica, una máquina de escribir y dos funcionarios po-

bretones, rutinarios y bostezantes? ¿Y yo tenía que decir mis verdades allí, a voces? Era como desnudarme en público, sin grandeza, gregariamente, como en las piscinas baratas. No podía hablar allí de mi caso, del pobre Camuñas, de sus fantasías sobre el jabón potásico duro, de sus viajes por La Mancha a comprar cenizas, de su irónica muerte, de toda aquella empresa penosa y grotesca. Y allí no era yo capaz de defenderme contra la absurda pretensión de estafarme, allí huían de mi mente todos los argumentos que pensaba exponer ante un hipotético juez venerable, solemnemente revestido y sentado en un sillón con dosel, sobre una plataforma a más alto nivel que el mío.

—¿Qué desea usted? —me estaba preguntando por segunda vez el hombre de una mesa grande.

—Pues mire... —Me sentía más turbado y vacilante que si, como yo esperaba, él hubiera sido un personaje impresionante—. Yo he recibido estos papeles y venía a ver...

—¿Cómo que viene a ver? —me replicó con extrañeza, pero sin acritud, como acostumbrado a desplegar una paciencia infinita. Dio una larga chupada a su colilla y echó una ojeada a los papeles que le mostré—. ¿Tiene ya su defensa preparada? ¿Viene a presentar la contestación?

—Mire, yo puedo explicarlo todo ahora mismo. Yo...

Me interrumpió fríamente, informativamente, apresuradamente:

—Es juicio de menor cuantía y puede usted mismo personarse, o bien nombrar procurador, si lo desea. Ya sabe que tiene nueve días para responder a la demanda y designar abogado.

—¿Abogado y procurador? —reaccioné con el pánico—. ¿Cómo? ¿Voy a gastarme los cuartos en un asunto que no me va ni me viene? Se trata de una filfa, un absurdo, una trampa que me quiere poner ese tío bestia. ¡Pero no me asusto! ¡Se va a ver conmigo en la calle!

—No se excite, hombre —dijo él con aire aburrido, sin la menor simpatía—. Lo mejor que puede hacer, si usted no en-

tiende de esto, es ir a ver un abogado. Él le aconsejará y le llevará el asunto como es debido.

Y sin hacerme más caso se puso a dictar al escribiente.

Salí de allí humillado y triste, profundamente descorazonado. De golpe se empequeñecían en mí muchas ideas antes grandiosas, y con ello, yo mismo me sentía repentinamente achicado, desvalorizado como ser humano. Me di cuenta de que yo no era un personaje heroico por tener un pleito, de que mi caso no era un acontecimiento importante y dramático, sino una nadería, una gota perdida en el *mare magnum* de pleitos civiles y causas criminales que promiscuamente llevaban los numerosos juzgados de la gran ciudad. La Justicia perdía para mí el carácter de ente supremo, misterioso y solemne y me parecía una máquina tan rutinaria, lenta y grasienta como todas las máquinas burocráticas. Y me produjo repugnancia y rabia atroz que semejante artilugio, frío y sin espíritu, me hubiese pillado en su engranaje y que yo fuese a dejarme en él tiempo, dinero, tranquilidad, y tal vez cosas aún más importantes.

Así fue. Desde entonces empezó para mí una época ingratísima en todos los órdenes, con repercusiones en todas mis actividades: me pasé varias semanas enfrascado en aquel absurdo asunto, con los míos propios abandonados, yendo de acá para allá, a las órdenes de un procurador comodón, que a su vez estaba al servicio de un abogado que apenas me recibió un par de veces y que parecía actuar con la superioridad y el hieratismo profesional de mi leyenda infantil. Me encomendó a su procurador y no creo que él volviera a ocuparse personalmente del asunto: no le vi aparecer una sola vez por el Juzgado. El procurador me repetía que no era preciso y en todo momento aseguró que era pleito ganado:

—Ese pobre hombre —me dijo, refiriéndose a mi socio— ha debido caer en manos de algún leguleyo rapaz y sin escrúpulos —exactamente lo que me parecía él cuando le veía actuar— que le ha aconsejado mal. La demanda está montada al aire. Perderá con costas.

Yo también estaba seguro de ello. Pero andaba desasosega-

do, viviendo en equilibrio inestable, pendiente de la solución del pleito para recuperar mi firme andadura anterior. Actuaba con timidez en mis operaciones comerciales, temía que mi asunto trascendiera entre mis relaciones, que los informes bancarios que de vez en cuando se pedían sobre mí mostrasen un punto vidrioso, en fin, que mi prestigio y mi crédito sufriesen menoscabo. En estos casos, nadie sabe quién tiene la razón de veras, aunque termine por proclamarla el mismísimo Tribunal Supremo...

Pero ahora viene lo más tremendo: algo inaudito, inconcebible, que pulverizó por completo mi fe y mi moral legalistas. Cuando se abrió el período de prueba testifical, yo conseguí llevar a declarar en mi favor algunas personas: el mozo que tuvimos, el portero de la buhardilla, el droguero que nos vendía ciertos productos. Pero sus declaraciones fueron honestas y demasiado inconcretas: suponían, sí, que el de las pesetas era el señor Sotero, y a su nombre habían presentado recibos y facturas; pero eso no determinaba de qué bolsillo habían salido o debían salir los cuartos. En cambio, mi demandante fue más astuto y menos escrupuloso que yo. Un buen día, al ir por el Juzgado con mi procurador, hallé allí a mi contrincante con el suyo y con su abogado, como otras veces (siempre me producía envidia verle tan asistido). Y allí estaba también otro individuo desconocido e insignificante, que al pronto no me llamó la atención: creí que aguardaba para alguna diligencia ajena a las nuestras. Después me extrañó ver que el oficial de Secretaría decía un nombre, que el abogado de mi contrario hacía una seña a aquel extraño y que éste avanzaba hacia la mesa y empezaba a declarar. Pero me quedé pasmado cuando, entre las preguntas generales de la ley, le dijeron si me conocía a mí y respondió:

—Sí, señor.

Lo dijo sin mirarme, con voz modesta y comedida, pero firme, como constatando una verdad natural irrefutable. Yo sufrí un fuerte sobresalto y quise aclarar que yo no le conocía a él. Mi procurador me contuvo:

—Espere, espere, ahora no puede intervenir.

—¿Cómo conoció a este señor? —preguntó después el funcionario.

—Me lo presentó en un ocasión el señor Camuñas.

—¿Conocía usted al señor Camuñas?

—Sí, señor. Era amigo mío.

Yo estaba boquiabierto, sin comprender aún el objeto de aquella inesperada intromisión. Incluso hice desesperados esfuerzos por recordar si yo había visto alguna vez a Camuñas con aquel tipo. Entonces me fijé en él: era un hombrecillo cincuentón, delgado y algo encorvado, vestido de negro, incluso la corbata, pero con puños y cuello blancos. Todo él iba muy raído, como si sus ropas llevasen lustros enteros de uso. Tenía el rostro estrecho y saliente, sobre todo, la nariz, fuerte, algo ganchuda y de color asalmonado —de las que yo llamo de moco caído—, y llevaba unas gafas de montura oscura, con cristales tan gruesos que en absoluto pude distinguir sus ojos. Su voz, su calva y sus ademanes eran sacristanescos. Y, cosa extraña, por un instante me sugirió la imagen contrahecha de mi propio amigo Camuñas.

—¿Es cierto que usted conocía al señor Sotero anteriormente? —le preguntó el oficial, a propuesta de mi procurador.

—No, señor: le conocí a la vez que al señor Fulánez —y me nombró a mí, aumentando mi temeroso estupor.

—¿En qué circunstancias conoció a estos dos señores?

—Pues yo —se puso a decir lentamente, sin duda recordando una lección aprendida, pero como si recordase un hecho real— acompañé a mi amigo Camuñas a un café donde estaba citado con estos señores, que según él me había dicho, eran sus socios capitalistas. Al presentármelos, volvió a decir lo mismo: que eran los capitalistas de la empresa.

Di un salto y, sin poderme contener, grité:

—¡Metira, todo eso es mentira! ¡Yo no le he visto a usted en mi vida, so farsante!

—Haga el favor de callarse —me dijo el escribiente con energía; y mi procurador me reprendió en voz baja:

—No le conviene ponerse así; ya sabe que no puede interrumpir al testigo.

—¡Ése no es testigo de nada! ¡Yo no le conozco, ni él a mí! ¡No deben escuchar sus trolas!

—Por favor, conténgase ahora —me cuchicheó mi defensor—. Ya intervendremos luego.

Así que, temblando de ira y de impotencia, tuve que soportar la actuación de aquella marioneta movida por la malicia de mi ex socio y sus defensores. Yo los miraba furioso, desorbitado, mascullando injurias, mientras ellos me daban el perfil de sus rostros impasibles y seguían con atención suma la actuación de aquel hombrecillo de apariencia tan inofensiva, incluso inocentona, que, siéndome totalmente desconocido, me hacía más daño que el peor de mis enemigos: según él, estuvo presente en una larga conversación de nosotros tres, los socios, y en todo momento yo me manifesté como consocio capitalista e incluso hablé de la venta de ciertas tierras que poseía, para aumentar el capital de la sociedad... Afirmó todo esto con voz tranquila y monótona, sin mirarme una sola vez. ¡Aquello era de una desfachatez inaudita! Aunque acaso la farsa duró pocos minutos, a mí me pareció una eternidad, y hubo instantes en que la sangre se agolpaba en mi garganta y me nublaba los ojos.

Luego, a la salida, quise enfrentarme con mis adversarios y despacharme a mi gusto, pero todos se habían escabullido rapidísimamente.

—No se preocupe, hombre —me decía mi procurador, arrastrándome materialmente hacia la calle—. Eso no tiene importancia. Ganaremos de todos modos. Hemos puesto tacha al testigo. Es un amaño de la parte contraria.

—Pero ése, ese hombre... ¿Quién es...? ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué hace eso?

—Lo hace por veinte o treinta duros que le habrá dado el señor Sotero —dijo mi acompañante, y se echó a reír.

Me quedé frío de asombro.

—¿Y cómo lo ha consentido usted? Hay que meterlo en la cárcel. Debemos denunciarlo.

—¿Denunciar el qué? ¿Usted tiene un testigo de que es un testigo falso?

Me di cuenta de que aquel enredo podía no tener fin y sentí crecer mi repugnancia y mi espanto. Dije que a mí ya no me importaba ganar o perder el pleito, que sólo quería buscar a aquel tipo y librar a la humanidad de un ejemplar semejante. El procurador tuvo una sonrisa entre irónica y triste y dijo:

—No vale la pena. No es un caso excepcional. Con frecuencia ocurre eso. Claro, en pleitos civiles tiene poca importancia...

—¿Poca importancia? ¿Tienen poca importancia el crédito y la fama de una persona? ¿Cómo puede consentir eso la justicia?

—Mire, la justicia es algo muy distinto a lo que usted cree. Aparte de que no es infalible, es bastante perspicaz; no piense que se deja embaucar tan fácilmente por los picapleitos y los vividores. Espere usted con confianza el fallo del juez.

Efectivamente, gané el pleito y mi ex socio tuvo que pagar hasta las costas... Pero, ¿qué importa? A mí no me devolvió la candorosa fe de antaño. A mí me hizo tanto daño la actuación del testigo falso, que no pude disfrutar mi triunfo. Ya el mismo día de su declaración famosa tuve mi primer cólico hepático, y desde entonces no me siento bien por completo: me he convertido en un hombre desconfiado, suspicaz, demasiado preocupado por lo que digo y ante quién lo digo. Actúo con excesiva cautela en mis transacciones mercantiles. Todo esto es fatal para un hombre como yo, que tiene que vivir y triunfar a base de facundia y desenvoltura. Pero lo más importante de todo es que el testigo falso, su mera existencia impune, constituye para mí una obsesión que me complica la vida. Durante muchos días fui a buscarle por los juzgados, por el Supremo, por los bares de las Salesas y los alrededores. No logré encontrarlo ni nadie lo recordó, a pesar de las minuciosas señas que di sobre él a porteros, ujieres, escribientes y taberneros. Yo creo que sospechaban mis feroces intenciones y fingieron, para

no comprometerse. Seguí, aun después de liquidado por completo el asunto, con el empeño de hallarle, fijándome en cada transeúnte con furioso interés, con el ahínco que sólo dan las malas pasiones, haciendo fuerza telepática para atraerlo a mi vista. Hubiera sido mejor no conseguirlo, pues quizá ya lo hubiese olvidado y su influencia maligna estaría ya disipada...

La primera vez que me lo encontré, bien lo recuerdo, era víspera de Reyes, por la tarde. Yo iba en busca de mi mujer, excelentemente dispuesto de cartera y de ánimo para comprarle a ella y a los niños los regalos. Me lo tropecé de pronto, en una plaza de mucho tránsito, en la misma boca del Metro. Aunque le había visto en una sola ocasión de mi vida, lo reconocí en el acto, más que por memoria visual, por instinto, por aviso infalible del corazón, que llevaba muchas semanas alerta. Me atravesé en su paso, entre la oleada de personas que subían y bajaban hacia el subterráneo.

—¡Por fin, buena pieza! ¡Ya era hora de echármelo a la cara!

Me miró alargando el cuello, con expresión cegata, y dijo, muy suave y cortés:

—¿Cómo? ¿Qué dice usted, caballero? ¿Quién es usted?

—¿Que quién soy yo? ¡Ahora no me conoce! Sinvergüenza, ¿no me conocía tan bien en el Juzgado? —chillé.

Instantáneamente, cambió toda su expresión. Bajó la cabeza, pareció retraerla entre la bufanda y el raído abrigo, igual que se retraen las tortugas en su concha, me volvió la espalda y huyó. Toda la escena fue rápida como un relámpago. Yo iba a cogerle por la solapa y a sacudirle dos tortas —ésa era, sobre todo, la satisfacción que mi sangre buscaba desde hacía dos meses—: Pero se me escapó con una facilidad inconcebible, lanzado escaleras abajo de un modo extraño, con precipitación y tiento a la vez, como si temiese que los escalones huyeran bajo sus pies y al mismo tiempo como si no le importara mucho romperse la crisma. Sólo mis insultos le persiguieron:

—¡Granuja! ¡Cochino! ¡Estafador!

La gente me empujaba y protestaba. Alguien dijo:

—Oiga, oiga, no estorbe el paso. Éste no es sitio de discusiones.

Y la cerillera dio su opinión:

—Pero si era un pobre viejo. ¡Sabe Dios! Éstos de cuello duro...

El guardia de tráfico se había aproximado:

—¿Qué le pasa?

En medio de mi excitación, me aturrullé:

—¡Se me ha escapado, el bribón!

—¿Quién?

—Ese maldito tipo.

—Pero, ¿le ha quitado algo? ¿Qué le ha hecho?

—No, nada. Es un mal sujeto. Vende su conciencia por veinte duros. —A mí mismo me sonó hueca y enfática mi expresión.

—Si tiene algo con él, ventílelo en otra parte.

—No sé quién es, ni cómo se llama, ni dónde vive... —murmuré.

El guardia me miró suspicazmente:

—Bueno, aquí no escandalice. Hagan el favor de circular: están taponando la boca del Metro.

Sofocado, tembloroso, hui de allí tan de prisa como mi enemigo, presintiendo que me había gafado la fiesta de Reyes. En efecto, disputé con mi mujer en las compras, cambié mi premeditada generosidad por repentina y ridícula tacañería, en fin, estuve grosero con ella en una tienda de sombreros, inclinándome por el que menos le gustaba.

—¿No te parece que me hace muy mayor? —me consultó.

—No, te va muy bien, mujer —dije con desgana e impaciencia.

Ella me echó una ojeada triste y recelosa.

—Es un sombrero de señora mayor, Balbi.

Desde que pasó la luna de miel me irrita que me llame Balbi y sé que ella me lo dice cuando quiere molestarme; por eso respondí con dureza:

—Pues es el que te corresponde.

Como es una mujer de cortos alcances, al pronto no supo replicarme como merecía; pero la vi profundamente herida, casi llorosa, mientras la dependienta intentaba cambiar conmigo una miradita cómplice y yo le devolvía una de desprecio: en aquel instante odiaba tanto su tersa juventud maquillada como la maquillada madurez blanda de mi mujer... Naturalmente, nos fuimos sin comprar ningún sombrero, y ya en la calle estalló en improperios y yo no acerté a decir una frase amable para conformarla y se negó a elegir sus reyes y los míos. Así aquella noche, por primera vez desde nuestro matrimonio, mi mujer se acostó sin preparar los reyes para todos. Lo hice yo solo, con la pesadumbre de no saber qué dedicarle a ella, mientras que hasta la criada tenía su paquetito. Por fin, confuso y atolondrado, me decidí por poner un billete de quinientas en un sobrecito a su nombre. El resultado fue que a la mañana siguiente faltó espontaneidad y alegría en tal hallazgo y mis niños dudaron por vez primera, hicieron comentarios extrañados ante el sobre escrito con mi letra y nos miraron a nosotros dos con desoladora clarividencia. ¡Esto de destrozar una de las más hermosas fiestas familiares tampoco se lo perdonaré nunca a ese tipo!

A partir de entonces, he vuelto a encontrármelo con cierta frecuencia. Por fatal casualidad, debe vivir en mi mismo barrio. Al principio, mi impulso era arrojarme sobre él, sacudirle por las solapas y abofetearlo. Pero nunca he podido atraparlo. Tiene una rapidez de sabandija o una habilidad profesional para escabullirse, siempre escondiendo la cara, sin pronunciar una palabra, sin demostrar en nada que oye siquiera mis voces insultantes. Disimula y escapa de tal modo que apenas le ven los demás y soy yo solo quien da el espectáculo y hace el ridículo, corriendo tras una sombra, con toda mi corpulencia. Desde luego, la gente misma tiene la culpa de que nunca le haya echado mano. Con esta estúpida curiosidad disfrazada de ciudadanía, le rodea a uno inmediatamente, le acosa a preguntas necias, se lanza a suposiciones gratuitas.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—¿Es un timador?

—Es un ratero, ¿no? ¿Le ha birlado algo?

—Allí hay un guardia. ¡Guardia, guardia, un ladrón!

—¡No, no, por favor! ¡Déjenme en paz, llevo prisa!

Y tiene uno que zafarse de todo el mundo a empujones, sin dar las gracias, aturdido y temeroso de que nuevamente un guardia llegue a tiempo y pida explicaciones. Toda explicación sería vana y cómica, ya lo sé...

Por eso, últimamente he decidido actuar con cierto humorismo. Ya no me interesa pegar a mi enemigo, ni acercarme a él siquiera. Hago algo más refinado, más maligno, menos arriesgado para mí —siempre la gente se vuelve contra el que pega, sobre todo, si es a una persona de edad—: le insulto desde lejos, le apunto con el dedo, me burlo de él con sarcasmo, le arrojo de los vehículos con mis voces, le lanzo entre el tráfico rodado, le hago correr como un ladrón (lo que es, un ladrón de honras, artero y escurridizo...). La penúltima vez, le sorprendí en la barra de un bar cuando, apaciblemente, iba a tomarse un chato de blanco y unas aceitunas. Desde el otro extremo del local, le señalé y dije a gritos:

—¡Eh, eh! ¿Cómo dejan a ese hombre estar entre personas decentes? ¡Es un traidor! ¡Es un sinvergüenza! ¡No deben servirle! ¡Fuera, fuera!

¡Hubo que ver cómo soltó el vaso en mitad del camino, cómo miró a todos lados presa de pánico, cómo abandonó el campo sin tomarse nada, en medio de la chacota general!

Analizándome bien, hay en mí como un regusto vicioso en el encuentro, una complacencia especial en perseguirle, en ensañarme con él, en comprobar su reiterada cobardía. Y resulta que ahora, sobre todo mientras ando por las calles de nuestro barrio común, bulle en mí un desasosiego recóndito, una impaciencia, una espera de algo incierto y problemático, pero anhelado y temido a la vez. Es como un pesar oscuro que necesita aclararse y definirse por una brusca sensación. Y esta precisa sensación es su presencia; su figura enteca y negra, su nariz encarnada y lacia, sus gruesas gafas impenetrables, su espanto

y su fuga al escuchar mi implacable voz... «Ya está, esto es lo que me pasaba, que me lo iba a encontrar; era un presentimiento.» Y momentáneamente descanso de mi ansiedad. Pero luego, el malestar se renueva, más fuerte y definido, y perdura durante todo el día, como una reminiscencia amarga, como un nerviosismo malhumorado que me incapacita para el trabajo. A todos mis actos y pensamientos, se mezcla su recuerdo como una música de fondo con innumerables y machacones motivos. Otra vez... Otra vez le he visto. ¿Qué maldición es ésta? Apenas paso un mes sin tropezármelo. Es curioso, y parece cosa del diablo, que en una ciudad tan grande pueda uno encontrarse tantas veces precisamente con la única persona que no debiera encontrarse jamás... Y nunca me desahogo por completo; se me escapa. ¡Vaya agilidad! Claro, es un hombre joven todavía; aunque parece gastado y débil... Iba tan tranquilo, tan descuidado, disfrutando su mísera porción de vida... ¡Qué absurda cara llorosa, humilde, acobardada ha puesto al oírme! Resulta cómico... ¡Me está pagando bien su faena! Y parece aceptarlo como una cosa justa; no dice nada, nunca dice nada; baja la cabeza, se desliza y huye... Pero, si es tan tímido, ¿cómo hizo aquello? ¿Cuánto le dieron? ¿Lo haría por alguna otra razón? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe qué motivos, qué tremenda necesidad le obligaría a venderse o qué coacción terrible haría sobre él mi socio! Tiene cara de hambre y de enfermedad, va mal vestido; el traje que lleva tiene quince o veinte años... ¿Tendrá familia? ¿Mujer, hijos? ¿Trabajará en algo? ¿Será de veras testigo falso de profesión? No puede ser, ya hubiera caído en manos de otro más bruto que yo. No conseguí verle por los juzgados, y allí nadie le conocía. Tendrá otros trapicheos el sinvergonzón... ¿Y cómo puede ser tan cobarde? ¡Cuánto le desprecio! ¡Cómo me divierte perseguirlo, abochornarle la vida como él me la amarga a mí...! ¿Qué sentirá él? ¿Le remorderá la conciencia? Me gustaría que alguna vez reaccionase de otro modo; debería rechazarme, responderme algo, incluso pegarse conmigo; o disculparse, pedirme perdón, explicármelo todo... Pero no, se espanta y huye, siempre huye... Desaparece en el

acto, como una sombra... A lo mejor hoy no era él, a lo mejor no era nadie. ¡Estoy tan obcecado...! Acaso sea un fantasma... ¿Y si fuera el fantasma de mi amigo Camuñas? Tienen los dos un vago parecido; son así como el anverso y el reverso de una misma personalidad... ¿Llegaría mi amigo a eso, a reencarnarse en un testigo falso, para imponer su criterio en el asunto del jabón? Camuñas era muy capaz de opinar que yo debía perder a medias con el señor Sotero, que todos debíamos perder algo, ya que él mismo perdió la vida. ¡Vaya un disparate...! Estoy enfermando de los nervios; todo esto es aburdo y morboso. ¡No quiero acordarme más de aquel maldito asunto, no quiero pensar más en este hombre! ¿Es Dios o el diablo quien me tienta con él? ¡No quiero verle! Necesito recobrar mi personalidad y mi equilibrio. Pero no lo lograré mientras no deje de verle: tendré que mudarme de barrio, tal vez de ciudad... Me es imposible continuar así, con la existencia de otro hombre incrustada, como un molesto parásito, en la mía. Creo que ya le temo más que le aborrezco.

Al fin, gracias a Dios, creo que estoy salvado de esta pesadilla. Este último encuentro, el de hoy, al cabo de un mes, ha sido verdaderamente providencial.

Era al anochecer y regresaba yo a mi casa, con cierta prisa, después de una jornada de trabajo intenso. No iba pensando más que en mi necesidad de paz y de reposo en el seno de mi familia. Y al volver una esquina me topé de frente con un hombre, al que tuve que coger de un brazo y sujetar fuertemente para que no cayese. ¡Era él! ¡Era el testigo falso!

—Perdone, señor... Apenas veo; cada día menos... Se me acaban de romper las gafas.

Su cara estaba bajo la mía, sin la menor defensa; la he visto muy bien, tan de cerca como veo a diario las caras de mi mujer y de mis hijos. Tiene el rostro devastado por el hambre, por la enfermedad, por la indignidad y la deshonra. Me

ha producido la más penosa confusión. Todavía sostenido por mi brazo, dijo:

—Muchas gracias, caballero. ¿Podría indicarme si ésta es la calle Tal?

—Sí, es esta misma, a la vuelta de la esquina.

Al oír mi voz, aunque por vez primera fue para él blanda y tranquila, se estremeció; alertó todo el rostro y abrió los ojos desmesuradamente. El foco de la esquina se encendió de pronto y dio de lleno sobre ellos. Por primera vez los vi por completo al desnudo. Sentí que mi alma se derretía de compasión, de ternura y hasta de arrepentimiento. Yo leí hace tiempo que un hombre mataba a otro porque éste le miraba con un solo ojo. Es increíble. Estoy seguro de que las gentes que matan pueden hacerlo porque cierran los ojos y no ven los de su víctima; estoy seguro. Nadie podría asesinar ni hacer daño a nadie si en el instante decisivo se parase a mirar bien, a fondo, los ojos del otro. Los ojos de las gentes, por dentro, son intocables, como su alma, y, como ella, tienen independencia absoluta de la condición de todo el resto. Nada tienen que ver las arrugas alrededor, los rictus endurecidos de los párpados, la usura atroz del tiempo en las demás facciones. Yo digo lo de dentro, ese extraño núcleo central rodeado por curiosos círculos y estrías, de una sustancia tan delicada. Eso no envejece ni se pervierte jamás; eso es siempre tan desvalido y tierno como el día que se abrió a la luz primera...

Solté su brazo, murmuré un adiós indefinible y eché a andar lentamente, sintiéndome respirar con amplitud y gozo, como no lo hacía desde mucho tiempo atrás. Se me ha pasado todo rencor hacia el testigo falso. Me he dado cuenta de lo infeliz, lo mísero, lo desgraciado que es. Sólo es eso: un desgraciado. Nunca más volveré a ocuparme del pobre hombre. O quizá, cuando me cruce con él, le saludaré alzando el sombrero, para que se sienta halagado y respetable.

(1958)

PRISA

Al despertar por la mañana, más temprano que de costumbre, tras pasar una mala noche poblada de ensueños insomnes y de pesadillas entrecortadas, la primera idea que acudió a su mente, como una revelación salvadora, fue que aún era tiempo de arreglarlo todo, si es que lo tenía para llegar al muelle antes de la salida del *ferry*. Echó una ojeada al viejo y caprichoso despertador, que marchaba con estruendo, pese a no haberle dado cuerda desde muchas horas atrás, y contrastó su indicación con la más fiable de su reloj pulsera que ni siquiera se había quitado al acostarse. Vio que contaba con media hora escasa y sintió la prisa golpear su sangre como un látigo furioso. Se tiró de la cama, orinó sin agotar la evacuación, se enjuagó la boca pastosa y amarga sin cepillarse los dientes, mientras agradecía a su fiel subconsciente el trabajo que había ejecutado tan oportuna como insólitamente, pues nunca se despertaba de manera espontánea tan pronto como hoy, sobre todo, habiéndose acostado la víspera tan tarde y con

tanta excitación, no sólo por el exceso de bebidas y cigarrillos sino, principalmente, por la infinidad de dimes y diretes donde la mutua voluntad conciliadora se extravió irremediablemente en un laberinto de reproches, lamentos, acusaciones, excusas, quejas, amenazas, burlas, insultos, mentiras, semiverdades, en fin, tantas torpezas de palabra y de gesto que, en vez de resolver el problema, lo dejaron insoluble cuando se separaron intercambiando levísimos besos en las mejillas y la convencional frase «Hasta luego», que lo mismo podría referirse a un proyecto de reencuentro próximo que significar un sobreentendido adiós irrevocable. Como en la rima becqueriana —pensó ahora con pesar— nadie pronunció la exacta frase necesaria, nadie derramó la lágrima que hubiera disuelto el conflicto. Pero aún había tiempo de ambas cosas, quizá... Sin ducharse —no había enchufado el calentador eléctrico y el agua salía helada—, se echó unos cuantos puñados de ella sobre los ojos hinchados, se vistió los vaqueros viejos y el suéter más nuevo, se pasó apenas el cepillo por el pelo revuelto, prescindió de la taza habitual de café negro, sabiendo que la cafetera eléctrica tardaba demasiado en hacerlo —«lo tomaré en un bar del mismo puerto»—, marcó en el teléfono el número preciso para llamar un taxi, se impacientó al ver que salía comunicando repetidamente y renunció a tal ayuda, consciente de que la parada del autobús no estaba cerca, tampoco llevaba directamente al muelle y tendría que hacer transbordo a otro vehículo. Pensó que lo mejor era ir a pie, con tal de hacerlo rápidamente: «Puedo hacerlo, sin duda, aún soy joven y fuerte, aún soy capaz de muchos esfuerzos físicos, mentales y sentimentales.» El *aún* y el *todavía* eran desde hacía algún tiempo sus grandes asideros, sus recursos supremos. Metió su monedero en el bolsillo del pantalón, fue a toda prisa hacia la puerta del apartamento y al abrirla, mientras a su espalda empezaba a sonar el teléfono, vio ante sí dos chicos y una chica muy jóvenes que le ofrecían un producto cuyo nombre no escuchó —concentrada su atención ansiosa en la llamada telefónica, que cesó de pronto—, como tampoco las frases enfáticas de uno de ellos ponderando

su oferta, alargando un pequeño paquete de colorines con letreros llamativos entre signos de admiración: «Es un obsequio, algo nuevo, nunca visto.» «Un momento, sólo queremos informar y hacer una demostración.» «No, no, muchas gracias, no necesito nada, por favor, déjenme salir.» «Bueno, nadie se lo impide», respondió el tipo más alto y fornido mientras los tres bloqueaban la puerta, sonreían con cinismo burlón y la chica insistía en alargar el paquete promocional. Lo agarró de pronto, con furia, gritando «Déjenme en paz» y golpeando, casi sin darse cuenta, un brazo del forzudo, que se echó a reír, con asombro y rabia, le dio un empujón hacia dentro y tiró hacia sí de la puerta diciendo «Vaya gilipollas». Se había quedado con el maldito envoltorio entre las manos, lo dejó sobre el primer mueble que halló cerca, pensó con viva nostalgia en su habitual café matutino, que hubiera podido hacer durante el tiempo perdido con aquellos cretinos. «Casi tres minutos», comprobó con horror en su reloj. Habían transcurrido más de diez desde que despertó, se tocó el bolsillo trasero del *bluejean* asegurándose de que llevaba su monedero y sus cigarrillos, volvió corriendo hacia la puerta de salida, sonó de nuevo el teléfono y le dio un vuelco el corazón: «Quizá, sin duda... Habrá pensado lo mismo que yo.» Pero no: era el propietario del apartamento, que empezó quejándose de que en el mismo nunca cogía nadie el teléfono o siempre estaba comunicando; seguidamente, sin dar tiempo a la menor réplica de disculpa, se puso a explicar con educada parsimonia y circunloquios obvios, que necesitaba saber inmediatamente si se pensaba renovar el alquiler para el mes próximo, pagándolo por adelantado, como de costumbre, ya que lo tenía solicitado otra persona de su especial confianza. «Bueno, mire, no lo sé bien, ya le llamaré.» «Pero, oiga, perdone, yo necesito saberlo hoy mismo, porque se trata...» Le cortó con impaciencia, atropelladamente: «Sí, sí, desde luego, hoy mismo se lo diré, a mediodía, todo lo más tarde a la noche, descuide...» Y colgó, dejando que el teléfono volviera a sonar en el acto y siguiera sonando con rabiosa insistencia, mientras salía del apartamento, pensando fugazmen-

te que cómo iba a entretenerse en contar al casero su problema y que sería resuelto hoy mismo con tal de llegar al *ferry* antes de que zarpara hacia Inglaterra y temiendo que, de todos modos, su comportamiento grosero provocara la rescisión del contrato, que era mensual y renovable o anulable a voluntad de cualquiera de las partes: de ocurrir lo segundo, ocasionaría un gran trastorno en su vida, más aún si todo se arreglaba cuando llegara al *ferry*, que era su única, ferviente aunque incierta, esperanza. Como el ascensor no acudió a su llamada y señalaba su detención tres pisos más abajo, sin duda con las puertas abiertas por alguien para realizar cualquier maniobra dilatoria, se precipitó a bajar por la estrecha escalera de caracol, apenas utilizada por los inquilinos del inmueble, con una peligrosa velocidad, agarrándose apenas al pasamanos en los recodos de estrechos peldaños triangulares y pensando que aún le quedaban diez pisos. Tuvo la suerte de encontrar el ascensor parado y aún abierto en el séptimo, se metió en él sin vacilar, le dio al botón de la planta baja, se impacientó en el corto trayecto vertical, se registró inútilmente el *bluejean* en busca del mechero para encender un pitillo, recordó que en las novelas policíacas, el detective solía demostrar lo largo que es un minuto y que en muy pocos, el sospechoso había tenido tiempo de ir al lugar del crimen, realizarlo y volver al punto que demostraba su coartada de inocencia. Es decir, que los dieciocho minutos que le quedaban para llegar al muelle daban mucho de sí, con tal de que se apresurase, dada la distancia, que calculaba de kilómetro y medio, no mucho más. «Si tuviera el coche», otra de las cosas que se le arrebataba injustamente y que también habían discutido ferozmente la noche anterior... Salió a la calle, todavía desierta en aquel barrio residencial donde la gente madrugaba poco, echó a correr, cruzándose sucesivamente con *joggers* jadeantes, que sin duda le atribuían la misma afición, por lo que uno de ellos esbozó una sonrisa de simpatía, no así otro, petulante y pedagógico, que le hizo una mueca de reprobación, incluso le gritó de paso: «Mala posición de espalda y brazos, se fatigará pronto, cuidado con el corazón...»

El corazón, sí, verdaderamente su corazón venía sufriendo desde hacía tiempo continuos golpes crueles, tenía que endurecer su corazón, defenderlo de los sentimientos excesivos, salvarlo, si era posible, de la soledad y la desesperación definitivas. Sin corregir su mal estilo, cruzó varias calles sin utilizar los pasos de cebra ni respetar la luz roja de los semáforos y salió a la avenida principal que llevaba directamente al puerto, pero que hasta su mitad formaba un repecho largo y un tanto empinado. Si todo hubiera sido terreno llano, tardaría la mitad de tiempo o menos, recordaba confusamente las noticias de los medios de información sobre los fantásticos *cronos* —así dicen ahora los locutores deportivos— alcanzados por los corredores, hombres y mujeres: los campeones de atletismo, 100 metros en doce segundos, 200 metros en veinte segundos, 1.500 es la prueba reina, requiere velocidad y resistencia, lo esencial es el ritmo sostenido, una rusa llamada Tatiana, como las bailarinas de ballet, la hizo en menos de cuatro minutos, un negro llamado Ben Johnson en poco más de tres, cobra varios millones de pesetas por una entrevista en la *tele*, últimamente, le ha vencido otro negro en los 100 metros, entre los dos se reparten sesenta millones. El dinero, otra cuestión que debemos resolver con sensatez y comprensión mutua. Se detuvo un segundo para tomar aliento. Cuando no se es atleta, ni siquiera se tienen aficiones deportivas de tal tipo, ni la menor costumbre de correr, esto es muy fatigoso, no puedo tardar menos de un cuarto de hora en llegar al muelle, quizá más, por esta maldita cuesta arriba. Ahora, por la calzada, justamente a su lado y en la misma dirección, pasó un taxi vacío, sin hacer el menor caso de su llamada a gritos, también un autobús se le adelantó gruñendo y resoplando asmáticamente, sin que aún se divisara la señal de su parada obligatoria, varios automóviles hacían el mismo recorrido a gran velocidad. Es como si todo el mundo tuviera la misma prisa en llegar al *ferry*, pero nadie se da cuenta de la mía o a nadie le importa un bledo. Ya no podía correr más, había coronado la cuesta, ya la avenida descendía perpendicularmente hasta el bulevar del puerto, un guardia atajó su

cruce al paso de un camión que tenía su luz verde, agarrando su brazo con iracundia: «¿Es que no ve o se quiere suicidar...?» «Perdone, por favor, suélteme, tengo mucha prisa, tengo que llegar al *ferry*.» Y el hombre, comprensivo y admonitorio, cuando el semáforo se abría a los peatones: «Sí, pero tenga más cuidado, mejor es tarde que nunca.» No sabe que en mi caso, *tarde es nunca*... En su cabeza se sucedían y se entrecruzaban *flashes* cortos de imágenes y palabras contradictorias, tanto del pasado antiguo como del reciente: años felices, total comprensión mutua, somos desgraciados por tu culpa, la culpa es tuya, eres egoísta, no quieres a nadie, besos tiernos, dulcísimos, hipócrita, siempre me has mentido, me engañabas, qué más quieres, nada es bastante para ti, ojos risueños, risas unánimes, hermosos dientes blanquísimos, cuánto te quiero, sollozos reconciliadores, voces chillonas, no te entiendo, ya sé lo que te pasa, sonrisas sarcásticas, eres mala persona, fuertes chupadas a los cigarrillos, frecuentes tragos alcohólicos, ten cuidado conmigo, esto es abuso, traición, chantaje, ceños fruncidos, mandíbulas apretadas, siempre nos querremos, qué fracaso, qué error, no resisto más esta situación, estaré junto a ti hasta el fin de mi vida, necesito una nueva vida, vete, vete a la mierda, golpeteo impaciente de un pie sobre el suelo, me voy para siempre, palidez miedosa, yo también quiero ser libre, perdóname, vuelvo a tu lado, nunca más me alejaré de ti, te lo juro, falsedad, hipocresía, cinismo, cómo viviremos ahora, yo tengo mis recursos, cuánta soberbia, mientes, siempre has abusado de los míos, manos crispadas, pellizcos retorcidos al mantel y al propio traje, no puedes llevarte eso ni eso ni eso, me llevo lo que me pertenece, manoteos iracundos, puños amenazadores, es un robo, una putada, no tienes derecho, qué bonito regalo, te gusta, ya ves que nunca olvido tu aniversario, ojos feroces, muecas despectivas, te ayudaré siempre que lo necesites, caras enrojecidas, ojos lacrimosos, estamos borrachos, todo es inútil, no tenemos nada más que decirnos, charlas interminables, silencios dichosos, vámonos, ya es muy tarde, tienen que cerrar, ojos bajos, bocas compungidas, dedos alzados repentinamen-

te avanzando hacia el otro rostro sin llegar hasta él, ir por el mundo cogidos de las manos, caminar sin tocarse, en silencio, parados frente a frente en la madrugada, facciones desencajadas, fatiga inmensa, sensación de *match* nulo, de mutuo k.o., nos besaremos, besos cálidos reconciliadores, miradas glaciales, labios secos rozando apenas las otras mejillas, hasta luego, hasta luego, fuertes pisadas dobles alejándose entre sí, no volver la cabeza, no mirar si me mira... Ya cuesta abajo, aceleró su carrera, al oír la sirena del *ferry*, aviso perentorio de su inminente salida. Me duele el estómago y también el vientre, es mi hora de evacuar, tengo la garganta seca, necesito con urgencia beber algo, no ya mi café o una copa de coñac, me bastaría un trago de agua fresca... Venció la tentación de pararse al pasar delante de un pequeño bar, por cuya puerta abierta se veían gentes en la barra tomando apetitosos desayunos entre nubes de aromático humo. Debería entrar y descargar el vientre, cómo me duele, por lo menos, pedir fuego y encender un cigarrillo, no, solamente tengo sed, la boca seca. Recorrió el último tramo de la avenida perpendicular a la que formaba bulevar paralelo al malecón, ya veía éste desplegado en ancha y larga cinta asfáltica y tras él, las verdosas aguas del puerto menor, donde se mecían mansamente diversas embarcaciones de recreo. Más lejos, a la derecha, junto al espigón separatorio del puerto mayor, destacaba el barco blanco, de elegante aspecto, a pesar de su rechoncha silueta. Vio ya cerrada la ancha popa en la panza que albergaba los coches. Ahí está el mío. Alcanzó el bulevar paralelo al mar por el paso debido, con el semáforo abierto, por fortuna, corrió un trecho del paseo central hasta toparse con un grupo de *harechrisnas* danzando y cantando, para eludirlos cruzó difícilmente la otra calzada, sorteando el tráfico más denso, oyendo claxons y gritos insultantes, alcanzó el malecón, calculó que le faltaban unos cien metros lisos para llegar al *ferry*. No mirar el reloj, no angustiarme con ideas negras, concentrarme en lo que tengo que decir, me esforzaré por hacerlo bien, eficazmente. El malestar de estómago me va subiendo... Ahora asaltaban su mente ima-

ginaciones del futuro inmediato. Todavía se ve gente allí, aún no habrán retirado la pasarela, subiré, bastará un momento: todo depende de la cara que ponga al verme, ojos de asombro, sonrisa acogedora, labios apretados fríamente, qué haces tú aquí, palabras cariñosas, reconciliadoras, un malentendido absurdo, informaciones erróneas, engaño malicioso de gentes enemigas, ha pasado otras veces, no se puede arrojar por la borda nuestro pasado, tenemos que olvidarlo todo, perdonar generosamente, podemos empezar de nuevo, nos necesitamos, te necesito, tenemos que hablar despacio, más serenamente, anoche nos turbaba el alcohol, estábamos demasiado nerviosos, tú y yo somos lo único que importa, por qué has venido, esto es ridículo, te quiero mucho, mi decisión es irrevocable, no quiero verte más, no te vayas, volveré pronto, nos escribiremos, por favor dame unas señas, un número de teléfono, una indicación de tu destino... Se le confundían las ideas en la cabeza, chiribitas brillantes cruzaban ante sus ojos, el dolor le oprimía el pecho, corría por el espigón casi al borde del agua, oyó el ronco, decisivo aviso del barco, antes de retirar la pasarela aún solía aguardar un momento más, quizá podría subir a cubierta, siempre dejan a los que se quedarán en tierra dar el último abrazo a los que se van... Le faltaban muy pocos metros, quizá menos de cuarenta, pero se sentía muy mal, había olvidado todo lo que quería decir y hacer, los oídos le zumbaban, veía turbio, seguía corriendo casi a ciegas, se le cerraba la garganta, no dejaba pasar al aire, sentía un dolor agudo en el corazón. Y dicen que el corazón no duele. Empezaba a sudar frío, no podría seguir corriendo, no daría un paso más por aquel muelle tan largo, con el *ferry* tan lejos, tan lejos... Llegó hasta él sin verlo siquiera, a trompicones, justamente cuando soltaba las amarras del noray y empezaba a separarse con suma suavidad del espigón. En cubierta, acodados en la dorada barandilla, algunos pasajeros miraban hacia tierra, unos con pena o nostalgia, otros con alegría, quizá la mayoría con plácida indiferencia. No acertó a divisar el rostro deseado, no llegó a pronunciar el nombre querido, sintió que se caía hacia delante, pero que no llegaba

a dar con su cuerpo en el suelo porque alguien lo sujetaba, lo apoyaba en el gigantesco bolardo que acababa de liberar al barco. Mientras oía apagadamente a la gente que se acercaba preguntando «¿Qué le pasa, ha perdido el *ferry*?», sólo pudo balbucear inaudiblemente: «Adiós, adiós, adiós...»

(1986)

LA INVITACIÓN

A la memoria de Alfred Hitchcock

Cinco personas de condición y circunstancias diferentes recibieron por correo sendas cartas fechadas el mismo día y redactadas en iguales términos, salvo las mínimas variantes debidas a cada destinatario. El texto, escrito en letra inglesa de máquina, en lujoso papel rosado, con membrete en relieve, de iniciales entrelazadas sobre una dirección y un teléfono de Madrid, invitaba a un almuerzo conmemorativo del fallecimiento de la persona cuyo órgano tal había recibido en trasplante, un año atrás, el invitado respectivo. Se rogaba a éste que comunicara su aceptación o renuncia y si contaba con medios propios de transporte o prefería ser recogido en un lugar determinado. La firma era un garabato ininteligible, pero bajo ella figuraba en letra de la misma máquina el nombre de María Luisa Fernández, viuda de Cambelli. En el mismo sobre, se ad-

juntaba un pequeño plano parcial señalando el trayecto y el lugar exacto de la cita, en una zona residencial cercana a la misma ciudad.

Ninguno de los datos reseñados ni la referencia al donante decían nada a los cinco invitados, que habían recibido su correspondiente órgano bajo el más cerrado anonimato de sus benefactores. A todos les sorprendió la inesperada ocasión de conocer su identidad aunque más bien les era indiferente, con una sola excepción.

Dámaso Cortés Almudia, hombre de cuarenta y cinco años, de buena facha y desahogada posición económica —conseguida durante más de veinte años de esforzada aplicación de sus dotes innatas de simpatía, talento financiero y capacidad trepadora—, era sumamente curioso, incluso tenía aficiones detectivescas y había intentado saber, mediante sus numerosas amistades en los juzgados, quién era su misterioso donante de un hígado fresco y sano, en sustitución del suyo, afectado de peñascosa cirrosis por causa de su misma trayectoria ascensional, que le obligó durante mucho tiempo a beber demasiados güisquis, daiquiris, gintonics, coñacs y demás alcoholes, tomar incontables cafés negros, fumar infinidad de puros y cigarrillos de todas las marcas y admitir frecuentes ayudas equívocas de su mujer, hembra de estampa sensacional, tan lista y ambiciosa como él. Cuando, en el primer correo de la mañana llegó la carta a su domicilio, lujoso *duplex* de cuatrocientos metros, en la parte moderna del paseo de la Castellana, tuvo un alegre sobresalto y se prometió puntualizar ciertas vagas noticias sobre el caso: al parecer, se trataba de un extranjero, italiano o quizás apátrida, que había sufrido un accidente mortal cuando viajaba solo en un viejo «Mercedes» de los años cincuenta, cuya documentación había caducado tiempo atrás, ya no figuraba en ningún registro de tráfico y tampoco coincidía con la filiación del conductor en su pasaporte, probablemente extendido a nombre falso: de todo lo cual se dedujo que el vehículo, que

nadie reclamó, era robado, prestado o alquilado ilegalmente en ignoto lugar. Así es que el asunto fue sobreseído, por mediación, también secretísima, de persona influyente. Dámaso, que intuía en aquel suceso alguna historia interesante, se fijó en la firma del mensaje y se dijo: «Esta viuda es, sin duda, española, pero el apellido de su difunto marido es, sin duda, judío: o sea que, si es mi donante, yo llevo el hígado de un judío, lo que en estos tiempos, más bien es un honor. Por cierto, dicen que las grasas interiores de los judíos, en las entretelas y demás, son mucho más amarillas, incluso anaranjadas, que las de los arios puros. Pero vaya usted a saber de qué raza soy yo: en mi pueblo, a mi abuelo le llamaban *el Moro* y sí que lo parecía...»

Acabó su desayuno de régimen, a solas en el comedor, tomó sus medicamentos y acudió al *office*, donde, atendido por la doncella, se atracaba de chocolate y picatostes su hijo menor, de siete años. (Los otros dos, chico de quince y chica de trece, estudiaban un curso en Estados Unidos, como correspondía a su *status* socioeconómico). Por pura vanidad, leyó en voz alta la invitación a la sirvienta y al niño, que se mostró entusiasmado:

—Me llevarás contigo, papá. Yo quiero ver a esa señora. Es la mamá de tu muerto, ¿no?

—No le llames mi muerto. Y no sería correcto llevarte sin estar invitado. Ya te lo contaré todo, cuando vuelva. Venga, vamos a dar los buenos días a mamá.

Chichina era así llamada por todo el mundo, desde que Dámaso la conoció y le puso tal mote porque estaba gorda, aunque pronto se sometió a dieta de hambre para ascender desde el taller de costura donde trabajaba a la pasarela de la misma firma para pasar modelos. Este empleo —que dejó al casarse y alcanzar prosperidad— la convirtió en dama esbeltísima, de modales refinados y aparente cultura, que frecuentaba la buena sociedad y leía libros *best-sellers*, revistas de modas, de arte y del corazón. Al presente, y desde la hepatitis de su marido, dormía en alcoba aparte, lo que no impedía entre la pareja

un profundo afecto, forjado en largos años de trabajos y complicidades, pero ya exento de ardores eróticos, que ella reavivaba por su cuenta en aventurillas discretas y útiles. Ahora, al ser despertada con alborozo por una noticia que le importaba un bledo, pero que sabía grata a su curioso marido, disimuló cierta irritación y murmuró entre bostezos:

—Vaya, vaya, qué bien lo vas a pasar, sobre todo, si hay más gente invitada, como es de suponer... —Cambió de tono para dirigirse a su hijo, que se había encaramado en su cama y pretendía meterse dentro, con zapatos y todo—: No, no, cielo, ahora te está esperando Cosme para llevarte al *cole*, no puedes faltar casi a finales de curso. Besitos a papá y mamá y hasta luego.

Cumplido el rutinario intercambio de besos a tres bocas, el niño marchó a su *cole*, la mujer se dio media vuelta entre sábanas para seguir dormitando y el hombre se metió en el salón-biblioteca —más bien lo primero que lo segundo— y se puso a llamar por teléfono al único de los receptores de órganos que conocía, ya que ambos habían sido operados en la misma clínica privada y en el mismo día, con intervalo de pocas horas y, luego, en la convalecencia común, establecieron una relación que no llegó a cuajar en amistad por las diferencias de edad, educación y ambiente social, pero principalmente, por el carácter retraído de Paquito.

Francisco Piñón Camacho era un joven de veintidós años, que representaba menos, por su escasa estatura, su cara barbilampiña y su cuerpo enclenque, sin el menor desarrollo muscular. Había recibido el corazón anónimo en sustitución del suyo, malformado de nacimiento y demasiado grande para su caja torácica, por lo que toda su vida había sido tratado de su anomalía y privado de las actividades normales de cada edad, incluso había hecho la primaria y el bachillerato por libre, con ayuda de maestros particulares. Hijo único de un matrimonio de intelectuales —su padre era catedrático de Instituto y su

madre profesora de música en el Conservatorio—, era un típico marginado por la enfermedad, sin amigos, sin contactos con el otro sexo y, en consecuencia, un muchacho huraño, taciturno, introvertido, acomplejado y resentido hasta con sus padres... Además, estaba convencido de que su trasplante había sido inútil, pues según las estadísticas de supervivencia que leía morbosamente, estaba condenado a muerte en corto plazo y él mismo tenía tentaciones de abreviarlo. Cuando su vieja niñera, que seguía en la casa sólo por amor a su Paquito, le dijo que le llamaba por teléfono Dámaso Cortés Almudia, primero se negó a hablar con aquel tipo que le parecía vulgar y pretencioso, pero terminó por ceder a las súplicas de la buena mujer y cogió el auricular con desgana, a sabiendas de que recibiría un irritante saludo:

—¡Hola, compañerito de fatigas! ¿Cómo va eso?

—Como siempre —respondió el muchacho, sin interesarse por el estado del otro en recíproca cortesía.

—Ya sabrás por qué te llamo, Piñón. —Dámaso no empleaba el nombre de pila en diminutivo, porque sabía que molestaba a Paquito, pero al primer apellido le daba interiormente la misma intención entre burlona y compasiva—. Tú habrás recibido la misma carta que yo...

—Sí, la he recibido, pero no pienso ir a esa comida. Ni lo he dicho en casa.

—¿Por qué, hombre? Tenemos que ir, conocer a los otros trasplantados, si los hay; tenemos que saber quién fue nuestro donante, quién es esa viuda de Cambelli y por qué nos llama ahora, al cabo de un año...

—A mí no me apetece conocer a nadie... Y no me siento bien, ahora mismo mi corazón late de prisa. Mi caso es un error, un completo fracaso...

—No digas tonterías, hombre —le interrumpió Cortés, con forzado optimismo, pues tampoco su caso era un seguro de larga vida, aunque prefería no pensar en ello. Acumuló simpatía y argumentos sugestivos hasta vencer la resistencia de Piñón, diciéndole finalmente:

—Oye, mira, Paco, estamos a cinco de mayo. Hoy mismo llamaré por telefono a esta señora diciendo que iremos los dos. El día diez, a la una en punto, te espero a la puerta de tu casa, si no quieres que se enteren tus padres; pero dile a tu *tata* que no vas a comer. Yo mismo llevaré mi coche, ya sabes que desde hace una semana, me permiten conducir un poco. Tú no tienes más que dejarte llevar...

—Bueno, iré contigo —accedió, por fin, Paquito, con voz desganada, mientras pensaba melancólicamente: «Eso estoy haciendo siempre: dejarme llevar, dejarme llevar, por la vida y por la muerte...»

Otro de los convocados por la viuda de Cambelli era Feliciano Aloque Pérez, hombre feo y bueno, de cincuenta años, casado y sin hijos, receptor de un riñón en un centro hospitalario de la Seguridad Social, después de largo tratamiento con diálisis, ya que, debido a una vieja tuberculosis renal, una de sus vísceras estaba necrosada y la otra le funcionaba apenas. Era modesto frutero en un suburbio al sur de Madrid y despachaba su mercancía en un tabuco de apenas ocho metros cuadrados, directamente desde los cajones y envases del transporte, sin más ayuda que la eficacísima de su vigorosa mujer, a la que siempre se refería respetuosamente como «mi señora» (sin saber, por supuesto, que tan bello tratamiento procede del «amor cortés» medieval). Ella le correspondía con menosprecio y malos modos, ya que atribuía la infecundidad conyugal a la enfermedad crónica de su marido; y aunque, al presente, se había recuperado bastante ya no había caso: él había perdido el gusto y era tarde para ella, que estaba en plena menopausia. Cuando llegó al correo, estaba combinando por tamaños y colores, tomates, berenjenas y pimientos, naranjas, peritas de San Juan y gruños primerizos, lechugas, manojos de acelgas y montones de cebollas, de manera que el conjunto formaba un artístico bodegón natural. Y ella fue quien cogió la carta, la abrió inmediatamente y se puso a leerla despacio y con esfuerzo

—era semianalfabeta, aunque listísima para llevar el negocio, incluso lo hizo a solas mientras su marido estuvo hospitalizado—, dando manotazos con la izquierda al hombre, que pretendía echarle el ojo a la vez. Su primera reacción fue de dignidad ofendida, al verse excluida de la invitación:

—¿Es que esa tía que firma no tiene educación? ¿No sabe que tú tienes tu señora?

—Pues no lo sabrá, digo yo —dijo Feliciano, siempre tan lerdo y apacible como malhumorada y vivaz era su señora.

Cuando pudo releer él mismo la carta, párrafo por párrafo, sintió sorpresa y perplejidad ante la elegancia del papel y el misterio que encerraba para él, que, al pronto, se creyó el único invitado, pues ignoraba que hubiera más personas receptoras del mismo donante. Dándole vueltas, mirando en todos los sentidos el planito adjunto y la dirección que indicaba, dijo:

—¿Dónde caerá esto? No está en el casco de Madrid, sino fuera, algo lejos, al otro lado, que yo no conozco...

—Pero, ¿no te das cuenta de que te preguntan si quieres que vengan a buscarte? Llama a ese teléfono y di que tienes que ir conmigo y que nos manden un coche, no faltaba más.

—Llama tú, Rosita, mujer, que tienes más desparpajo —dijo el pobre hombre, lleno de temores, tanto a su torpeza social como a una inconcreta y subconsciente premonición.

Rosita reflexionó con el ceño fruncido y luego decidió:

—Mira, *Feli*, lo mejor es dar cuenta al *Pico*, que sabe mucho del trato con gente gorda, y él nos aconsejará. Espérate a cerrar esto y le hablas cuando te acerques a tomar tu vino que, por cierto, no puede hacer bien a un operado como tú.

En efecto, a la hora del aperitivo, *Feli* pudo presumir ante sus contertulios del bar próximo, cuyo dueño era apodado *Pico* por su invariable costumbre de llamar así, «un pico», al par de aceitunas o de patatas fritas o de cacahuetes que ponía como tapa el vaso de tinto o la caña de cerveza que solían pedir sus parroquianos, todos ellos, vecinos y de bajo nivel económico. La carta del *Feli* pasó de mano en mano ante el mostrador,

manchándose de vino y de grasa, a pesar de la extrema delicadeza con que era cogida por cada lector entre el pulgar y el índice, y fue suscitando opiniones contradictorias: «No vayas, hombre, aquí hay gato encerrado.» «¿Qué gato ni qué leches? Bien claro está que esa buena señora tiene contigo esa atención por haber admitido el riñón de su marido.» «Yo creo que aquí hay algún misterio, fijaros que no nombra al tío que donó su riñón.» «Si lo nombrara no sería un donante anónimo.» «Pero ya dice que es viuda de un tal Cambelli: ése será el donante, claro.» «Pues, por eso, coño, tú vas, te das un banquete *de buten* y de paso, te enteras, que es lo que menos importa.» «Pero, ¿a qué viene ese convite al cabo de un año?» «Pues está claro, *jöé*, para celebrar el aniversario del suceso.» «No digas chorradas, vaya motivo de celebración: que le digan una misa al difunto y en paz.» La discusión se hubiera prolongado sin más objeto que pasar el rato, pero el *Pico*, que había sido conserje de un gran hotel hasta reunir el dinero para poner aquella tabernilla en su barrio, la resolvió con su reconocida autoridad:

—No puedes hacer un feo a esa señora, que debe ser alguien importante: su papel es de lujo y huele a perfume francés. Si tú estás vivo es por el trasplante de su familiar y el que no es agradecido no es bien nacido. Si quieres, yo mismo llamaré luego por teléfono para puntualizar.

Así lo hizo el *Pico* y le respondió una voz masculina algo atiplada, que prometió enviar un coche el día y hora señalados, en busca de Feliciano Aloque Pérez.

El otro riñón le había sido implantado a Pedro Cortado Ureña en una clínica de Barcelona, por haber sufrido en sus cercanías un grave accidente conduciendo su camión de cuatro ejes, en el que recibió un tremendo golpe que estuvo a punto de partirle en dos por la cintura: todo, según él contaba, al dar un brusco volantazo que medio volcó su enorme vehículo en la cuneta, por no aplastar a un mierda *cuatro latas* que le hizo la *sardineta* y cuyo conductor tenía el carnet caducado, iba con

el *mono* de *caballo* y llevaba un coche que no era suyo. Pedro apenas bebía, era tan prudente y pesado como su fiel «Pegaso» y no cedía el paso a nadie en la carretera mientras no veía el horizonte completamente despejado. Tenía treinta y cinco años, era fornido, algo chaparro, malhablado, machista y putañero y estaba casado con una buena muchacha de su mismo pueblo manchego, donde le llamaban *Cafecortado* —«con mala leche», añadían a sus espaldas sus paisanos— porque lo consumía así a todo pasto antes de su percance y porque mantenía a su mujer encerrada en el lugarejo, mientras él presumía de divertirse por toda España y media Europa y a ella la dejaba preñada apenas se reponía de cada parto, con el resultado de cinco hijos y ahora uno más en camino. No obstante, mantenía a toda su familia con desahogo, trabajando mucho y no sólo de camionero, en una empresa internacional de transportes que no respetaba la legislación sobre horarios, límites de carga y prohibiciones de traficar con ciertas mercancías, lo que determinaba una asociación muy especial entre patrón y empleado, que producía a éste beneficios extra. De momento, trabajaba en los talleres mecánicos radicados en la capital, sin que aún se le permitiera conducir camiones, a pesar de que él aseguraba estar completamente repuesto y que su único riñón trasplantado funcionaba como el mejor motor. Por exigencias de su trabajo y tras los primeros meses de convalecencia en su pueblo, volvía a vivir solo en una buena pensión madrileña y a ésta le remitió su mujer el sobre rosáceo y perfumado, sin atreverse a abrirlo, aun advirtiendo con resignación que era femenino. Dámaso recibió con recelo semejante convite, sospechando alguna celada mafiosa o quizá policíaca, en relación con un reciente alijo de hachís transportado sin novedad desde Algeciras hasta la frontera francesa y en el que, en apariencia, él sólo había sido acompañante del chófer. Hubo algún soplo posterior, según noticias de la empresa y esta misma, mediante uno de sus jefes, no ya le aconsejó sino que le ordenó acudir a la cita y averiguar qué había tras su inofensiva apariencia. Por otra parte, Pedro sentía curiosidad personal, dado su

incurable afán de aventuras sexuales —suspendidas sólo temporalmente en su ánimo— y pensó que una tipa así, que le invitaba con elementos tan sugestivos como el papel, el perfume y un pretexto sentimental tardío, sin duda sería una zorra, como le parecía toda mujer que no fuera la suya o su propia madre difunta.

Adelaida Ruiz de Alvarado era una solterona de cincuenta años, mejor dicho, pasaba por tal, pero a les treinta fue casada y abandonada en su noche de bodas (como la heroína de una novela de Luis del Val). Tras semejante percance, ingresó en una congregación dedicada al apostolado seglar, a la cual donó sus bienes en cuanto recibió la herencia de sus padres, gente acaudalada y linajuda, como indicaba la partícula de su apellido. Vivía en una residencia de su Orden, radicada en la capital de una provincia castellana, vestía usualmente prendas grises y holgadas, medias tupidas y zapatos de tacón bajo, lo que la hacía parecer una mujer desgarbada, cuando en realidad tenía un buen cuerpo y un rostro de correctas facciones, aunque afeado desde su infancia por gafas que no consiguieron corregir la miopía progresiva de sus ojos saltones, de color pardo desvaído y expresión perruna. Precisamente, la rotura en añicos de tales gafas, al ser golpeadas casualmente con violencia por una puerta de vaivén, le produjo en ambos ojos heridas que no cicatrizaron y determinaron un trasplante de córnea, tras el cual tenía que seguir usando otro tipo especial de gafas que, de momento, no le permitían leer bien ni ver cine ni televisión: así es que se había hecho muy aficionada a la radio, que escuchaba a la menor ocasión en su transistor de bolsillo, por supuesto, siempre buscando las emisoras y los programas recomendados por sus superiores. Al más inmediato, muy escrupuloso, le dio a leer la carta de invitación, que fue aprobada sin reservas:

—Claro que debes ir: evidentemente, se trata de una persona muy afecta a tu donante y que siente cariño por las que

viven o han sido aliviadas por sus vísceras. La Iglesia moderna acepta y aprueba esta muestra de caridad cristiana.

El día señalado, pues, la buena Adelaida se vistió y se peinó con esmero, comulgó y desayunó muy temprano en su residencia provinciana y emprendió viaje a Madrid en una pequeña furgoneta de la comunidad, conducida por otra congregante. Ésta, mucho más joven y vivaracha, mostraba siempre una alegría tan exagerada que parecía fingida, sobre todo, cuando la excitaba algún acontecimiento extraordinario, como en esta ocasión. Aunque tenía buena vista y mucha pericia, llevaba el vehículo a lo loco, adelantando a otros más potentes y sobrepasando en mucho los 80 km/h de velocidad máxima que indicaba el suyo. Conduciendo con una sola mano, consultaba de vez en cuando el planito adjunto a la invitación y lo canturreaba a media voz: «Carretera de la Coruña, pasado el kilómetro veinte, desvío a la urbanización "Los Carrascos", atravesada ésta, tomar a la izquierda, camino sin asfaltar, hasta llegar a chalet aislado en la ladera de una colina, en cuya entrada pone "Villa Marisa"...» Allí mismo depositó a su pasajera casi media hora antes de lo debido y, entre risotadas, le dijo:

—Ya estamos. Volveré a buscarte hacia las cuatro y media. Ya me contarás: será emocionante y divertido. Dios te guarde, hasta luego.

Adelaida tenía una esmerada educación que le impedía presentarse en una cita a domicilio con tanta anticipación y, como no se atrevía a pasear por aquel terreno desconocido y pedregoso, optó por quedarse junto a la puerta metálica de «Villa Marisa», apoyada en la alta tapia coronada de espesas y colgantes madreselvas a punto de florecer, y se puso a escuchar en su radio una charla interesantísima sobre misioneras en una selva amazónica donde todavía existían tribus caníbales, mientras respiraba con deleite el aire primaveral cargado de aromas silvestres.

El segundo en llegar fue el camionero Perico Cortado, con-

duciendo un discreto «Seat Ritmo», que aparcó cuidadosamente entre las acacias que bordeaban el pequeño ensanche del camino para formar una especie de plazoleta ante la finquita aislada al mismo pie de la colina. Al bajarse y ver allí a Adelaida, respingó de sorpresa y se dijo: «Coño, una monja... No será ella la firmante de una carta así, me estará esperando para llevarme al interior. ¿Será esto un convento o algo por el estilo? Precaución y buenas formas...»

Muy modoso, tendió su mano, grande y callosa, a la mujer, que apenas alargó la suya, estrechada con excesiva efusión por el hombre, que decía:

—Bueno, ya estoy aquí. ¿Cómo está usted? Cuando quiera podemos entrar.

Adelaida, que había apagado su transistor sin sacarlo del gran bolsillo lateral de su traje, respondió con amabilidad que ella no era de la casa, sino una invitada, como parecía ser él también y que debían esperar unos minutos, puesto que estaban citados a las dos. *Cafecortado* cayó entonces en la cuenta, preguntó qué le habían trasplantado a ella y al oír que la córnea se quedó de una pieza: ignoraba qué parte del cuerpo era, imaginó que se trataba de algún órgano exclusivamente femenino y pensó que probablemente la donante sería del mismo sexo y que tal vez él mismo llevaba un riñón de mujer, idea que le humilló en extremo. Sin darle tiempo a reaccionar, llegó un taxi del que se apeó Feliciano el frutero —trabajo y aguante de insultos le había costado que su señora se resignara a no acompañarle—, quien recordó al taxista, cuando éste arrancaba marcha atrás, que dentro de dos horas debía volver a recogerle. También miró con expectación a las otras dos personas, sin atreverse a decirles nada, hasta que Perico le preguntó por su trasplante y, en vista de la identidad de vísceras recibidas, se llenó de alborozo, le llamó compañero y hermano gemelo, le palmeó espalda y hombros, se interesó al detalle por su caso: todo, entre interjecciones y tacos que escandalizaban a Adelaida, sin que abandonara su tímida sonrisa y su bondadosa mirada, tras los velados cristales de sus gafas. Los últimos en llegar,

a las dos menos dos minutos, fueron Francisco Piñón y Dámaso Cortés, en un flamante «Lancia», que su propietario acababa de comprarse para celebrar su recuperación y había conducido con prudencia y parsimonia, comentando con indignación el caótico tráfico de la ciudad en aquella hora punta, con toda clase de vehículos mezclados —turismos, autobuses públicos, autocares de turistas, camiones, furgonetas, motocarros y motos zigzagueantes— circulando sin disciplina, cambiándose de banda y parándose a capricho:

—Yo he viajado mucho y esto no se ve en ninguna parte civilizada: en Londres, en París, en Nueva York, los vehículos pesados y de reparto, de carga o descarga, sólo funcionan por el centro urbano desde las diez de la noche hasta las diez de la mañana. Aquí se confunde la libertad con el libertinaje, la democracia con el desorden (etcétera, etcétera, etc.)...

Su acompañante había guardado melancólico silencio, sin apenas escuchar lo que decía Dámaso, ya que estaba ocupado, como siempre, en analizar el comportamiento de su corazón nuevo, cuya normalidad le parecía lo contrario y alimentaba su miedoso deseo de morir. En cuanto descendieron del coche, Dámaso Cortés Almudia se puso a mirar con atención todo el contorno y especialmente, el edificio de dos plantas que se alzaba tras la tapia: le pareció de feo estilo anticuado y con muestras de decadencia y abandono, con el revoco de la fachada lleno de desconchones y huellas verticales de lluvias mal canalizadas, así como encontró cursi la puertecita hurrumbrosa enmarcada en un alto arco doble que abarcaba en curva el nombre «Villa Marisa». Nada tenía que ver aquella vieja residencia solitaria con la moderna y lujosa urbanización que habían cruzado de punta a punta un cuarto de hora antes. Luego echó una ojeada igualmente crítica a las tres personas allí reunidas y también las juzgó gentes de poco pelo, a tenor de sus ropas: Adelaida, con su tosco hábito monjil; Feliciano Aloque, con un estrecho traje color ala de mosca, de anchísimas solapas anticuadas, corbata del mismo tipo y zapatos negros, todo ello, estrenado para su boda cinco lustros atrás y que sólo se

ponía en las grandes ocasiones; y Pedro Cortado, con inadecuado atuendo informal de pantalón verdoso, cazadora marrón y un pañuelo de colorines atado al cuello; mientras que Dámaso, tras consultar con su mujer, vestía elegante terno inglés de dos tonos beige, zapatos italianos y corbata de *setta pura* a juego; y Paquito Piñón, al menos, se había concedido usar un discreto traje azul mahón de buena confección en serie, de los que venden los grandes almacenes.

Apenas estas cinco personas intercambiaron presentaciones y saludos fingidamente cordiales, la puertecita coronada con el rótulo «Villa Marisa» se abrió de par en par y en su umbral de piedra apareció un viejecillo —vestido extrafalariamente con chaleco rayado de maestresala y altas botas de pocero— que debía estar apostado allí mismo esperando que fuera la hora exacta y que los invitó a pasar, sin decir palabra, con una simple inclinación del cuerpo que más que reverencia parecía encorvamiento senil. Los invitados caminaron tras él por un sendero estrecho algo empinado y no muy largo, bordeado de nudosos rosales de pie alto, llenos de capullos a medio abrir, alternados con tiestos recién sembrados con esquejes de geranios y que cruzaba un reducido jardín de tierra suelta, donde alternaban acacias añosas y lileros en perfumada floración, amén de un par de prunos *pissardi* de bello color broncíneo. El lugar resultaba apacible, pero tristón, como abandonado. El caminito, de grava desigual, terminaba en una pequeña plataforma de granito, donde estaba la única puerta visible de la casa, de roble tallado en cuarterones, cuyas dos hojas se abrieron ante los visitantes, mientras el hombrecillo se apartaba a un lado y desaparecía acto seguido tras una esquina de la fachada. En un pequeño recibimiento, sin más muebles que un perchero-paragüero de típico estilo renacimiento español y una sola silla-jamuga, los recibió una mujer casi tan vieja como el mozo jardinero, vestida impecablemente de uniforme negro, con guantes, cuello, puños, delantal y cofia blanquísimos y que los hizo pasar a otra pieza mucho más amplia, amueblada con el lujo de moda por los años cincuenta, es decir, con varios

bargueños, arcones, lámparas de hierro forjado con pantallas de pergamino y abundantes cacharros de cobre de diversos tamaños y formas. «Parece un parador de turismo del antiguo régimen», pensó Dámaso Cortés, que iba observando con atención policíaca todas las características de aquella mansión, reveladora, para él, de antigua prosperidad económica y de actual ruina. Allí mismo, les salió al encuentro la señora de la casa, que causó a todos una rara impresión.

Era una mujer de edad indefinida —«Lo mismo puede tener cincuenta años que setenta», pensó Dámaso—, de tan elevada estatura, aumentada por zapatos de tacón alto, que parecía mirar a las demás personas desde un plano superior en todos los órdenes, y de cuerpo tan delgado y erguido, que sólo un tipo así podía soportar su audaz vestido, de crespón malva, largo hasta los tobillos y drapeado en todas direcciones, incluso en torno a los brazos y el cuello. Sobre el pecho plano lucía collar de gruesas perlas a juego con pulseras, pendientes y sortijas, alhajas que Cortés Almudia consideró auténticas y valiosas. Aún más chocante que su cuerpo era su cara: huesuda, palidísima, sin aparente maquillaje y sin arrugas, parecía una máscara de marfil o de cartón piedra, ya que no tenía movimientos visibles de músculos ni de facciones, sin duda a causa de los numerosos estiramientos de piel que habría soportado. En cambio, en las grandes y hundidas cuencas, sus ojos, de un fuerte color gris acero, brillaban intensamente y tenían una movilidad excesiva y errática. También su cabeza, un poco pequeña para un cuerpo tan grande, con el pelo del mismo color que los ojos, evidentemente teñido y coronado por un alto moño, quizá postizo, mostró desde el primer momento un excesivo afán giratorio, a derecha e izquierda, para recorrer a sus visitantes una y otra vez. La acompañaba un hombre casi tan flaco como ella, aunque algo más bajo, que empezó a actuar como secretario, mayordomo o quizá pariente, pues Dámaso observó entre ambos cierta semejanza de facciones y de modales. La dama fue alargando a cada invitado su mano larga

y huesuda, con una sonrisa que estiraba sus labios violáceos sin mostrar los dientes y repitiendo su nombre:

—María Luisa Fernández, viuda de Cambelli.

A lo que la persona saludada respondía con el suyo propio, que repetía, en voz más alta, un poco atiplada, su presunto secretario, servidor, pariente o lo que fuera, añadiendo a cada cual la palabra correspondiente:

—Córnea... Riñón... Hígado... Riñón... Corazón...

Estas informaciones provocaban en la viuda sucesivos sobresaltos y una concentración de su mirada sobre el sujeto aludido, produciendo en él un indefinible malestar, como si estuviera sometido a los rayos *equis*. El secretario, pariente o lo que fuera, invitó a todos a pasar a otro salón contiguo, decorado con el mismo estilo seudoimperial, en una de cuyas paredes destacaba un magnífico retrato al óleo de la misma señora, cuando debía tener unos treinta años y estaba en buenas carnes. «*Joé*, menuda tía sería ésta cuando yo nací», se dijo Perico Cortado, mientras Dámaso examinaba el cuadro con aires de experto y lo elogiaba, descifrando su firma, que no le pareció famosa. Una vez sentados los visitantes, en torno a una larga mesa baja con tablero de mármol travertino, el secretario, mayordomo, familiar o lo que fuera, preguntó a cada uno qué bebida quería, debía o podía tomar, dado que estaba aún en período de recuperación. Dicho todo en tono discretamente compasivo. Después de un aperitivo *light* —bebidas sin alcohol, canapés vegetales, galletitas sosas y unas lonchas de jamón, «auténtico jabugo y que no hace daño a nadie», elogió Dámaso Cortés—, pasaron al comedor, de parecido estilo a las demás piezas, donde ya estaba aderezada con cierto lujo una gran mesa rectangular y les fue servido con silencioso esmero, por la misma doncella vieja, un almuerzo excelente, igualmente inofensivo y de menú tan variado como la carta de un restaurante, lo que permitía a cada invitado elegir los platos convenientes, si bien todos ellos los probaron casi todos. En cambio, la anfitriona no comía nada y apenas hablaba, pero bebía con frecuencia güisquis sin agua y fumaba sin cesar —esto últi-

mo causaba a Dámaso gran envidia—, mientras prestaba ansiosa atención a la conversación de los demás, consistente en numerosas y meticulosas preguntas de su secretario, familiar o lo que fuera, a todos y cada uno de los comensales, obligándolos a referir no sólo su particular caso clínico, su operación de trasplante, su proceso subsiguiente, su actual estado de salud, sino también su personal forma de vida, situación económica, costumbres, trabajos, gustos, aficiones, afectos, relaciones familiares y hasta preferencias sexuales. Cada cual contestaba a su modo: con el mayor laconismo, Paquito Piñón; con vehemencia y exceso de tacos, *Cafecortado*; con cientifismo petulante, Dámaso Cortés; con simpleza y sinceridad, Feliciano Aloque; con humilde discreción, Adelaida Ruiz de Alvarado. Pero todo aquel coloquio carecía de espontaneidad y de animación: los comensales, sobre todo Dámaso y Paquito, se daban cuenta de que eran sometidos a un interrogatorio con cuestionario programado cuyo objeto se les ocultaba y de que su anfitriona los examinaba sin la menor simpatía, con mirada de brillante acero, tan penetrante que parecía un bisturí que intentaba escudriñar tanto las entrañas de sus cuerpos como llegar hasta el fondo de sus almas. Parecía buscar en aquellas personas algo que no encontraba, por lo que se mostraba cada vez más nerviosa, impaciente y como irritada contra ellas, también cada vez más cohibidas y extrañadas de que no se hiciera la menor referencia al donante de sus órganos, aunque seguían suponiendo —menos Dámaso, que hacía otras cábalas— que se trataba del señor Cambelli evidentemente difunto. Y todas pensaban que aquella convocatoria parecía no tener más objeto que satisfacer una curiosidad insana de aquella pareja —¿qué relación la unía?—, sin satisfacer la suya, por lo que deseaban abreviar el convite y marcharse de allí, tras las naturales expresiones de agradecimiento. Pero todavía, una vez tomados los postres, siempre en variada y tentadora oferta, innocua según las reiteradas afirmaciones del director de aquel ceremonial gastronómico, propuso:

—Vamos a tomar el café, es un decir, a la biblioteca.

Se trataba de una habitación distinta a las demás, de regular tamaño, cuyas paredes estaban totalmente forradas desde el suelo al techo con sencillas estanterías de roble natural, repletas de libros de todos los formatos, alineados perfectamente y que parecían no ser nunca removidos, según el polvo y las telarañas que mostraban. El único hueco abierto frente a la puerta era una hermosa ventana, a la que se dirigió en el acto Dámaso Cortés para descorrer un poco el estor cerrado y ver que tenía reja exterior y daba a campo abierto, quizás a la parte posterior de la casa, cuyo terreno, lleno de retamas amarillas y cantuesos morados, se empinaba de pronto colina arriba formando una especie de paredón, que le causó claustrofobia. El mobiliario consistía en varios sillones confortables, unas cuantas lámparas de pie, un ancho diván cubierto de cojines de limpieza dudosa, tras una gran mesa ovalada y otra pequeña, de las llamadas *tocineras*, en un ángulo, con un televisor encima, tan polvoriento como el resto de la pieza, sin duda, poco frecuentada. Allí, la misma vieja sirvienta compareció una vez más y depositó, sin más atención, una gran bandeja cargada de tazas, cucharillas, recipientes con café, té, poleo, manzanilla, agua mineral, zumos de frutas y diminutos pastelillos, «hechos en casa, como todo lo demás», que se encargó de ofrecer el secretario, mayordomo, familiar o lo que fuera, de la viuda Cambelli. Y entonces, apenas sentados los demás, sin hacerlo ella, y siempre revisándolos con sus ojos erráticos, tomó la palabra, en tono amable pero incisivo y frío, para hacer una pregunta inesperada:

—¿Qué piensan ustedes de la reencarnación?

La sorpresa hizo que los cinco invitados callaran durante unos segundos, mirándose unos a otros, como repitiéndose la interrogación, pues casi ninguno sabía nada de semejante tema, excepto Paquito, que había leído lo suficiente para desdeñarlo y no tenía la menor gana de hablar. Tuvo que hacerlo, una vez más, Dámaso, para salir del paso, de manera tópica, ambigua y confusa, refiriéndose a los budistas como gentes de ojos oblicuos y costumbres exóticas, naturales de países lejanos.

Fue Adelaida, con su voz apagada y afable, pero con firmeza, la que intervino:

—Creer en la reencarnación es pecado. Nuestra religión sólo admite la resurrección de la carne el día del Juicio Final.

Feliciano y Perico oían con asombro semejante enfoque de una charla de sobremesa y el segundo se atrevió a decir:

—Pero, bueno, ¿qué es eso de la reencarnación?

Paquito se dignó informar parcamente:

—Que cuando te mueres, renaces en otro cuerpo, sea de persona, de animal y puede que hasta vegetal...

—Bueno, lo único que yo sé de eso es que antiguamente todos hemos sido monos. Y me lo creo.

Sus oyentes no pudieron menos que reír, incluso la viuda estiró los labios sobre sus dientes, sin dejarlos ver. Y luego, dijo:

—Creo que tengo que explicarme mejor para que me comprendan. Pero primero, deben saber algunos antecedentes míos. Yo era, a finales de los años cuarenta, la *vedette* de revista más joven, más hermosa, más cotizada de España... Y no sólo de España: mi descubridor y... protector hasta consiguió que me contrataran por una temporada en el «Lido» de París. Quizás alguno de ustedes recuerden mi nombre artístico, no era distinto al mío propio: «Marisa», la famosísima «Marisa»...

Nadie recordaba tal nombre. No obstante Dámaso y Perico consideraron un deber de cortesía hacer movimientos de cabeza afirmativos. Marisa prosiguió:

—A pesar de mi éxito, mi carrera fue corta... Se enamoró de mí un hombre muy rico, judío belga, fugado de los nazis durante la guerra mundial y que aquí, a fuerza de dinero, disfrazó sus apellidos haciendo de los dos uno solo, obtuvo la nacionalidad española, hasta llegó a tener un buen cargo político... Bueno, nos casamos, me sacó de las tablas, me libró de mi protector... —Hizo una pausa y un brusco ademán, como si espantara recuerdos molestos—. Entonces, yo tenía veintidós años, él más de cincuenta... Pero mi matrimonio fue feliz, en un sentido... Quiero decir que *Deivid* —así lo pronunció, en inglés— era buenísimo y, conmigo, extraordinariamente generoso.

Me compró un apartamento en Madrid, un «Mercedes», me hizo aprender a conducirlo —pero lo hice por poco tiempo, me ponía muy nerviosa, atropellé a gente...—, me cubría de ropas y joyas lujosas, me enseñó buenos modales, me relacionó con la mejor sociedad... Todavía conservo algunos amigos de entonces que aún tienen poderes, que me ayudan... Sí, *Deivid* me adoraba, me mimaba como a una niña, me llamaba *su muñeca*, me trataba como si yo fuera de china y me pudiera romper, incluso en... quiero decir, en la intimidad... No tuvimos hijos, la culpa fue mía, no sentía nada en...

Se expresaba en frases lentas y cortadas, como si buscara las palabras más propias y más comedidas, con los típicos remilgos verbales de ciertas mujeres de su época. Sus oyentes la escuchaban con el único interés de saber cuándo y cómo murió el señor Cambelli. Ella lo dijo:

—Cuando falleció..., en mis brazos, de... un ataque al corazón, me lo dejó todo en su testamento «atado y bien atado», igual que el Caudillo, que nos había faltado unos meses antes...

Los invitados, que la escuchaban en respetuoso silencioso, bebiendo infusiones y goloseando las pastitas caseras, sintieron decepción y a la vez renacida curiosidad por conocer el desenlace de una historia que en sí misma les aburría y que la viuda prosiguió en tono compungido:

—Pasé casi ocho años absolutamente fiel al recuerdo de mi buen esposo. Le hice un monumento en un cementerio católico, pues yo lo soy y él lo parecía: asistía a las ceremonias que exigía su cargo, me acompañaba a misas y funerales... Aunque yo no sé si, en el fondo *Deivid* siempre siguió siendo judío o más bien ateo, como quien dice...

Se detuvo un instante, semisonriendo a su modo, sin enseñar los dientes, sin mover un músculo más, dejando errar su mirada febrilmente luminosa por alguna región lejana de su memoria. Cuando volvió a hablar, su voz se hizo ronca y tomó un ritmo más rápido:

—Hace tres años, me enamoré... Cuando ya tenía cincuenta y ocho, me enamoré por primera vez en mi vida... —Ahora alzó

la cabeza y la voz, mirando en redondo a sus oyentes, como desafiando reacciones que nadie se atrevía a expresar—. ¿Por qué no podía enamorarme? ¿No lo hacen los hombres a cualquier edad? Los dos únicos que yo conocí íntimamente, eran más que maduros, por ejemplo... Y no me pasó con cualquiera: *él*, no esperen que diga su nombre, no lo merecen ustedes, *él* era un ser extraordinario en todos los sentidos, no había mujer que resistiera su atractivo, tampoco yo, que había rechazado a otros muchos de toda condición. Nos conocimos, *él* como posible comprador, yo como vendedora de unos cuadros abstractos que mi difunto marido había colocado en nuestro apartamento de Madrid y que a mí me daban grima, pero que tenían gran valor, al parecer... Con este motivo, nos vimos varias veces, primero en compañía de otras personas, luego, a solas, en el apartamento y finalmente, aquí... Aquí ocurrió lo decisivo, aquí se quedó viviendo conmigo... Yo todavía estaba muy bien, sólo en este año último he perdido veinte kilos, estoy muy enferma, sufro grandes dolores de cabeza y de estómago, creo que tengo cáncer, no me lo dicen claro, nunca me ha dicho nadie la verdad... Pero aquello sí fue verdad, nuestro amor, sí, digo *nuestro amor* porque también el suyo era patente, en su solicitud conmigo, en su constante alegría, en su funcionamiento en... la alcoba —vaciló antes de tal puntualización—. Y yo, aunque sabía lo que es un hombre, no sabía lo que es sentirse mujer en los brazos de un muchacho de treinta años, hermoso, fuerte, tan viril... En fin, Dios me permitió vivir tarde lo que tenía que haber vivido a los veinte años... Aquello fue un milagro que apenas duró dos —se interrumpió con un áspero sollozo y repitió—: Sí, fue un verdadero milagro...

«Menudo milagrito, el tipo era un *playboy*, se dio cuenta de que esta vieja era una mina», pensó Dámaso, contento de ir puntualizando las referencias que tenía de su donante; «Un chulo cojonudo, yo no hubiera podido con ella», se dijo Pedro. «Después de todo, era un hombre con suerte», opinó Feliciano. «Pues no es una señora tan decente como parecía», lamentó Adelaida, sin su habitual benevolencia. «A ésta no la cogió *le*

démon du midi, sino el diablo del ocaso», reflexionó Paquito, que sabía francés y era muy leído.

La viuda Cambelli se había puesto a dar cortos paseos, con bruscas medias vueltas a derecha e izquierda, mientras sus ojos de acero giraban locamente en las hundidas órbitas de su rígida máscara facial. Calló durante un minuto —nadie pronunció palabra—, se pasó una mano por la estirada frente y siguió hablando, ahora en voz más baja y ensimismada:

—Fue mi mala suerte, en realidad nunca la tuve buena. Habíamos decidido casarnos, *él* estaba recabando sus papeles de su país... Éramos felices, nunca discutíamos, yo accedía a todos sus deseos, aunque algunos no los compartiera, como su afán de ir a la ciudad, de pasar días en el apartamento para salir a cenar, a bailar, a jugar en el casino, a beber... Beber, sí, bebíamos demasiado, *él* sobre todo... Y aunque su carácter era bromista y juguetón como el de un cachorro, a veces tenía, sin motivos, accesos de malhumor, que yo disipaba a fuerza de obsequios y de mimos. Sí, me daba cuenta de que nuestra relación era justamente la misma que habíamos tenido mi marido y yo, sólo que invertida: *él* era mi niño, *mi muñeco*, así lo llamaba en la... intimidad, como a mí me llamaba *Deivid*. ¿Por qué *él* no iba a ser dichoso así, como yo lo fui durante años? Claro, yo lo era ahora infinitamente más, sobre todo, cuando nos quedábamos en casa, oyendo música, mirando la televisión, las manos enlazadas durante horas... *Él* se interesaba especialmente por las noticias políticas, por los atentados terroristas y también, mucho, por los accidentes de circulación, que comentaba siempre con la misma conclusión: «Supongo que todos los órganos válidos de esa pobre gente habrán sido trasplantados a otra que lo necesite. Si yo muriera así, me gustaría que se hiciera eso: repartir mi cuerpo, para que sirviera de algo. *Es la única forma de reencarnación.*» ¿Comprenden ustedes ahora por qué están aquí...?

Sus invitados lo comprendían mal y Dámaso quiso decirlo, pero Marisa no le dejó y siguió su relato, exaltándose de nuevo y cada vez más:

—Hace un año, aquella noche, repitió su deseo de reencarnarse en otros cuerpos como él lo concebía, y se rió un poco al decirlo, se reía mucho de todo... Y yo contemplé con adoración su cuerpo espléndido, rebosante de salud y juventud, besé su hermoso rostro moreno, su cuello, su pecho, sus manos, su boca enloquecedora... Y terminamos por hacer el amor en este mismo diván, con más pasión que nunca... —Se quedó en suspenso unos segundos, como analizando su recuerdo—. Luego, cogidos de la mano fuimos a nuestra alcoba y yo me dormí profundamente, agotada y satisfecha... Cuando desperté por la mañana, *él* no estaba... Al cabo de dos horas supe por Juanita, que *él* había cogido en vez del «Volkswagen» acabado de comprar, el viejo «Mercedes», arrinconado en el fondo del garaje desde hacía más de diez años, con las llaves puestas. Le había echado toda la gasolina de repuesto que había en un bidón; sólo llevaba su maletín de mano personal, el único equipaje que trajo cuando se vino a vivir conmigo... Todavía pensé que, en uno de sus caprichos, había querido probar el coche arrumbado, haciendo una de sus escapadas a nuestro apartamento, pero aquel teléfono no respondió a mis numerosas llamadas... Hasta el anochecer no supe, por uno de mis antiguos amigos, que conocía mi relación con *él*, su accidente en la autopista, en dirección contraria a Madrid... ¿A dónde iba? ¿Qué le pasó? ¿Por qué lo hizo...?

Ahora lanzaba verdaderos alaridos y sus cortos paseos eran como los de esas fieras que no pueden escaparse del zoo. Mientras, cada uno de los invitados hacía sus internos comentarios: «Ya sabía yo algo de esto, ya está completa la historia.» «Ah, con que su *gigoló* fue nuestro donante, era de suponer.» «Claro, con un coche viejo, los frenos secos, cualquier fallo del motor...» «El tipo se quiso escapar de la vieja, no la pudo resistir más. Ella no lo dice, pero se llevaría dinero, alhajas, quién sabe...» «A lo mejor, el pobre chico pensaba volver, sólo quería darse un paseo...» «Dios todopoderoso no permitió por más tiempo una relación tan fea...»

—Lo demás ya lo saben, más o menos... Mis amistades me

ayudaron a echar tierra al asunto, a evitar cualquier investigación sobre *él*, a tramitar la donación anónima de sus órganos... —Sollozaba retorciéndose las manos—. Yo no sé cómo resistí este golpe, he pensado mucho, hasta decidirme a esto...

—¿Decidirse a qué, señora? —pudo, por fin, preguntar Dámaso.

—Naturalmente, a comprobar su reencarnación. Esperaba ver en ustedes los rasgos de su maravillosa persona. ¡Pero ni uno! ¡Nada, nada, nada! ¡Es espantoso!

—Oiga, señora, eso es absurdo, era una pura broma de su... novio —intervino inesperadamente Paquito Piñón—. Todo el mundo sabe que los trasplantes no son la reencarnación ni nada de eso. ¿No la ha informado nadie? ¿No ha leído nada para enterarse?

—No, no he querido hacerlo, prefería mantener mi ilusión, imaginarme el proceso de transformación de los receptores. He aguardado durante un año de horrible sufrimiento. Y ahora, aún es mayor...

Sus oyentes se daban ya cuenta plena de que aquella mujer no estaba en sus cabales y la miraban con inquietud, pero a la vez poseídos por una extraña pereza, que atribuían a la digestión del almuerzo, aunque delicado, demasiado copioso. Ella, en actitud ya francamente hostil, fue parándose ante cada invitado y primero dijo a Paquito con feroz desprecio:

—¿En qué se nota que usted lleva su corazón? ¿Qué parecido tiene semejante alfeñique, con aquella arrogante figura, de ancho pecho, de vitalidad desbordante? Es usted una mierdecilla insignificante.

Luego, a Dámaso:

—Y usted, con ese color verdoso, esas ojeras, esa tripa hinchada, esa calva, ¿qué parecido tiene con mi hermoso muñeco?

Se volvió hacia la buena Adelaida, encogida en su sillón y que alzaba hacia ella su cara asustada y suplicante:

—¿Dónde están los resplandecientes ojos azules de mi amor que al mirarlos se sentía una en el cielo? A través de esas feas

gafas, bien se ve que los suyos son saltones, turbios, como los de un pez muerto.

Y dirigiéndose casi simultáneamente a Pedro y a Feliciano, con la mayor irritación:

—Y ustedes dos son unos patanes, zafios, groseros... No sois hombres: cada uno con un riñón de *él*, que tenía tantos para todo, deben servir para poco en la cama.

Los insultados, con las caras rojas de ira, se incorporaban a medias en sus sillones, protestaban con tanto estupor como indignación:

—Pero oiga, no sabe lo que dice, ¿qué derecho tiene?

Ya completamente enajenada, la viuda se puso a tutearlos a gritos coléricos:

—Vosotros sois los que no tenéis derecho a llevar ninguno de sus preciosos órganos. Sois todos feos, indecentes, repulsivos. ¡Os odio, os odio, os odio! Nos habéis engañado a *él* y a mí, nos habéis burlado, nos habéis estafado. ¿De qué ha servido la generosidad de *él* y la mía? —Su voz tuvo otra brusca transición a un tono más bajo, repentinamente sereno—: Pero, sí, mi invitación sirve para algo...

Dámaso quiso en vano, ponerse de pie y dijo, con una languidez en él insólita:

—Oiga, señora, nosotros nos vamos ahora mismo de este manicomio. —Y a sus compañeros—: Tengo mi coche a la puerta, cabemos todos.

—Yo tengo el mío —dijo Pedro.

Y simultáneamente, Adelaida y Feliciano:

—Vendrán a recogerme de un momento a otro.

Marisa sonrió sin mostrar los dientes y dijo con la misma frialdad:

—No podéis marcharos, no llegaréis ni a esa puerta y además está bien cerrada, como todas las salidas de la casa.

En efecto, ninguno de los cinco, tomados por una invencible laxitud, lograron levantarse de sus asientos. Su alarma fue unánime, pero sólo Adelaida, con su invariable buena educación, preguntó suavemente:

—Dígame, doña María Luisa: ¿qué quiere hacer con nosotros?

—Nada, buena monjita, ya lo está haciendo, con vosotros y conmigo misma, lo que hemos tomado en los postres y el café. Antes no, quería saber, convencerme... Pero no sufrirá nadie, no crean que soy tan mala persona...

El pánico fue general, las caras se pusieron lívidas, y en el aire se alzaron voces entremezclando protestas, súplicas, sollozos, insultos, amenazas, tacos, blasfemias, invocaciones a Dios, a la Virgen y a todos los santos. Hasta Paquito llegó a decir:

—Por favor, déjeme salir, me estalla el corazón, es el de *él*.

—No veo yo que sea así —replicó Marisa—. Y de eso se trata, jovencito, ya lo he dicho: si no se nota en nada, no vale la pena que nada de *él* siga vivo en vosotros.

Dámaso, que sentía los pantalones mojados y la lengua estropajosa, aún intentó argumentar:

—Pero tía loca, ¿se da cuenta de lo que le espera? Nos echarán de menos, vendrá gente a buscarnos, avisarán a la policía, pagará usted esto muy caro...

—Los muertos no pagan y aquí no quedará nadie vivo dentro de unos minutos, ni siquiera Juan y su mujer, ni mi viejo perro danés, ni mis dos gatos siameses. ¿Verdad, mi querido Amancio?

Y la viuda Cambelli se echó a reír a carcajadas y siguió dando vueltas locas por la habitación, hasta que, agotada y también bajo los mismos efectos letales que los demás, se dejó caer en uno de los sillones y cerró sus terribles ojos acerados, mientras que desde otro asiento, frente a ella, su mayordomo, secretario, hermano o lo que fuera, con la cabeza echada hacia atrás, la miraba sin decir palabra, con devoción y resignación infinitas.

Poco a poco, las voces se fueron espaciando, haciéndose ininteligibles y, por fin, callaron. Los invitados se fueron reclinando en sus sillones, sin sentir ningún dolor ni malestar, ni siquiera psicológico: por el contrario, cada cual se abandonó

a una creciente marea de sueño y a brumosas ideas sueltas, más o menos triviales. Por ejemplo, Dámaso Cortés Almudia sentía satisfecha su curiosidad por todo aquel asunto, incluso le complacía saber, al fin, que el tipo sentado junto a él se llamaba Amancio; Francisco Piñón Camacho había superado su miedo inicial y pensaba que casi era mejor que su corazón prestado se parase ya, evitándole una constante incertidumbre; Pedro Cortado Ureña sentía más cariño que nunca por su mujer, por sus cinco hijos y por el sexto en camino; Feliciano Aloque Pérez se sonreía, lamentando no haber complacido a su señora llevándola a un almuerzo tan extraordinario; Adelaida Ruiz de Alvarado con las manos cruzadas sobre el halda, sólo sentía no poder moverlas para poner en marcha su transistor y se dedicaba a rezar incoherentemente el acto de contrición. Llegó a susurrar «Sea lo que Dios quiera» y su voz opaca fue la última que sonó en el total silencio de la casa. Mientras, fuera del jardín, su cofrade religiosa y un taxista tocaban sin parar el claxon de sus vehículos, bien de modo alternativo, bien simultáneamente, para divertirse mientras aguardaban a sus respectivos pasajeros.

(1986)

LEONORA

Siempre, desde la primera vez hasta ahora mismo, me ha hecho el mismo efecto su belleza: una mezcla dolorosa de admiración, deseo, nerviosismo, impotencia, desespero de gozarla... Desde que nos conocimos, cuando yo tenía apenas dieciocho años, ella unos treinta —algunos más, según mi padre— y llevaba ya casada casi diez, han pasado otros tantos sin vernos. Ahora yo soy un hombre —*¿un hombre* de verdad?, me pregunto— y ella está en plena madurez, o sea, que pronto será una mujer vieja, según la consabida clasificación de las edades femeninas. Y es posible que de cerca se adviertan en su cara algunas arruguitas delatoras; pero vista a unos metros de distancia, me ha parecido más joven y hermosa que nunca, una vez superada la extrañeza que, al pronto, me ha causado su peinado actual, de melena semicorta, muy abierta a los lados de la cara y erizada en cortos tirabuzones múltiples, como viborillas que hacen de su cabeza una gorgona temible y fascinadora. No estoy seguro de que me haya visto o reconoci-

do, ya que mi frente se ha agrandado bastante por la calvicie precoz y, además, ahora me dejo ancho bigote y barbita corta. Me ha parecido que, en cierto momento, ha desviado sus ojos del corrillo masculino que la rodeaba, canapé y copa en manos, y que su mirada, sin duda imantada por la intensidad de la mía, se detenía un instante en mi cara, hasta me dirigía una de sus enigmáticas medias sonrisas, que nunca se sabe si expresan algún sentimiento o la más vacua inhibición íntima. De todos modos, yo he sentido mi corazón palpitar dolorosamente y mi rostro enrojecer de vergüenza retrospectiva, he vuelto la espalda instantáneamente, me he abierto paso con dificultad entre el gentío de feroces luchadores por la croqueta y el bebistrajo que son asiduos a estos eventos culturales para cenar gratis, y he salido a la calle, intentando refrescarme, aplacar mis nervios, apaciguar mi deseo, bruscamente despertado una vez más y no ya por la presencia personal de esta mujer, sino siempre que me viene el recuerdo de nuestra fugacísima y ridícula aventura. De nuevo, la rememoro con morbosa minuciosidad, mientras me pongo a caminar sin rumbo por la ciudad, en la luz morada y fría del anochecer otoñal.

Conocí a Leonora, mejor dicho, me fijé en ella por primera vez —sin duda, más de una la habría visto cuando niño, pues pertenecía al círculo de relaciones familiares—, en mi propia casa, como invitada a uno de esos tés de señoras solas que suele celebrar, en cortés toma y daca, nuestra más ditinguida burguesía. Me vi forzado a comparecer en la reunión pálido y sudoroso, con los pelos revueltos y con el niki arrugado. Mamá, abochornada de mi aspecto, se puso a explicar precipitadamente que soy su hijo mayor y que como estaba en final de curso, estudiaba brutalmente —ésta fue la palabra que usó— para el examen último del COU. Luego me fue diciendo uno por uno los nombres de aquellas señoras, que me parecían a la vez cursis y snobs, vocablos que, en aquel tiempo, eran sinónimos para mí. La mayoría de ellas ya me conocían y tenían la

costumbre de estrecharme y besarme, al llegar y al despedirse, y yo tenía que disimular la repugnancia que me causaban los sucesivos contactos con pechos más o menos grandes y blandos, la presión en mis mejillas de labios pintados de colores diversos, unos más grasientos o húmedos que otros, y sobre todo, los olores diferentes a colonias, maquillajes y alientos invariablemente ingratos. Pero, en esta ocasión, yo había decidido proceder con fría cortesía viril y, sin decir palabra, me fui inclinando sucesivamente ante cada dama y apoderándome casi por sorpresa de sus respectivas manos, sin llegar a besarlas, tal como veía hacer siempre a mi padre, que rechazaba rotundamente el besuqueo *unisex* de moda. Desde el primer momento, atrajo mi atención la más joven y mucho más hermosa de ellas, que me miró un segundo con unos resplandecientes ojos negros, me sonrió apenas con evidente indiferencia y me alargó una preciosa mano lánguida que remataba un brazo desnudo, literalmente, de diosa. Mientras me inclinaba sobre dicha mano, me fijé en todo el brazo, como siempre hago ante este miembro femenino al descubierto. Yo debo tener eso que llaman «fetichismo» por los brazos y no comprendo por qué todos los hombres que conozco, sean de carne y hueso o pertenezcan a las historias novelescas y del cine, exaltan el atractivo de las piernas, de los pies, de los pechos, de las caderas y de los culos femeninos y nunca lo hacen con los brazos, que a mí me parecen elementos eróticos de primer orden. Desde luego, los brazos de Leonora fueron los primeros e inmediatos objetos de mi enamoramiento, aunque no dejé de apreciar también el resto de su físico visible —la parte inferior estaba oculta bajo la mesa del té y del lujoso mantel que de ella colgaba—: un soberbio pelo del mismo color que sus ojos y que entonces llevaba largo, liso y completamente suelto, como estaba de moda entre las chicas jóvenes —y ella lo parecía en extremo—; un rostro ovalado, de finas facciones clásicas; un cutis terso y pálido que se sonrosaba en el borde del escote a pico, justamente donde empezaba el arroyuelo entre los pechos; y éstos, ceñidos por una seda oscura, tan fina y

adherente que parecía mojada y mostraba su ideal tamaño y su forma, firme y delicada. Instantáneamente pensé cómo sería desnuda y deseé verla así cuanto antes, aunque al mismo tiempo, tuve plena consciencia de que era algo imposible. De todos modos, seguí mirándola sólo a ella, sin escuchar los nombres de las demás señoras ni sus voces entremezcladas —no la suya, que no conocí entonces— prodigándome ridículos piropos, como cielo, solete, pocholo, y demás expresiones usuales en la generación de mi mamá, mientras yo cumplía mecánicamente el ritual amago de besamanos, a cuyo final predominó, por su chillona estridencia, el comentario más molesto para mí:

—¡Qué chico más majo! ¿Cuántos años tienes, monada?

Sin darme tiempo a responder, mi madre informó con orgullo:

—Aún no ha cumplido los dieciocho, es un niño, un niño...

Sentí que la odiaba —¿por qué no puntualizaba que los cumplía tres días después y que, por lo tanto, entraba en los diecinueve?—, mientras le decía, precisamente con la voz baja y tímida de un niño bien educado:

—Mamá, voy a salir un rato, me duele la cabeza...

—¡Claro, claro, pobrecito mío, tantas horas sobre los libros...! Pero sólo un rato, todo lo más un par de horas, hasta la cena. Y no te vayas por ahí, quédate en la terraza del bulevar y tómate un refresco sin alcohol, ya sabes que a papá no le gusta...

¡Mierda! La odiaba rabiosamente, me sentía rojo de humillación y de bochorno, aún más porque tenía que manifestar la razón principal de mi intempestiva irrupción en su ceremonioso té.

—Bueno, mamá —balbucí casi a su oído, a sabiendas de que las demás personas escuchaban atentamente—. El caso es que necesito...

—¡Ay, sí, cariño, no había caído, pídelo a Josefa, ella sabe cuánto!

Sin decir una palabra más ni levantar los ojos, hice una última reverencia general y salí disparado de la sala, atufado por

la saturación de fuertes perfumes franceses mezclados al olor peculiar de varias mujeres juntas en un recinto cerrado, algo que por entonces me excitaba y me repelía al mismo tiempo. Pero, sobre todo, estaba furioso: conmigo mismo por mi propia sumisión infantil y con mi madre por su absurda calificación. ¿Un niño yo? Legalmente, todavía era *un menor*, pero estaba a punto de promulgarse la ley de mayoría de edad a los dieciocho años. Y físicamente, de niño, nada: me afeitaba a diario, tenía vello por todas partes, mantenía con diversas chicas ligues *casi* íntimos, aunque ninguno había llegado aún a su total consumación y como, por otra parte, me daba corte relacionarme con prostitutas, todavía era virgen, pero me masturbaba diariamente, a sabiendas de cometer el gran «pecado solitario», que mi padre y los frailes de mi colegio condenaban bíblicamente. Aquella misma noche, lo hice una vez más, pero sin acordarme de Milú ni de Pussy ni de Lolín, ni de ninguna otra de mis amigas, sin necesidad de contemplar fotos de estrellas famosas o modelos anónimas en las revistas *porno* que escondía entre mis papeles de estudio, porque, espontáneamente, mi imaginación se concentró en aquella hermosísima hembra llamada Leonora —nombre ya por sí solo estimulante de mi fantasía— y, sobre todo, en sus brazos desnudos rodeando mi cuello, al mismo tiempo que me venía a la memoria, con música y letra, un viejo disco favorito de mi abuela que ella ponía con frecuencia años atrás —cuando yo tenía diez o doce— y en el que un tal Miguel de Molina cantaba algo, creo que de García Lorca, con un estribillo que ya entonces me parecía voluptuoso: «Lo que valen son tus brazos cuando de noche me abrazan...»

Todo hubiera quedado en una anécdota insignificante de mi adolescencia, si varias circunstancias fortuitas no la hubiera hecho trascendental para mí. Al día siguiente, mediada la mañana, ella en persona llamó por teléfono: yo cogí el auricular casualmente, oí que preguntaba por el nombre de mi madre

una vocecita desconocida que creí de una niña y cuando inquirí de parte de quién y la voz pueril respondió «Leonora», me dio un vuelco el corazón, cosa bastante lógica después de pasar con ella, aunque fuera en imagen, unas horas de frenético onanismo. Dije mi propio nombre y que mamá había salido, con voz enronquecida de emoción. Por contraste, la suya aún me sonó más infantil y algo chillona, al decirme:

—Bueno, dile a tu mamá que quería darle las gracias por su maravilloso té de ayer. Y también recordarle mi encargo: dile que no lo olvide, por favor, que es urgente, que la volveré a llamar a esta tarde, de todos modos. Gracias, *chao*, amor...

A sabiendas de que la última palabra era vacua y convencional, mi fantasía se aferró a ella, dando a su entonación, algo prolongada, un sentido halagador para mi vanidad. Luego, durante el almuerzo familiar, cuando transmití el anodino mensaje, mi madre se limitó a recibirlo asintiendo con varios movimientos de cabeza, pero seguidamente recayó sobre Leonora la conversación general, que yo escuché sin intervenir lo más mínimo, con una avidez que no dejó de sorprenderme a mí mismo, puesto que se refería a una señora tan ajena y tan distante de mi persona. Fue mi padre quien dijo:

—¿Y cómo está la buena de Leonor? —la llamó así, quitando a su nombre la *a* final que le daba prestigio romántico, con un retintín peculiar que yo conocía bien y mostraba su desdén por la persona aludida, sobre todo, si era del sexo femenino, que le merecía un general concepto peyorativo y que intentaba inculcarme desde mi niñez, con resultado completamente opuesto, es decir, haciendo que las mujeres fueran para mí unos seres míticos, tan atrayentes y terroríficos como son todos los misterios para el ignorante. En aquella conversación, mi madre, con su habitual benignidad, respondió:

—Pues Leonora —recalcó adrede la sílaba final, para mi satisfacción íntima— está tan guapa, tan elegante, tan fina como siempre...

—Y como siempre, tan tontita —encadenó mi padre, dándome la impresión de que por alguna razón oscura, se trataba de

una mujer aún más antipática para él que otras congéneres. Mi madre replicó:

—No es tan tonta. Es prudente y discreta, como corresponde a la esposa de un diplomático.

—Pero si no se puede hablar de nada con ella, tiene la cabeza hermosa pero sin seso, como en la fábula —insistió mi padre.

Una vez más, estuve en desacuerdo con él: entonces y ahora, no creo que las personas que hablan poco carezcan de ideas, son las charlatanas las que suenan como maracas.

—De todos modos, es guapísima —intervino mi hermana menor, que andaba por los doce años y entendía mucho de belleza femenina—. Es la tía más *chupi* que yo he visto nunca, ayer, al verla me quedé *turuli.*

—Pero no se puede negar que es una *gili* y que está *out* en todo —opinó, a su vez, mi otra hermana, que tiene dos años menos que yo y que por entonces, hace diez, se las daba de *hippy*, si bien sus horribles trapos y su abundante chatarra salían más caros que si vistiera normalmente.

Ella y yo andábamos siempre a la greña con nuestro rígido y anticuado progenitor, que tampoco estaba satisfecho con mi creciente actitud protestataria y anticlerical, aunque yo rechazara la ropa harapienta, los pelos largos, la marihuana, el *rock-and-roll* y el lenguaje *cheli* y mostrara modales y atuendos correctos, por dar gusto a mi madre, única persona a la que respetaba profundamente y confiaba mis grandes aspiraciones vitales —excepto las eróticas, que la hubieran escandalizado y dolido, por pecaminosas—: yo aspiraba a ser un abogado brillante, a ganar mucho dinero, a lucir entre la más alta sociedad, incluso a ser célebre como escritor, ya que desde niño me gustó mucho leer y siempre fui bueno en redacción escolar, hasta gané varios concursos de prosa y de poesía religiosa en mi colegio. Imagino que mamá transmitía estas confidencias a su prepotente marido y que ambos se reían de la última, pues siempre consideran que ser escritor es no ser nadie ni hacer nada... (Ahora, pienso que tienen razón.) En suma, hace diez

años, adelantándome a mi época, yo era precursor de un ideal hoy de moda y que yo he perdido ya, o sea, era un aspirante a *yuppy*, antes de que esta palabra circulase por aquí, puesto que soñaba con ser lo que repudiaban violentamente mis amigos y lo que ahora son todos ellos, incluso mi propia hermana, la *hippy*, desde que se casó hace seis años con un ejecutivo multinacional y se viste con modelos de alta costura.

En fin, volviendo a las primeras referencias que tuve de Leonora, me complacieron especialmente las de mi madre, que en aquella comida familiar sentenció rotundamente:

—Vaya, no es cristiano criticarla por su carácter apocado. Es una buena chica, que bastante tiene con sus problemas personales. Y sobre todo, es una mujer muy decente: aunque la asedian los hombres, todo el mundo sabe que es absolutamente fiel a su marido.

Esta vez, mi padre sólo replicó con una breve carcajada sardónica y la conversación derivó al tal marido, del que supe que también era joven, apuesto, distinguido, con fortuna propia y con brillante porvenir en el cuerpo diplomático (en el que inmediatamente proyecté ingresar cuando terminara la carrera de leyes, aún no comenzada), aunque él todavía andaba rodando —con su señora, claro está— por los consulados de países secundarios, más o menos lejanos y exóticos, como Haití, Madagascar, Camboya, etc., si bien, ahora acababa de ser destinado a la conflictiva África del Sur, lo que mi padre consideró un ascenso político debido a las intrigas del interesado, al que calificó de arribista en el nuevo régimen. Todos aquellos datos rodearon la imagen de Leonora de un halo de misterio que aumentó mi curiosidad —dicen que la curiosidad es el principio de todo amor—, sin atreverme entonces a pedir aclaraciones, más bien por una vaga sospecha de que mi santurrón padre —al que, sin embargo, había sorprendido más de una vez achuchando a alguna amiga de mamá— fuera uno de los pretendientes rechazados por aquella virtuosa dama. Al mismo tiempo, tenía plena consciencia de lo absurdo que era enfocar mis deseos hacia un objeto que se podía considerar irreal, por

su evidente inasequibilidad: yo era, en verdad, un crío, no tenía verdadera experiencia sexual, no frecuentaba el mundo de aquella mujer mucho mayor que yo —no tanto, pienso ahora— y que estaba felizmente casada con un hombre cuya profesión, para colmo, era trashumante, lo que determinaba que el paso de ella por mi vida fuera tan lejano y efímero como el de una de esas estrellas fugaces que cruzan por el cielo en las noches de verano...

No debía soñar pero soñaba con Leonora, con la libertad, la audacia y la gratuidad propias de todo sueño. Y en un sueño hubiera quedado, si las circunstancias subsiguientes, por una parte casuales, por otra, provocadas semiconscientemente por mí mismo, no hubieran decidido mi destino, nada grato, por cierto. Pocos días después del referido té, mi madre, siempre sobrecargada de voluntarios quehaceres sociales y caritativos, se quejó de que nuestra fiel Josefa estaba de vacaciones, mi padre de viaje urgente con el coche y el chófer y mi hermana *hippy* en plena crisis de escapismo, por lo que no tenía persona de suficiente confianza para devolver a Leonora un valioso aderezo, que ella le había encomendado para ser reparado o modificado por nuestro viejo joyero de familia y que necesitaba para aquella misma noche. Yo me ofrecí en el acto a ser el recadero, lo que no era insólito, ya que todavía, en casa, me utilizaba todo el mundo para comisiones unas veces molestas y otras intrascendentes. Así es que previa conversación telefónica entre ambas mujeres, tomé un taxi y acudí al hotel de cinco estrellas donde se alojaba el matrimonio diplomático durante su transitoria estancia en nuestra capital. En la conserjería me dijeron que dicha señora había salido, pero advirtiendo que volvería inmediatamente. Subí la ancha escalinata alfombrada hasta el inmenso *hall*, que más parecía la nave central de una catedral neoclásica, por sus columnas y hornacinas marmóreas y sus gigantescas arañas de múltiples luces encendidas en pleno día, y me puse a pasear con tanta curiosidad como im-

paciencia, sin perder de vista la gran puerta giratoria de la entrada. No tardó en aparecer en ella Leonora. ¡Dios mío, más deslumbrante que la primera vez y ésta, de cuerpo entero!, con un vestido de verano, de gasa color salmón, que hacía destacar más llamativamente la negrura de su pelo suelto, inundando sus hombros y su espalda. Subió con graciosa ligereza los cuatro escalones, mientras yo avanzaba a su encuentro y advertí en ella un primer gesto de sorpresa e indecisión para reconocerme, muy aseado y bien vestido yo, no tanto por imposición de mamá como por mi propia voluntad de ofrecer mejor aspecto que el primer día. Ya iba a inclinarme, en silencio emocionado sobre su mano derecha extendida, ya recorría con la vista su brazo, esta vez cubierto por una manga ancha y traslúcida que lo hacía aún más apetecible, cuando ella lo alzó, lo apoyó levemente sobre el mío izquierdo, avanzó su cabeza y me dio sendos besos en las mejillas, mientras me inundaba, a la vez que mi propio sudor repentino, su olor personal, semejante al de las mimosas recién mojadas por la lluvia, que recordaba de la casa de campo de mi abuela. Me sentí absolutamente trastornado, con el corazón palpitando como ahora mismo, y enrojecido el rostro recién besado, mientras caminaba detrás de ella hacia uno de los saloncitos adyacentes al *hall* catedralicio, donde me invitó a sentarme, sólo con un ademán, lo que yo rehusé, igualmente sólo con un gesto. Así permanecimos los dos durante casi un minuto, estúpidamente mudos, de pie, mirándonos de hito en hito, yo con cara de angustia, estoy seguro, ella con la misma media sonrisa indefinible de la primera vez, hasta que me decidí a sacarme de un bolsillo y ofrecerle el paquetito de joyas, que metió en su bolso, quizá musitando «gracias». Con todo, tuve tiempo de fijarme en que la línea de sus labios, gordezuelos y pulposos, era sinuosa y con un relieve muy marcado, como ciertas estatuas antiguas, y que el superior avanzaba un poco sobre el inferior, para caer ambos ligeramente hacia abajo al unirse en las comisuras, lo que daba a su gesto risueño una expresión extraña, como inocente, infantil, hasta desvalida y al mismo tiempo quizás irónica, tal vez

perversa, nunca he sabido a qué atenerme, como tampoco sé si el color rosa viejo de tales labios es natural, como parece, o se debe a un sabio maquillaje. Y, pese a mi aturdimiento, también me di cuenta de que sus ojos no son exactamente negros, según creí al conocerla, sino del color de las uvas garnachas y salpicados por chispitas plateadas de densidad cambiante. Y advertí, así mismo, las armoniosas proporciones de todo su cuerpo, a un tiempo esbeltísimo y de curvas muy pronunciadas en los sitios debidos, hábilmente subrayadas por una ropa evidentemente cara. Supongo que ella se daba cuenta de mi contemplación absorta y audaz, como la de un niño ansioso ante un pastel inasequible; pero debía estar acostumbrada a los efectos de su belleza sobre los hombres y me pareció que me aceptaba como uno de ellos, no sé bien si con lástima o complacencia. El caso es que, por fin, me preguntó, en tono convencional, si quería beber algo, en el bar o si prefería, quizá... —esto lo dijo sin gana, tras vacilar un poco— en su apartamento... Entonces, rompí a hablar de prisa, creo que tartamudeando, para decir que no tenía tiempo, que me disculpara, que agradecía su amabilidad, que tendría mucho gusto en otra ocasión. Dijo:

—Bueno, espero que sea pronto. Yo también estoy muy ocupada en estos días. Me quedan pocos aquí. Todo es muy urgente.

Su vocecita, pueril y lenta, tenía un tono neutro, incluso distraída y, sin embargo, todas sus palabras me conmovieron profundamente. De nuevo acercó su cara a la mía, me dio a cada lado el ligero beso ritual, que esta vez acerté a responder con torpeza y que me produjo una incipiente erección, nos volvimos la espalda —aún pude echar una ojeada a la suya, recta, erguida, de cintura estrecha, de caderas y nalgas suavemente abultadas— y salí de allí excitadísimo pero, al mismo tiempo, calibrando la posible importancia de sus besos: podrían ser los que se dan a un niño pequeño; o los mecánicos que ahora aplican las mujeres a cualquier hombre; o concentrados en mí,

dándose perfecta cuenta de mi gran turbación, y quizá burlándose de mi evidente fascinación por su persona...

«Todo es muy urgente», me había dicho Leonora. Y esta frase me parecía una perentoria advertencia que, por su boca, me hacía el destino que había determinado nuestro encuentro con la amenaza de separarnos para siempre. Aunque nos habíamos visto sólo dos veces y en ellas habíamos cruzado muy pocas palabras, ninguna significativa del menor interés mutuo, siempre he creído que hay *algo* inefable que revela a un hombre y una mujer su mutua atracción irresistible. Sobre todo, en aquella época ingenua, yo creía totalmente en el *flechazo*, Leonora encarnaba para mí —por su hermosura y sus circunstancias— el *gran misterio de la mujer*, que yo esperaba conocer penetrándola físicamente y además, confundía los apetitos con los sentimientos, sublimaba los míos, y pensaba que ella los compartiría plenamente al conocerlos. En suma, me sentía lo que se dice «perdidamente enamorado» y necesitaba actuar inmediatamente, antes de que fuera tarde para realizar lo que llamaba ya «nuestra felicidad», si bien no sabía definir ésta concretamente, y me limitaba a imaginar sus pasos iniciales: besar su boca de estatua antigua y sus ojos de uva garnacha, estrechar su cuerpo *marylíneo*, sentir sus brazos en torno a mi cuello, en fin, cumplir el mismo ritual erótico-romántico que solía con las chicas de mi edad, aunque, por supuesto, no ignoraba teóricamente que la secuencia final era acostarnos juntos, acto ante el que mi fantasía se paraba en seco, abría un perplejo paréntesis y lo saltaba cómodamente hacia otras situaciones posteriores: huir también juntos, vivir un idilio eterno en países paradisíacos, etc. Tampoco me paraba a pensar con qué medios podía yo realizar semejante plan, quizás inconscientemente contaba con los que atribuía a Leonora misma sin fundamento alguno. En fin, lo que sí sabía, sin duda alguna, es que tenía que volver a verla cuanto antes y declararle mi pasión de manera tan arrebatadora que no pudiera resistirse: esto sig-

veneración filial. De nuevo, después de hablar, no sé si en persona o por teléfono, con Leonora —luego, he pensado que a petición de ésta— me envió a llevarle al hotel una caja de cartón, envuelta en lujoso papel y metida en no menos vistosa bolsa —ya se sabe, vivimos en la civilización del envase—, que contenía no sé qué prendas íntimas adquiridas por mi mamá en una boutique de moda, según comentó con su habitual benevolencia: «Es tan tímida, tan indecisa, que no sabe hacer sola ciertas compras», provocando la usual apostilla malévola de papá: «Es tan torpe y tan boba y, sobre todo, tan mimada y comodona que no se molesta en recorrer tiendas.» (Este rechazo a «ir de tiendas», me pareció una prueba más del buen gusto y la delicadeza de la bella.)

Cuando llegué a su hotel, ya me esperaba en el *hall*, de pie, luciendo otro maravilloso vestido, blanco y azul, de estilo marinero, que le daba un aire más infantil que nunca y, al mismo tiempo, cierta picardía de grumete, por el gorrito redondo, algo ladeado sobre su cabeza, con el pelo alisado y recogido atrás en una gruesa trenza: parecía casi de mi misma edad y ahora pienso que se vistió así con toda intención, para acortar distancias y vencer mi timidez. Después del ritual besuqueo que, esta vez supe corresponder a modo, no me recogió la bolsa ni llamó a cualquier botones para hacerlo, sino que me invitó a subirlo a su apartamento y beber con ella la copa prometida que sería la última, pues «nos marchamos —esta palabra en plural— dentro de muy pocos días y Dios sabe cuándo nos volveremos a ver...». Me halagaba tanto semejante afectividad y la facilidad que me brindaba, que en aquel momento ni siquiera me sonrojé y me sentía resuelto a cumplir mi deseo, que no era claramente consumatorio, sino más bien románticamente declaratorio y, si había aquiescencia, simplemente acariciador, como preámbulo obligado a otra inmediata entrevista decisiva, que ella debía señalar, en lugar adecuado, no en su propia alcoba conyugal, que de antemano me inspiraba miedo y respeto. En el ascensor, manejado por un empleado impertinente que miraba uno por uno a sus pasajeros, como

Así perdí varios días del precioso tiempo disponible, que tampoco sabía con exactitud, debatiéndome entre la exaltación optimista, la confianza en mi atractivo físico reconocido por todas las chicas, la cobardía para obrar decisivamente y la convicción tristísima de que mi amor era un amor desesperado o sea, literalmente, un amor sin esperanza. Por fin, decidí acechar a Leonora en las cercanías de su hotel, hacerme el encontradizo, invitarla, si ella no lo hacía conmigo, a tomar una taza de té o una copa y, una vez sentados, expresarle con sencillez y melancolía la desgraciada pasión que me inspiraba y decirle adiós para siempre, no sin manifestar mi esperanza de que; al menos sintiera compasión de mí y me recordara con ternura en los lejanos países que el destino —el de su marido— le depararía... En efecto, un anochecer, la vi, por unos instantes, cuando salía, pero no sola, sino acompañada de un hombre alto y fuerte, demasiado, a mi ver —sin duda, su distinguido esposo—, ambos vestidos de etiqueta, ella con traje largo color hueso y un chal hindú sobre los hombros, para meterse en un lujoso coche negro que les aguardaba a la misma puerta y cuyo chófer les abría la trasera del vehículo entre reverencias. No hay que decir en qué estado de ánimo volví a casa, para encerrarme en mi cuarto y tumbarme en la cama sin coger un libro: desde que conocí a Leonora, sólo quince días atrás, mi excitación eróticoromántica era tal, que tenía abandonado por completo el repaso de asignaturas para el examen de selectividad, convocado para la semana siguiente, quizás en fatal coincidencia con la partida de mi amada.

No fue necesario que yo forzase el destino. En todo caso, fue mi madre, con su exagerada afición a prestar ayuda a sus amigas, haciendo de intercesora entre ellas, modistas, peluqueras, joyeros y demás proveedores de encantos femeninos, la que otra vez hizo de inconsciente celestina en mi temeraria aventura, que si hubiera resultado venturosa le tendría que agradecer, en lugar de guardarle un oscuro rencor, mezclado a mi

veneración filial. De nuevo, después de hablar, no sé si en persona o por teléfono, con Leonora —luego, he pensado que a petición de ésta— me envió a llevarle al hotel una caja de cartón, envuelta en lujoso papel y metida en no menos vistosa bolsa —ya se sabe, vivimos en la civilización del envase—, que contenía no sé qué prendas íntimas adquiridas por mi mamá en una boutique de moda, según comentó con su habitual benevolencia: «Es tan tímida, tan indecisa, que no sabe hacer sola ciertas compras», provocando la usual apostilla malévola de papá: «Es tan torpe y tan boba y, sobre todo, tan mimada y comodona que no se molesta en recorrer tiendas.» (Este rechazo a «ir de tiendas», me pareció una prueba más del buen gusto y la delicadeza de la bella.)

Cuando llegué a su hotel, ya me esperaba en el *hall*, de pie, luciendo otro maravilloso vestido, blanco y azul, de estilo marinero, que le daba un aire más infantil que nunca y, al mismo tiempo, cierta picardía de grumete, por el gorrito redondo, algo ladeado sobre su cabeza, con el pelo alisado y recogido atrás en una gruesa trenza: parecía casi de mi misma edad y ahora pienso que se vistió así con toda intención, para acortar distancias y vencer mi timidez. Después del ritual besuqueo que, esta vez supe corresponder a modo, no me recogió la bolsa ni llamó a cualquier botones para hacerlo, sino que me invitó a subirlo a su apartamento y beber con ella la copa prometida que sería la última, pues «nos marchamos —esta palabra en plural— dentro de muy pocos días y Dios sabe cuándo nos volveremos a ver...». Me halagaba tanto semejante afectividad y la facilidad que me brindaba, que en aquel momento ni siquiera me sonrojé y me sentía resuelto a cumplir mi deseo, que no era claramente consumatorio, sino más bien románticamente declaratorio y, si había aquiescencia, simplemente acariciador, como preámbulo obligado a otra inmediata entrevista decisiva, que ella debía señalar, en lugar adecuado, no en su propia alcoba conyugal, que de antemano me inspiraba miedo y respeto. En el ascensor, manejado por un empleado impertinente que miraba uno por uno a sus pasajeros, como

un entomólogo observando insectos de variadas especies, Leonora y yo, situados frente a frente, muy próximos pero sin tocarnos, nos limitamos a mirarnos de hito en hito, yo con una intensidad intencionada, ella impasible, con su media sonrisa ambigua y sus ojos más brillantes que nunca bajo el reflejo directo de la luz sobre las chispitas plateadas que vagaban sobre sus pupilas de raro color verdimorado.

Llegados al cuarto piso, recorrido un corto tramo de ancho pasillo, abierta la puerta de su apartamento —en efecto, lo era, con un vestíbulo del que partía un corredor corto hacia el interior— allí mismo, apenas cerró por dentro, Leonora se volvió hacia mí, haciendo ademán de coger de mi mano la bolsa de ropa, que no sé cómo, dejé caer al suelo, para aferrar su cuerpo y unir ansiosamente mis labios a los suyos, que cedieron blandamente, incluso se entreabrieron dejando que mi lengua buscara la suya, sumisa pero inerte, sin el menor signo de correspondencia. De todos modos, en plena exaltación, supe que era innecesaria la declaración verbal de mi amor, aunque me sentía un poco desorientado sobre mi consiguiente actuación —en mi trato con chicas, el escarceo se realizaba en el acto, sin más ambages ni consecuencias— y no sabía a dónde dirigirme con una de mis manos sujetando un hombro de Leonora y la otra apretando su cara contra la mía, para que no apartara su boca, sus ojos, su piel y su olor de mi voraz consumo. Fue ella —el gorrito marinero también se había caído al suelo— la que susurró «Por aquí», nos hizo atravesar a trompicones, dada la posición lateral de nuestros cuerpos, una salita de recibo y nos metió en la alcoba conyugal, cuya indudable elegancia apenas advertí, mi atención concentrada en las dos camas gemelas que en el acto despertaron mi recuerdo del dormitorio, también «a la inglesa», de mis padres, lo que me causó un impacto ingrato, junto a la sensación de estar actuando como un miserable ladrón, y me hizo aflojar mi opresivo abrazo a Leonora permitiéndola desprenderse de mí y decirme, con su vocecita de niña inocente:

—Espera un minuto, amor...

Corrió hacia otra pieza contigua, que debía de ser su vestidor o el cuarto de baño, mientras yo, terriblemente excitado y, a la vez, presa de una indecible angustia, me daba cuenta de que todo el ambiente estaba tan intensamente saturado del olor a mimosas de Leonora, que el aire parecía casi sólido y dificultaba un poco mi respiración, aparte de que mi corazón latía descompasadamente. Fue menos de un minuto, durante el cual ni se me ocurrió despojarme de ninguna ropa, lo que ella tardó en reaparecer frente a mí ¡completamente desnuda...! Mi estupor, mi turbación, mi desconcierto fueron tales, que no pude apreciar la presunta hermosura de aquel cuerpo de mujer, ni ahora sabría describirlo: sólo recuerdo la gran mancha negrísima de su bajo vientre y las dos manchas menores y violáceas de sus pezones que me parecieron dos ojos mirándome agresivamente. Me cogió una especie de pasmo, acompañado de vértigo y sobre todo, debo decirlo también, de vergüenza, propia y ajena, mientras sentía que mi erección se resolvía de pronto en una breve eyaculación espasmódica y que todo mi ardoroso deseo se convertía en pánico, en una irresistible necesidad de huir: lo que hice en el acto, sollozando y repitiendo sólo una palabra, «perdón», «perdón», «perdón», dirigida no sé a quién y a todo el mundo: a la propia honestísima Leonora, a su respetable esposo, a mi confiada madre, a mi severísimo padre, al cura que me confesaba en el colegio y, en fin, a mí mismo, por mi insensata ofensa a todos los preceptos religiosos, morales y sociales que me habían inculcado desde la infancia, y que en aquel instante se acumulaban turbulentamente en mi conciencia. Ignoro lo que haría Leonora —lógicamente, vestirse, dándose antes una buena ducha, pienso ahora—, mientras yo corría a la puerta del apartamento, no sin tropezar con el gorrito marinero y con la caja de lencería, tirados en el suelo del vestíbulo. Salí al pasillo y seguí corriendo por él y luego por las escaleras —ambos desiertos, por fortuna—, sin atreverme a utilizar el ascensor, donde, si había gente y, por supuesto, su perspicaz manipulador, advertiría mi profunda alteración, mi cara asaltada por oleadas alternas de calor y de sudor frío, el

temblor incoercible que sacudía mi cuerpo, en suma, todo mi aspecto de ladrón de hoteles que huyera de la policía, tal vez, para caer en sus manos antes de salir a la calle. Conseguí esto último sin obstáculo alguno y, en aquel mismo instante, me asaltó un sentimiento mucho más penoso que todos los impulsores de mi loca escapada: ¡había fracasado totalmente en mi primera experiencia sexual auténtica! ¡Era menos que un niño, era un lamentable capón, un grotesco fantoche, incapaz de tomar lo que más ansiaba cuando se me ofrecía con increíble facilidad! Pero de modo inmediato, casi simultáneo, se me ocurrió otro pensamiento contrario, exculpatorio: Leonora no había sido generosa, sino desvergonzada, impúdica, contra toda su fama de mujer pura y fiel. Aquello era el desencanto, la repentina caída de mi ídolo a la más vulgar categoría de mujerzuela. Ahora comprendía bien la conducta de don Juan, cuya personalidad yo admiraba tanto, ahora sabía que seguramente se basaba en la repentina desilusión de un sueño ante la desmedida voracidad femenina en la intimidad. Ahora me daba cuenta de que mi porvenir amatorio sería un constante fiasco sexual... Idea que no me alivió sino que pareció cerrar todo mi horizonte vital.

Después de pasearme largamente, sin rumbo —como hago ahora— intentando aplacar mis nervios, llegué a mi casa sin lograrlo del todo, con el consiguiente susto de mi madre, que al advertir mis temblores y sudores, ni se acordó de preguntarme si había visto a su amiga y reaccionó como de costumbre: tocando mi frente, poniéndome el termómetro que casi llegaba a los treinta y ocho grados, metiéndome en la cama —lo único que yo deseaba— y enunciando su diagnóstico:

—Has cogido la gripe, cosa rara en este tiempo de calor. ¿Qué habrás hecho, dónde te habrás metido, con quién habrás andado? Tienes para unos días y con los exámenes encima...

En efecto, estuve varios días con febrícula, dolor de cabeza, náuseas y vómitos, sin querer comer bocado y sin responder al tratamiento usual de la gripe, por lo que fue avisado nuestro viejo médico de cabecera, que supuso una hepatitis, lo que yo,

hipócritamente, no desmentí, pero sí lo hizo el correspondiente análisis de sangre: así es que el galeno y mi familia llegaron a la conclusión, de moda entonces, de que mi malestar era psicosomático, pero según ellos, ni más ni menos que debido a mi deseo inconsciente de eludir los exámenes del COU, que se quedaron aplazados para setiembre. Así es que yo, libre de todo deber estudiantil, pasaba todo mi tiempo lánguidamente echado en la cama, fingiendo leer novelas policíacas —en verdad procuraba en vano interesarme en sus intrigas— o dormitar horas enteras, procurando eliminar de mi conciencia toda idea de pecado, puesto que no había llegado a caer en la tentación. Pero realmente, lo único que hacía era analizar obsesivamente el comportamiento de Leonora y el mío propio, sin conseguir explicaciones satisfactorias de ninguno: ¿Qué clase de mujer era ella? ¿Decente, como la creía mi madre o una secreta devoradora de hombres? ¿La había buscado yo o ella me había tendido una sutil trampa? ¿Era una hipócrita en sociedad y una viciosa en la intimidad? ¿Su discreción, su laconismo, su vocecita escasa, sus actitudes todas eran auténticamente ingenuas o fingidas? ¿Fue precisamente un acto de inocencia su ofrecimiento repentino en absoluta desnudez? ¿Quién de los dos era el seductor y quién el seducido? ¿Quién el decepcionado, quién el fracasado? ¿Por qué yo me asusté de tal modo, si no era la primera vez que veía mujeres desnudas —aunque nunca tan de cerca—, incluso en alguna ocasión había acechado a mis hermanas y a mi madre misma, y estaba harto de contemplar dibujos, cuadros, fotos, hasta había visto películas porno y asistido a varias sesiones de *striptease* en cierto local clandestino? ¿Quién de los dos era el culpable del fiasco? ¿Quién de los dos había hecho más el ridículo? ¿Qué pensaría ella de mí? ¿Qué pensaría que pensaba yo de ella? ¿Se reiría burlonamente, se sentiría ofendida, menospreciada? ¿Me despreciaría, me odiaría, sufriría de humillación y de orgullo herido? ¿Debería yo disculparme con ella caballerosamente, pedirle perdón por mi osado acoso? Pero, ¿qué acoso ni qué niño muerto, si nos habíamos visto sólo tres veces y apenas

habíamos cruzado unas frases anodinas y cuatro besos convencionales? ¿Por qué fuimos tan de prisa, tan torpes, tan ingenuos los dos? ¿Nos amábamos tanto, tan repentinamente, que perdimos la cabeza porque «todo era muy urgente» como ella había dicho? ¿Qué debía, qué podía yo hacer ahora? ¿No me correspondía, ante todo, y sobre todo, reivindicar mi masculinidad? ¿Buscarla inmediatamente —si no se había marchado ya con su imponente esposo— y demostrarle que yo era un hombre? ¿Quisiera ella o no, poseerla, violarla, si era preciso? ¿Por el contrario, debería aguantarme, asimilar mi fracaso, olvidar para siempre tan penosa experiencia primeriza? ¿Y podría olvidarla a ella, a la misma Leonora, que, a pesar de todo, me seguía pareciendo la mujer más deseable del mundo, la única que podría desear? ¿Estaba condenado a masturbarme siempre, pensando en su ondulado morrito, en sus ojazos verdinegros, en sus brazos divinos rodeando mi cuello? ¡Qué desgraciado, que desesperado, qué enfermo incurable me sentía...!

En medio de éstas y otras mil divagaciones, estaba en alerta permanente, ansioso de no sabía qué señal o noticia que, en efecto, me llegó mediante mi hermanita menor: un atardecer, entró como una tromba en mi cuarto en plan cotilla, a decirme que Leonora y su marido acababan de hacernos una rápida visita de despedida, pues salían para Ciudad de El Cabo aquella misma noche. No pude resistir la tentación de indagar, en forma plural e innominada, atajando las entusiastas descripciones de la chiquilla sobre la belleza y distinción de la pareja:

—¿Les habéis dicho que estoy malo?

—Sí, claro, mamá te ha disculpado de no bajar a despedirte de *ella.*

Lo dijo así, en femenino singular, como si intuyera mi interés exclusivo, que no evité expresar:

—¿Y qué dijo *ella*?

—Pues no dijo nada, es tan poco habladora...

Sentí que, de repente, me anegaba la resaca de mi amor, seguida de una ola de rebeldía contra su aciaga frustración y, en consecuencia, el propósito de hacer algo que lo afirmara ro-

tunda y definitivamente: sí, esta vez le escribiría una carta, a la vez respetuosa, contrita y discretamente reiterativa de mi pasión por ella, así como la esperanza de obtener su perdón por mis torpezas y recobrar su estima. Tendría que expresarme con suma habilidad, por si la misiva caía en manos de su marido, pero ella lo entendería todo debidamente, aunque comentara riendo que eran disculpas de colegial por imaginarios fallos en su papel de mensajero, etc. El caso era que, si a pesar de todo, Leonora era «la mujer de mi vida», si la perdía definitivamente, perdía mi vida misma. Sí, tenía que hacer algo...

Pero no hice nada, ninguno de los dos hicimos absolutamente nada. Dejamos pasar el tiempo, que suele ser una goma de borrar de los más importantes acontecimientos, cuánto más de una mínima anécdota del paso por esta ciudad, para una mujer que, en muchas otras, habría tenido y tendría vivencias extraordinarias. Sin embargo, la mía tuvo efectos largos y trascendentales: estuve enfermo, fuera física o psicosomáticamente, a lo largo de dos años, con dolores de muelas y de estómago, con febrícula intermitente y astenia permanente, me tuvieron que extirpar las amígdalas infectadas y meses después el apéndice, igualmente inflamado y doloroso. Por todo lo cual, aunque logré aprobar los exámenes de COU en setiembre de aquel mismo año aciago y me matriculé en la Facultad de Derecho, apenas asistía a las clases y no estudiaba nada, de modo que tardé tres cursos en aprobar el primero. Lo más chocante para cuantos me conocían fue que mi carácter optimista, extravertido y proyectivo, cambió por completo: me hice taciturno y abúlico, con la creciente irritación de mi padre y la preocupación de mi madre, a quien dejé de hacerle confidencias de mis aspiraciones e ideales, por la sencilla razón de que los había perdido, sin duda, por culpa suya y de Leonora, a la que seguí pensando, imaginando, soñando, durante mucho tiempo. Y no es que yo no quisiera curarme: creyendo verdadero eso que dicen de que «la mancha de la mora con otra verde se quita», buscaba a

otras chicas, pero el *shock* sufrido en mi frustrada experiencia sexual, me traumatizó de tal modo, que me impedía funcionar con ninguna y hasta la masturbación era siempre dolorosa, por la fijación en mi mente de la imagen de Leonora desvergonzadamente desnuda ante mis ojos pasmados. Así, terminé por caer en eso que llaman inapetencia sexual y hasta llegué a creerme impotente, lo que me hizo pensar en el suicidio varias veces, si bien de una manera vaga, como referida a otra persona. También pensé que mi única salvación estaba en recuperar las prácticas religiosas —la fe de fondo no la había perdido aún—, es decir, en contar mi pecado ante el confesonario y «cumplir la penitencia que me fuere impuesta», como reza el «acto de contrición» aprendido de memoria desde mi infancia. Una de las frecuentes veces que mi madre me preguntó angustiada:

—¿Qué es lo que te pasa, hijo?

—Tengo una crisis de conciencia —respondí con triste énfasis.

Y como esta seudoverdad le fue inmediatamente transmitida a mi santurrón padre, que pertenecía a la congregación seglar más poderosa del país, pretendió que me fuera con él, por una semana, a un monasterio donde hacía sus periódicos ejercicios espirituales. Mi negativa fue tan rotunda y en los siguientes días me mostré tan agresivo y desquiciado, que mi madre, llena de pánico, se decidió a proponerme que consultara a un psiquiatra de moda muy recomendado por una de sus oficiosas amigas. Acepté, más bien por curiosidad de comprobar las diferencias entre tal sistema de confesión laica y la católica que ahora rechazaba. Desde mi primera visita a la consulta, donde no había el inevitable diván que yo esperaba, me di cuenta de que el tal psiquiatra era un tío listo, que combinaba su interpretación del psicoanálisis —yo me había leído a toda prisa un par de libros sobre las teorías de Freud—, con improvisaciones personalísimas y recetas de fármacos clásicos. Pese a mi resistencia inicial, supo hacerme vomitar —ésta es la palabra— mi primera y penosa experiencia sexual, concretamen-

te mi aterrada huida ante la repentina oferta de una mujer completamente desnuda; por supuesto, sin nombrarla ni relacionarla con mi familia y atribuyéndole la condición de extranjera y su inmediato alejamiento de nuestro país, lo que me impedía toda rectificación de mi conducta, tan humillante para ella como para mí. Inmediatamente, calificó el hecho de fiasco vulgar y corriente, no sólo «la primera vez» de un muchacho virgen, sino bastante frecuente en hombres maduros y expertos en lides eróticas, cuando se daban circunstancias inhibitorias, como la sorpresa, la precipitación, el lugar inadecuado, los respetos sociales, los prejuicios religiosos, etc... Me recetó unas cápsulas antidepresivas y otras sedantes y me despidió hasta la semana siguiente. En nuestra segunda entrevista me aconsejó el contacto asiduo con mujeres de todo tipo, pero le confesé que no me gustaron nunca las prostitutas ni tampoco las chicas «decentes» de mi entorno, que, en realidad, eran demasiado fáciles y provocaban mi reacción adversa, y entonces me dijo que yo padecía el síndrome de IDS. Al preguntarle, con miedo, qué enfermedad era ésa, me dijo que las siglas significaban «Inhibición del Deseo Sexual» y que ese fenómeno es hoy muy frecuente en los varones, debido al excesivo acoso de las hembras liberadas. Yo no me opuse a semejante opinión y me lancé a describir con entusiasmo la mujer excepcional, hermosa, elegante, recatada, famosa por su honestidad, que precisamente por tales cualidades, era la única excitante de mi libido, ya que ésta siempre se debía fundamentar en el amor. Él se rió de mi razonamiento y dijo:

—Eso que tú sentiste tan repentinamente no era amor, sino deseo físico, natural y lógico en un muchacho normal ante una señora tan estupenda como dices. Y tu sufrimiento por el fracaso, tampoco es amor a ella, sino amor propio, miedo a repetirlo, que transformas en sentimiento de culpa, y en resentimiento contra el otro sexo en general. Pero tienes que desdramatizar tu caso, quitarte de la cabeza que es un ejemplo extraordinario de amor desgraciado. Tampoco tienes que atribuir el fiasco a la precipitación tuya, pues más rápida es la intimi-

dad con una fulana encontrada en la calle: lo que pasa es que cualquiera de ellas es más hábil que esa señora con un primerizo... Ella fue la única culpable, por pura torpeza o quizá por inexperiencia personal, impropia de una mujer casada...

En nuestra tercera entrevista, insistió en pedirme más minuciosa descripción de la dama de mis pensamientos, sus modales, su lenguaje, sus costumbres, nuestras conversaciones —inexistentes, por cierto—, en fin, todos los datos que fundamentaban mi altísimo concepto sobre ella; y la verdad, en este punto, tuve grandes dificultades y mi versión se limitó a repetir las referencias favorables de mi madre —no las adversas de mi padre—, ya que la personalidad auténtica de Leonora seguía siendo para mí un enigma. El astuto psiquiatra me preguntó, de pronto, si se trataba de una amiga de mi mamá y al oír mi franco «sí», estuvo casi un minuto mesándose la barba en silencio y luego se dedicó a hacerme mil preguntas sobre mis relaciones afectivas, primero las familiares y luego las sociales. Me puse charlatán y confesé que desde que tenía uso de razón, no me llevaba bien con mi padre que era un hombre rígido, dogmático, autoritario y machista, al que antes fingía respeto y obediencia, pero últimamente mostraba abierta rebeldía. Dije que, en cambio, mi madre me inspiraba absoluta veneración porque era ejemplo de bondad y de auténtica fe cristiana, que por ella mantenía la mía y mis conceptos del pecado y mis esfuerzos por cumplir los mandamientos. Y le dije que mis hermanas y demás parientes, próximos o lejanos, me parecían personas insignificantes con las que mantenía relaciones normales sin problemas ni entusiasmos. En cuanto a otras relaciones, me autodescribí como muy simpático y atractivo para las chicas, con las que me relacionaba fácilmente, si bien mis ligues siempre se cortaban como una mayonesa, por mi exceso de vinagre razonador —símil inspirado en las reprimendas de mi madre a la cocinera, que hizo sonreír al *psico*—, lo que también hacía difícil mi trato con mis condiscípulos y poco durables mis amistades con ambos sexos, por mi manía de polemizar sobre cualquier tema, con admirable capacidad de

oponer a toda tesis sus correspondientes antítesis —términos aprendidos en clases de lógica—, hasta topar con el absurdo. El médico me interrumpió para preguntarme si había leído a Hegel y al responderle que no, porque estaba prohibido en mi colegio, pero que lo leería inmediatamente, volvió a sonreírse sin comentario alguno. Después de guardar otro largo silencio meditativo mesándose la barba, dijo, con la misma alegría que debió manifestar Arquímedes al descubrir la ley de flotación de los cuerpos en el agua:

—Claro, claro, claro... Ya está, ya tenemos la explicación de todo.

Y a continuación, me soltó el consabido rollo sobre el complejo de Edipo respecto a mi madre y el de castración ante mi prepotente padre, todo lo cual había originado mi evidente inmadurez psicológica, etcétera, etc., etc...

—Ésta es la clave de tu fiasco sexual: tu apasionado amor por tu mamá, como dechado de virtudes. Tu inconsciente había transferido dicho sentimiento a esa señora casi desconocida y la había sublimado de tal modo, que no pudiste, ni aún puedes, soportar el derrumbamiento de su imagen, identificada incestuosamente con la de tu propia madre. Ahora que hemos hecho consciente tu *ego* primario, se resolverá por sí solo tu problema.

A duras penas contuve mi indignación, aunque no mis violentos movimientos denegatorios con la cabeza, mientras interiormente llamaba a semejante tío, cochino, cabrón, hijo de puta y demás epítetos adecuados a sus indecentes conclusiones. Aunque intentó proseguir su explicación, no consiguió que yo pronunciara una sola palabra más. Me puse en pie, hice una burlesca inclinación ante él parapetado en su alto sillón tras su imponente mesa, y salí de estampida de su consulta, decidido a no volver jamás a ella ni a ninguna otra de semejante índole: lo que cumplí, con el disgusto consiguiente de mi madre, que se debió de apresurar a hablar con aquel tipo, no sé si por teléfono o en persona, ya que me dijo luego, llena de gozo:

—Dice que estás curado de tu depresión, que no tienes por qué ir a verle por ahora.

Lo curioso fue que, desde su punto de vista, era cierto: tras una semana más de seguir tomando las grageas de diversos colores que me había recetado, comencé a dormir mejor, a recobrar el apetito gastronómico y las ganas de vivir, aunque no las de estudiar ni de hacer el amor o su simulacro con cualquiera. Seguidamente, tuve que incorporarme al servicio militar en otra ciudad lejana, aunque con enchufe en la oficina del cuartel, donde terminé de acostumbrarme a no hacer nada, excepto leer continuamente toda clase de libros, lo que mejoró mucho mi formación intelectual, aumentó mi repudio hacia las ideas retrógradas de mi padre y, sobre todo, estimuló mi vocación literaria, que llegué a expresar en poemas eróticos y nostálgicos, que, en un descuido, me fueron sustraídos y leídos en alta voz ante todos mis compañeros de dormitorio, entre mis protestas coléricas y las risotadas, no exentas de admiración, de todos ellos, que, por otra parte, me creían marica, por mi sistemática negativa a visitar, en los permisos domingueros, los prostíbulos que abundan en aquella militarizada y aburridísima capital de provincia donde, además, la mayoría de las chicas «decentes», eludían despectivamente todo trato con los soldados rasos. Cuando volví a casa y me matriculé en segundo de Derecho, había perdido por completo el interés por semejante carrera, se acentuaron mis diferencias con mi padre, completamente desilusionado de las esperanzas puestas en su hijo primogénito y único varón, ahora, según él, corrompido por el libertinaje democrático. Y también comencé a distanciarme de mi madre, incluso a ser con ella no sólo reservado, sino impertinente y grosero cuando pretendía sonsacarme, hasta el punto de soltarle tacos y obscenidades cuarteleros antes insólitos en mí, y que le caían como bofetadas y, a veces, le hacían derramar sobre las mejillas enrojecidas, lágrimas que me hacían huir de su presencia, lleno de cólera y arrepentimiento, preguntándome con angustia cómo una mujer tan buena había resultado una «mujer fatal» para mí.

Así han ido transcurriendo los años... Hace sólo dos que he conseguido terminar la maldita carrera le Leyes, es decir, que ya soy uno más entre la infinidad de titulados inútiles que hay por el mundo: aún no he ganado un duro ni me preocupo lo más mínimo por conseguirlo ni me interesa el futuro, me considero un parado definitivo, o sea, un parado en la vida y no meramente en el plano laboral, como dice mi madre compasivamente; continúo viviendo en casa a costa de mis progenitores, donde me siento un huésped provisional y aguanto sin inmutarme los calificativos de vago, pasota, ateo, anarquista y parásito que me prodiga mi padre en cuanto tiene ocasión —procuro no coincidir con él en las comidas y hacer éstas en la cocina—, además de recordarme a troche y moche que él comenzó a ganar dinero desde los diecisiete años y que mis dos hermanas ya están casadas como es debido, o sea, con *yuppies* de sanas ideas tradicionales. La única mía perdurable es la de ser escritor, publicar algo —¿cómo, dónde?—, precisamente lo más aborrecido por mi familia, que siempre manifestó menosprecio por la «gente de pluma», de modo que hasta hace poco tiempo tenía que esconderme para leer «noveluchas» y demás libros nefandos que ninguno de ellos conocía sino por meras referencias condenatorias de sus rectores espirituales y políticos. Debo reconocer que precisamente por llevar la contraria, desde chico he leído a escondidas muchos libros prohibidos, que antes me parecían los mejores; y que, por la misma razón rebelde, se despertó mi más perdurable aspiración: escribir yo mismo para escandalizar al mundo entero. Pero ahora ya no pienso que la prohibición de cualquier cosa sea garantía cierta de su buena calidad: ahora soy más ecléctico —es decir, soy posmoderno—, aunque mejor diría que cada vez soy menos capaz de fervores exaltados y que buena parte de los libros devorados me pesan en la mente como pesan en el estómago ciertas comidas indigestas. Últimamente, me estoy aficionando al arte, también quiero ser crítico del mismo, especialmente de la pintura hiperrea-

lista y acudo regularmente a cuantas exposiciones se celebran en esta ciudad, por cierto, en la de hoy mismo, dando casualmente con la fatal Leonera. En cuanto a mi vida sexual, no se ha normalizado lo más mínimo: me he convertido en una especie de monje laico, casto y ascético, casi abstemio de alcohol y, sólo por compromiso, hago alguna calada de tabaco o de yerba. Mis únicos vicios son solitarios: lectura, escritura y masturbación. Probablemente, me quedaré virgen, lo que no es ninguna deshonra, pues lo han sido muchos grandes hombres: héroes, sabios, santos, el mismísimo Jesucristo...

Como es lógico, a lo largo de este tiempo, he tenido noticias de Leonera, de vez en cuando y nunca directamente, sino por conversaciones sueltas de mis familiares y de amigos de casa: parece ser que en sus vacaciones, el matrimonio viene por España, no siempre a esta capital y que, contra las apariencias, no son felices, a causa de su esterilidad, sobre la que tengo versiones contradictorias: según un pariente del marido, al que éste debía de haberse confiado, ella es frígida y tiene matriz infantil, en lo que abunda mi padre, acotando que tiene la matriz igual que la cabeza; según una prima de Leonera, repetidos exámenes médicos han determinado su perfecta fertilidad y, por tanto, la esterilidad del marido, que no se ha sometido a prueba alguna. Y, por cierto, en una de nuestras comidas familiares, para festejar el primer embarazo de mi hermana menor, ésta, comentando que la mayor ha repetido ya los niños gemelos, dijo:

—Mira que si yo también los traigo a pares... Unos tantos y otros tan poco: ya ves la pobre Leonora. —Y ella misma, añadió—: Bueno, pero ahora puede recurrir a la fecundación artificial, incluso contratar una madre de alquiler fecundada por su mismo marido...

Entonces hubo algunas risas y mi madre desvió una conversación que le debía de parecer indecente. Ahora, casi nunca menciona espontáneamente a su amiga y admite sin protestar que los demás la califiquen de sosa, insulsa, cretina o bien de fría, hipócrita y calculadora. Tengo la impresión de que las relaciones entre ambas se enfriaron hace años, quizá porque mi ma-

dre llegó a saber algo de mi aventura, por chivatazo del cochino psicoanalista. En cuanto a mí, saber que Leonora era desgraciada por la carencia de hijos, me hizo pensar en otra posible explicación de su extraño comportamiento en nuestro breve encuentro: sospecho que quiso comprobar conmigo su capacidad de concebir, o sea, que intentó utilizarme de garañón, lo que habría hecho más veces con otros hombres, infructuosamente. En fin, el paso del tiempo y la predominante opinión negativa sobre el objeto de mi ardorosa pasión adolescente, al parecer la habían enfriado casi por completo y su recuerdo funcionaba sólo como estimulante esporádico de mis placeres solitarios. Pero es evidente que en el fondo de mi ser perduraban encendidas todas las brasas, recubiertas de ceniza igual que en los viejos y hermosos braseros que mi abuela repartía por las habitaciones de su casa de campo cuando íbamos allí en invierno: la reaparición de Leonora me ha causado un tremendo impacto, ha revivido en mí no sólo la curiosidad que tuve desde niño por «el gran misterio de la mujer», sino la convicción de que reside en ésta exclusivamente y, por tanto, es la única que puede resolver mi problema sexual. Y siento un gran gozo y la absoluta seguridad de que ahora no tendré obstáculos de ningún tipo para conseguir mi objeto, porque la misma Leonora ya no me inspira veneración ni respeto, sólo sigue provocando en mí un irresistible deseo: no viviré más tiempo sin satisfacerlo.

Me doy cuenta de que automáticamente, como un sonámbulo, he vuelto a la galería donde se celebra el *vernissage*. Espero, necesito que Leonora esté aquí todavía. La estoy buscando entre el gentío, en cuanto la vea, llegaré frente a ella, sujetaré con mis dos manos sus brazos divinos —los lleva desnudos, como la primera vez—, le aplicaré el consabido beso social en cada mejilla y le musitaré al oído: «Vente conmigo, tenemos que hacer algo muy importante.» Probablemente, me mirará sin ningún asombro, con su media sonrisa enigmática, me acompañará sin decir

palabra hasta el coche —prestado hoy por mamá, lo tengo aparcado muy cerca— y acaso, ya dentro de él, me pregunte, con su pueril vocecita, de qué se trata. Yo puedo decirle simplemente «te quiero», lo que no es verdad; o «quiero demostrar, a ti y a mí, que soy un hombre», y ésta es una gran verdad, pero demasiado evocador del ridículo fiasco primero; o «quiero acostarme contigo», exabrupto brutal para una señora de alta clase; o bien, al estilo de ahora, «vamos a hacer el amor», aunque esta expresión me repugna, siempre me ha parecido absurda: el amor *no se hace*, no se fabrica como el chocolate, el jabón o la gasolina, por un fugaz acto de ayuntamiento físico; en éste y antes y después de él, el amor existe o no existe, *es o no es el divino Eros*. Pero este concepto platónico-romántico, exigiría largos razonamientos que esta mujer, encarnación de la belleza del cuerpo, pero no sé si también del alma, quizá no entendería. O tal vez, sí...

Pero, ¿dónde está Leonora? No la encuentro por ninguna parte...

(1987)

LA ISLA SIN NOMBRE

Voy a coger el *Talgo* para Madrid, en esta estación intermedia entre dicha capital y la de mi provincia, que es un importante nudo de líneas que se entrelazan en varias direcciones. He venido en autobús desde mi pueblo, que no había pisado desde hace cincuenta años y, mientras espero mi tren, procuro distraer mi cabeza de malos pensamientos. Casi lo consigo paseándome por los andenes, cruzando vías, acercándome a máquinas y vagones, parados o en movimiento, agachándome para **ver** mejor los complicados artilugios que llevan en sus bajos. Hay que ver, qué montaje supone todo este servicio de transporte colectivo, siempre me llenó de admiración, aún recuerdo la impresión que me hizo el tren la primera vez que lo vi aquí mismo, cuando yo tenía trece años: entonces, aún había locomotoras gigantescas, que bufaban, escupían vapor y echaban por las chimeneas inmensos chorros de humo negro que llenaba a la gente de carbonilla y luego, todo el convoy, «al correr por los campos parecía un león con melena de centellas», como nos

recitaba el maestro de mi escuela, que era progre y muy aficionado a la poesía. Esto del tren es el invento más asombroso, la empresa más grandiosa que han realizado los hombres, mucho más que llegar a la luna, qué carajo se nos ha perdido allí... Qué bien le va a esto el nombre de «ferrocarril» y el de «camino de hierro»: cuánta ferretería, qué derroche de raíles, herrajes, travesaños, ruedas, bielas, engranajes, cadenas, topes, qué sé yo, todo fabricado con materiales pesados y fortísimos, indispensables para el trajín que se trae; y qué imponentes trabajos de ingeniería para llegar a todas partes, recorriendo kilómetros y kilómetros de llanuras y de curvas a nivel, atravesando ríos por puentes construidos aposta, culebreando por estrechos desfiladeros, subiendo y bajando montañas, perforando otras con túneles seguidos, muchos, larguísimos... La verdad es que el ser humano es cojonudo, hay que ver lo que es capaz de cavilar, de inventar, de realizar para su provecho. Lo malo es que siempre se cansa de lo que consigue con esfuerzos tremendos, cosas como ésta se le quedan anticuadas y las desecha: don José, el jubilado de la «Renfe» que vive en mi misma pensión, ha leído en los periódicos y lo ha comentado conmigo que todo este montaje increíble, con apenas siglo y medio de antigüedad, está sentenciado a desaparecer, que ya hay en los países ricos otros tipos de trenes, que circulan por monorraíles aéreos, construidos con materiales ligeros, que pronto los habrá en todas partes y que no funcionarán por electricidad como ahora, sino por la energía atómica; pero también dice él que, con el tiempo, tampoco serán usados para viajeros, sino solamente para transportar mercancías, pues las personas se trasladarán a su capricho por los aires, en coches voladores, individuales o familiares: lo cual planteará, sin duda, otros problemas de circulación aún más graves que los terrestres... Yo no viviré tanto como para ver tales adelantos, a Dios gracias, en estos momentos tengo una *depre* que no me importaría morirme; y de todos modos, ningún transporte me gustaría tanto como el tren actual, tan limpio, con sus largos y bonitos vagones que ni parecen empalmados y con tantas comodidades

en su interior: uno puede moverse libremente de un lado para otro, ir al váter o al vagón restaurante, comer y beber, ver una película, dormir a pierna suelta en cama, si tiene pasta para tales detalles. Pienso qué harán con tantas estaciones como ésta y tantas otras, mayores y menores, que hay por todo el mundo, me pregunto qué forma de reconversión industrial harán con ellas, si tantos y tantos materiales estupendos serán reciclados o sólo pulverizados por las máquinas trituradoras y arrojados a barrancos, o si se irán dejando abandonados tal como están, como aquí mismo veo pabellones y hangares en ruinas, vagones destrozados, andenes sin uso alguno, vías muertas como tramos de raíces rotos; si todo el impresionante montaje se convertirá en montones de metales roñosos, maderas podridas, plásticos acartonados, chatarra inútil que nadie aprovechará, pura basura que con los años terminará por ser polvo... Es una lástima... Pero, qué carajo, así pasa con todo en esta puñetera vida, lo mismo con las grandezas que con las miserias como la mía. Y digo esto aunque ahora mismo llevo en el bolsillo un cheque de casi un millón de *cucas*, primera vez que veo tanto dinero junto, pero con tanta pesadumbre...

Ya está aquí mi *Talgo*, largo, largo, tan interminable que se deja la mitad fuera de la marquesina central de la estación, mientras en ésta resuena el altavoz avisando su llegada y su salida inmediata. Ha entrado despacio, sin ruido, con elegancia, pero con tanta prisa por irse, que apenas me da tiempo de recorrer mi andén y encontrar el número de mi vagón casi a la cola, como siempre hacen con los primeras, no sé si para bien o para mal, según haya choque o descarrilamiento. Cae tan alta la entrada sin estribo y sobre el puro terreno de grava, que me cuesta trabajo subir, pues tengo reuma en brazos y piernas, no hay consideración para la gente como yo... Me sé de memoria el asiento que me corresponde, entro en el departamento y aunque ahora nadie saluda a sus compañeros de viaje, yo me veo forzado a hacerlo: «Buenos días, señores, perdonen si molesto, creo que esta maletilla cabe encima de mi asiento, me parece que es éste, sí, vea mi billete, el número 18,

lo siento caballero, pero me mareo si voy contra la marcha del tren, menos mal que he tenido suerte, los ordenadores suelen jugar malas pasadas, muchas gracias y usted dispense...» El tío me ha mirado con mala uva, sin responder palabra se ha largado del departamento, a lo mejor ni lleva billete, qué culpa tengo yo, carajo... Me instalo en mi sitio, pegado a la ventanilla, descorro la cortina con la intención de distraerme contemplando el paisaje, enciendo un «Rex», para eso estoy en departamento de fumadores, aunque veo que sólo fuma una señora viejísima al otro lado del pasillo, pero pronto empezarán todos a echar humo, es la fija. Ya arrancamos, qué suave, ni me daría cuenta si no fuera porque el mercancías de la vía contigua parece caminar en sentido contrario, cuánto me chocaba las primeras veces, cuando era muchacho, me temía que el otro tren se metiera sin más, rompiendo topes y arrollándolo todo hasta derribar los edificios y seguir caminando por la población. Ahora me cansa mirar el desfile, igualmente en sentido contrario, de árboles, postes y alambradas que suben y bajan sobre prados verdes con alguna que otra vaca rumiando su aburrimiento. Yo no es que me aburra, es que no me puedo quitar de la cabeza lo que me ha pasado, me cago en la mar, con la ilusión que yo hice este viaje hace una semana y con qué mala leche vuelvo. Y sin poder desahogarme con nadie, me distraería pegando la hebra sobre cualquier cosa con el viajero sentado junto a mí, pero resulta que es viajera, bastante joven y bien vestida, que me ha mirado un segundo de arriba abajo con desprecio apabullante y se ha sumido en la lectura del montón de revistas de colorines que lleva sobre el halda. Y los dos asientos de enfrente, los últimos del vagón, pegados a la pared del fondo, están ocupados por un matrimonio maduro que se odia visiblemente y que primero ha reñido en voz alta, culpándose mutuamente de su molesta situación contra la marcha del tren y luego, los dos se han quedado mudos, tiesos, los ojos fijos, como peces congelados, mirando ambos a lo lejos, sin tener horizonte para hacerlo. Todo el personal de este vagón me parece orgulloso, se deben creer muy dis-

tinguidos por viajar en primera, cada cual tiene entre las manos uno de esos libritos que la «Renfe» deja en los asientos como obsequio, pero el tipo que ocupaba éste, quizá desde la capital de origen, ha debido de llevarse el mío, no he caído en comprar un periódico, cualquiera le pide prestada una revista a la cursi de al lado, le debo parecer ordinario, con mi traje anticuado y viejo y mis modales sencillos, aunque yo miro y sonrío con simpatía a todo el mundo, nadie me corresponde, todos siguen tan callados, tan metidos en sus propios problemas, tan cerrados a los ajenos. Sólo oigo la musiquilla sorda que quiere amenizar el viaje, sólo veo que cuchichean bajito un chico y una chica jóvenes, sentados al otro lado del pasillo, cara a la vieja que fuma puro con los ojos cerrados y el militar junto a ella, que se masturba con disimulo ante el espectáculo porno de la pareja: se fuman un solo cigarrillo entre los dos, seguramente es un porro, se mordisquean las orejas, se meten mutuamente las lenguas en las bocas, se toquetean por todas partes, se están calentando a modo, no sé cómo terminarán: deben ser recién casados o novios o amantes o recién conocidos, ahora da igual, y la gente no siente vergüenza de hacer en público cosas que son tan íntimas como mear y cagar, digo yo. ¿Qué pasaría si yo, ahora mismo, me bajara los pantalones ahí, en mitad del pasillo y me pusiera a llorar y blasfemar a gritos, que es lo que me apetece...? Bueno, a hacer puñetas toda esta gente. Con rabia doy la última chupada a mi pitillo, ahora no tengo dónde echar la colilla, este jodío chisme de mi asiento no funciona, está atascado, si tiro más fuerte voy a romperlo y cualquiera saca a la lectora de al lado de su boba contemplación de la maravillosa foto de la querida de un ministro, vestida y alhajada como una reina; y para que funcione mejor el aire acondicionado, estas ventanillas están cerradas a cal y canto, al menos yo no sé cómo abrir la mía; y no me da la gana de ir al váter ni hasta la plataforma, voy a tirar esto junto a mi asiento sin ningún disimulo, ninguno de los viajeros que me podrían ver mira hacia mí ni por casualidad. Lo mejor que puedo hacer es alquilar un casco para oír la *tele*

que empieza a funcionar y presenta una película del Vietnam, el tema ya no me gusta y no cojo el auricular, miraré un poco de qué va la cosa: en la pantalla aparecen aviones sobrevolando unas islas que parecen del Pacífico y unas playas con palmeras y mujeres morenas con los pechos al aire medio cubiertos por collares de flores, debe ser en Hawai, mira que es buena la *tele* para adquirir cultura, mucho más que leyendo, si no fuera por la *tele* de dónde iba yo a saber dónde están las islas Hawai y cómo son de verdad, pues sólo tomándolas con la cámara desde un avión se puede ver por completo la forma y el tamaño de las islas, así conozco yo casi todas las islas con las que tanto soñaba cuando era niño y que no he conseguido pisar, ni siquiera la que se ve desde mi pueblo y que no tenía nombre... Me cago en la mar, ya me vuelve la angustia que me ahoga, enciendo otro «Rex», echo mi asiento hacia atrás, menos mal que la palanca sí funciona, voy a ver si puedo dormirme un poco, he pasado tan mal las últimas noches, no por la mala cama de la fonda del pueblo sino por el disgusto que me he llevado. Tengo ganas de llegar a Madrid y contárselo a la única persona que me escuchará con cariño, la *Cachas*, aunque ahora me obliga a llamarla doña Nati, se hace la respetable, pero para mí será siempre la *Cachas*, su nombre de guerra cuando la conocí hace casi cincuenta años y ella regentaba con su macarra una casa de putas en Barcelona, mientras que ahora regenta una casa de huéspedes modesta pero muy decente. Quién me iba a decir que después de rodar tanto por el mundo, me la iba a encontrar de pura casualidad y que, igual que en otros tiempos, ella me iba a recoger por caridad como quien dice, pues no tengo ni subsidio de paro, aunque la verdad es que me tiene a su servicio para todo —hacerle recados, la compra en la plaza, pintarle habitaciones, arreglar muebles, reparar averías de fontanería, en fin, toda clase de chapuzas—, con mucha más capacidad que entonces, ya no para follar como cuando yo tenía catorce años y ella me metía en su cama hasta que se enteró su chulo y me echó a patadas del prostíbulo. Ahora él está muerto, yo estoy viejo y ella mucho más, como era bastante rolliza y

ha perdido carnes, tiene todo el pellejo como las tortugas, siempre su cara se pareció un poco a la de una tortuga bonachona, con sus ojos separados y sus labios largos y risueños dándole la vuelta al hocico redondo, pero tenía un cuerpo cojonudo y yo le estoy muy agradecido por tantos favores, ella me hizo hombre, me enseñó a funcionar como tal, a tratar a las mujeres como es debido, y a no dejarme cazar por ninguna. Aunque ahora me pesa no haberme casado, no estaría tan solo en el mundo y seguramente tendría hijos en que apoyar mi vejez... Pero quién soy yo para pensar en buenos hijos, yo fui todo lo contrario, me escapé de mi casa cuando apenas tenía trece años, dejando a mi madre sola y sin saber nada de mi padre. Había tenido nueve hermanos, los había ayudado a nacer y a criarlos, como quien dice, desde que me tenía en pie, los vi morir uno por uno, mi última hermanilla devorada por el cerdo que criábamos para la matanza anual y que tuvimos que adelantar, y los demás, de enfermedades infantiles que ahora tienen fácil remedio, pero no en aquellos tiempos de antes de la guerra y menos durante la misma, en una pedanía sin médico ni botica propios, aparte de que nosotros vivíamos fuera de la aldea, a cuatro kilómetros, en un terreno de nuestra propiedad, situado en un promontorio que caía a pico sobre el mar, pero en la ladera encarada tierra adentro. Mis padres sólo vivían para cultivar un pequeño maizal y un huerto aún más chico, cuidar un cerdo, unos cuantos conejos y gallinas y media docena de cabras, con el fin de vender los productos de todo, con merma de nuestro propio sustento, en el mercadillo semanal del pueblo. Éste sí que estaba justo al lado del mar, a pie llano y hasta tenía una pequeña ensenada natural que servía de abrigo, no diré puerto, a la media docena de malas barcas que faenaban a la vista, sin internarse mucho. Allí iba yo a la escuela, desde los ocho a los once años, andando más de siete kilómetros entre ida y vuelta, contra la voluntad de mi madre que era analfabeta total y me necesitaba para cuidar los animales y por decisión de mi padre, que tenía ansias de cultura, hasta el punto de que él mismo estuvo dos o tres temporadas yendo a las cla-

ses de adultos, donde no sólo se soltó a leer y escribir, sino que hizo alguna amistad con el maestro y aprendió sus ideas revolucionarias, lo que motivó la desaparición de ambos cuando empezó la guerra, según dijo la gente, para pasarse voluntarios a la zona roja. Como entonces era verano, la escuela estaba cerrada y así continuó casi un año más, hasta que el sacristán se hizo cargo de ella, pero yo no volví a pisarla, aunque me había aficionado a saber cosas, sobre todo de geografía, que aún me entusiasma. Creo que principalmente fue por mi trato con otro chico de mi edad, hijo del único tendero del lugar, o sea, que era rico comparado conmigo, por eso nunca fuimos grandes amigos, aunque alguna vez entré con él en su tienda y su madre me daba dos o tres higos pasos. A Gil le tenían envidia otros chicos y le llamaban *Gilipollas*, pero yo le admiraba porque podía comprarse libros, algunos sólo él los tenía, como *La isla del tesoro*, *La isla del fin del mundo*, *El buque fantasma* y algún otro, también de aventuras, que comentábamos juntos, en la total creencia de que eran ciertas y con el firme propósito de realizar otras semejantes apenas creciéramos un poco: la primera de todas sería ir a «nuestra isla», que según decían, sólo era un peñasco, apenas accesible por barca y menos, a nado, pues debía estar a unos diez kilómetros y además, ni nosotros ni casi nadie en la aldea sabía nadar, ni siquiera los pescadores, no como ahora, que tanta afición hay a ese deporte olímpico, yo mismo intenté aprender cuando aún era joven y sólo conseguí sostenerme en el agua malamente. Bueno, el caso es que Gil y yo imaginábamos que en «nuestra isla» había tesoros escondidos por antiguos piratas y que allí ocurrían sucesos maravillosos, aunque también pensábamos que aquel bulto alargado cortando el horizonte bien podría ser el lomo de una ballena, ya que unas veces sobresalía más que otras y hasta desaparecía en los días de mucha niebla; o acaso fuera un barco que se iba a navegar por otros mares en las largas semanas del invierno, cuando oíamos a lo lejos un largo lamento que llamábamos «la sirena de niebla»... Lo que más nos intrigaba es que «nuestra isla» no figurase en ningún libro ni mapa, ni tuviera nombre

propio, como las Baleares, las Canarias y otras que teníamos que saber de memoria, así es que yo mismo, en plena clase de geografía, me atreví a preguntar al maestro: «Señor maestro, ¿cómo se llama esa isla que se ve desde aquí?» Y don Genaro se encogió de hombros y me contestó lo mismo que mi padre y que todo el mundo: «Pues hombre, se llama "La Isla" y basta: no tenemos otra a la vista, no hay confusión.» ¡Dios, tantos años creyendo que no tenía nombre y acabo de saberlo, para mi gran pena y mayor rabia! Por primera vez me pesa haber abandonado a mi madre, pero yo no podía aguantar aquella vida, los dos tratados con desprecio por unos y con una compasión cobarde por otros, hasta mi amigo Gil huía de mí en cuanto me divisaba por el pueblo, al que sólo bajaba de tarde en tarde, alternando con mi madre, para cambiar un saquete de patatas o maíz, una espuerta de hortalizas, un par de docenas de huevos, algún pollo o conejo, por otros artículos. Ella se había quedado preñada una vez más, pero pronto abortó, no sé si voluntariamente, con mi único conocimiento y asistencia y si no se murió entonces fue porque era fuerte como una mula. Y ella misma, con una calentura que ardía como una estufa, enterró en el prado a mi décimo hermanito, esta vez, bien muerto antes de nacer. No daba la menor muestra de sentimiento por la falta de mi padre, estaba tan acostumbrada a perder hijos que la debió afectar poco la desaparición de su marido y supongo que tampoco la mía, dos años después. A mí no me hablaba más palabras que las indispensables para mandarme tareas duras y sucias o regañarme por hacerlas mal, pues trabajar el campo y cuidar animales me daba asco. Mi única distracción era remontar la ladera hasta lo más alto del promontorio, al cuidado de la única cabra que nos quedaba —las demás desaparecieron, no sé cómo— y sentarme al borde del acantilado, cara al mar, a contemplar la isla sin nombre y soñar con ir hasta ella y a otras muchas que esperaba conocer recorriendo el mundo. Un buen día me decidí a ello, sin el menor miramiento por mi madre, sin pensar siquiera en darle un beso de despedida que, sin duda, hubiera recibido con asombro y respondido

con un pescozón. Ya la venía sisando perra a perra, al vender y no cambiar algún que otro producto en el pueblo, lo que hice la última vez con toda la mercancía encomendada y me valió para comprarme un bocadillo de sardinas arenques y otro de chorizo, precisamente a la madre de Gil, que ni pareció conocerme y como siempre, olía bien, a jabón «Lagarto» y a «Flit», no como mi madre y yo mismo, que apestábamos a suero agrio, a gallinaza y a cochiquera. Pero qué curioso, ahora me gustaría volver a sentir aquel olor, como me estoy haciendo viejo, me estoy volviendo niño otra vez... El dinero también me alcanzó y hasta me sobró un poco, para pagar el billete del renqueante coche de línea que cada semana hacía el servicio a la estación, a esta misma que hoy estaba en paz y aquel día de otoño de 1938 bullía de tropas del bando faccioso. Entre ellas, me colé en un tren que me llevó a Castellón de la Plana, lo que yo menos me esperaba, pues mi intención era ir a Barcelona, que me parecía el único puerto donde podría enrolarme en un barco grande, como grumete. Por aquellas tierras de Levante estuve casi medio año, de vagabundo por pueblos y ciudades, hurtando en huertos y mercados, acudiendo a las colas de Auxilio Social, mendigando sobras en fondas, asilos y hospitales, donde vi muchos horrores y me di cuenta de que los hombres hechos y derechos mueren con mucha más resistencia y miedo que los niños, mis propios hermanillos, tan dóciles en mis brazos... Yo no sé cómo pude sobrevivir, cerca de los frentes de combate, entre frecuentes bombardeos, pero la verdad es que tuve mucha suerte, las gentes siempre me ayudaban, se creían que yo era uno de los muchos niños huérfanos, extraviados o abandonados en aquella insensata contienda. Yo no entendía la marcha de la guerra ni los movimientos de las tropas, pero las seguía de un lado para otro, fuera a pie o en trenes y camiones militares, como era un chico fuerte, espabilado, servicial y sufrido, caía bien a los soldados, por cierto, un cabo me quiso dar por el culo, menos mal que apareció a tiempo un jefe y pude escaparme de aquella unidad y pegarme a otras... El caso es que conseguí entrar en Barcelona con el ejército de Franco,

lo que disfruté sólo como una conquista personal, mía exclusivamente. Así es que trasladé mi campo de maniobras a la zona del puerto, también ocupado por las tropas, creyendo que en seguida podría cumplir mi único deseo: largarme de tanto horror, embarcarme, recorrer mares, conocer islas, ganar dinero suficiente para ver la de mi pueblo y hasta quizá comprármela y ponerle mi nombre. Pero la cosa no era tan fácil, había controles muy serios por todas partes, yo era un crío y no tenía documentación de ninguna clase. Y en dos ocasiones que logré meterme de polizón en buques mercantes que iban a las Américas, me cazaron, me entregaron a la policía y fui encerrado en el calabozo, no sin recibir buenas tandas de bofetones, una de las veces, fue una verdadera paliza de un militar brutísimo, empeñado en saber lo que a nadie importaba, cómo te llamas, de dónde eres, qué haces por aquí, a dónde quieres ir, dónde están tus padres, en la cárcel por rojos o en el extranjero, etc., sin conseguir más respuestas que no sé, no me acuerdo, no tengo idea, poniendo cara de subnormal, lo que terminó por creerse aquel tío bestia. Desde entonces, cobré un gran respeto a todo tipo de uniforme y siempre he procurado portarme como ellos llaman «bien», o sea, no provocando su intervención, obrando con cautela, con humildad y si es preciso, con halago a toda autoridad, de cualquier color que sea, actuando así fue como obtuve, en aquellos días de posguerra, la recomendación de un aduanero para ser admitido a prueba en el barco que entonces hacía servicio con Palma de Mallorca y encargarme de fregar en él suelos y cacharros, Cristo, qué excursión, en vez de limpiar, lo ensucié todo, me pasé vomitando sin parar las catorce horas que tardaba aquel armatoste en hacer la travesía, ni siquiera me dejaron bajar a tierra ni pude comprobar que Palma de Mallorca estuviera en una isla, la vuelta aún fue peor, había temporal marítimo y yo siempre mareado igual que un pollo colgado boca abajo por las patas, así es que con las mismas me pusieron en la calle, en cuanto atracamos en Barcelona. Esta experiencia me hizo aplazar, aunque no desistir de mis planes y fue por entonces cuando, recabando sobras en un bar del

barrio chino, se fijó en mí la *Cachas* y me tomó a su servicio para todo, y con ella terminé de hacerme hombre, ya digo, y hasta me procuró un certificado de buena conducta en su casa, pues siempre tuvo la manía de la legalidad, incluso en su oficio, y su papel me sirvió más adelante para sacar el carnet de identidad, si su chulo no me hubiera echado con amenazas de muerte, quizá me hubiera apegado a ella, en vez de poner pies en polvorosa de aquella capital. Lo curioso es que de jovenzuelo, en ninguna de mis andanzas, sentía yo ningún pesar por los lugares y personas que iba dejando atrás, sino siempre el mismo gozo de ser libre, de crecer y de volar de acá para allá, como un pájaro que tiene las alas fuertes. Pero resulta que nunca he conseguido volar alto, a lo largo de tantos años he rodado por muchos sitios, he tratado con toda clase de gente, he trabajado en mil oficios: recadero, abrecoches, limpiabotas, trapero, afilador, sexador de pollos, capador de cerdos, ayudante de fontanero, peón de albañil, mozo de cuadra, acomodador de cine, qué sé yo, hasta estuve en Alemania cuando el *boom*, haciendo de pinche una temporada, desde allí escribí a mi madre una postal que nunca contestó, lo que no me extrañó, pues no sólo era una analfabeta total, sino incapaz de pedir a nadie un favor; y también fui dos veces a Francia, a vendimiar, y una vez a Lisboa, donde volví a embarcarme en un carguero, que me llevó a las Azores, las únicas islas que he visto de verdad, pero entonces me convencí de que yo no servía para navegar, lo que, estoy seguro, no me hubiera pasado viajando en un transatlántico pues, según dicen, ni se mueven, otro sería mi sino y no hubiera terminado por abandonar mis ilusiones de muchacho y hasta recordar cada vez menos la misma isla sin nombre de mi pueblo, como un sueño de infancia, casi como si no existiera realmente. La verdad es que ahora, cuando repaso mi vida, pienso que he sido tan egoísta como gilipollas, siempre he hecho los oficios más jodidos, más mal pagados y al mando de otras gentes, casi ninguna más lista ni más culta que yo, pero sí más pilla, aparte de que yo he tenido ilusiones, pero no ambiciones y siempre fui culo de mal asiento, nunca me compro-

metía con nadie más que de palabra y en cuanto algún patrón me jugaba una mala pasada o yo me cansaba de cualquier tarea, le enviaba a hacer puñetas, sin dar explicaciones ni meterme en peleas, eso no, desde luego, son tan incómodas como peligrosas. En el cargo que más he durado es en el último, casi cuatro años, haciendo viajes por tren —cómo se bambolea éste, vamos a descarrilar en alguna curva por exceso de velocidad, bah, no me importaría terminar así, viajando—, como sustituto de un representante de artículos de plástico, entonces ganaba dinero a comisión, suficiente para buscarme un alojamiento algo decoroso y di con la pensión de doña Nati, qué sorpresa y qué alegría, sobre todo la mía al saber que llevaba muchos años viuda, por decirlo así, y que le iba bien en su actual negocio. Esta vez no fue que yo abandoné, a pesar de resentirme de reuma, artrosis o lo que sea, sino que el fabricante de plásticos, nunca llegué a conocer directamente la casa ni dónde estaba, quebró hace tres años y como yo carecía de contrato, seguros sociales y demás, me quedé definitivamente en el paro, sin tener siquiera derecho al subsidio. Está visto que a mí me pasa lo que dice don José, que «unos nacen con estrella y otros nacemos estrellados» y que «quien nace para ochavo nunca llegará a cuarto»... Si no fuera por la *Cachas* que me quiere como a un hermano, qué sería de mí, como es tan legal, ya desde que me alojé en su pensión, me inscribió en el registro de la policía y luego en el censo, aunque yo jamás he ido a votar, me da igual que mande Pedro que Juan, todos los políticos son unos hideputas y ninguno me sacará de pobre, don José dice que yo soy anarquista. El caso es que al presente, ella está obsesionada por mi subsidio de vejez, aunque no me corresponde hasta dentro de tres años, ya se está ocupando del papeleo y hace un mes me hizo escribir al Ayuntamiento del que dependía mi aldea, pidiendo contra rembolso mi partida de nacimiento. Y aquí viene lo bueno o lo malo, según se mire: resulta que la semana pasada recibo un sobre no sólo conteniendo el documento solicitado, sino acompañado de un oficio de la alcaldía requiriendo en corto plazo mi presencia personal

para hacerme cargo de la herencia de mis padres, que estaba a punto de ser expropiada por la propia comunidad municipal, mediante la indemnización que me correspondiera. Cuántas emociones de golpe, cuando tenía casi olvidado el lugar donde nací, me volvió su imagen completa, incluso con su isla en el horizonte y la ilusión de conocerla, también me di cuenta por primera vez de que mis padres, si vivieran, tendrían casi cien años y sentí pena y curiosidad por saber si él volvió y cómo y cuándo faltaron los dos, pero sobre todo, me llenó de satisfacción saberme dueño de algo que valía dinero, no por mí, que lo aprecio poco, sino mayormente por la *Cachas*, para no ser un parásito suyo el resto de mi vida, aparte de que ella misma no puede durar muchos años. Se puso contenta que no veas, lo mismo que don José y los tres juntos pasamos varias horas tomando café y buen coñac, haciendo cálculos de lo que podría valer mi terreno, así como planes para colocar mi capital de la forma más productiva, que quizá fuera asociándome con la propia doña Nati, para heredar también su negocio cuando faltara. Qué buena mujer es, lo primero que tengo que hacer en Madrid es comprarle un regalo importante, creo que un chaquetón de pieles, éstas siempre le gustaron, tan generosa como siempre, me ha prestado todo el dinero necesario para este viaje. Qué diferencia el de ida a éste de vuelta, con tanta pesadumbre en el pecho, a cualquiera le pesaría, aun siendo tan descastado como yo. Esperaba llegar a mi aldea como forastero, pero no encontrarme con un pueblo completamente desconocido, diez veces mayor, con chalets, restaurantes, cafetería, cine y hasta edificios de pisos junto al mismo mar, donde han formado un verdadero puertecito, en el que se ven amarrados veleros y lanchas motoras, en seguida pensé que en éstas no me mareo y que en cuanto recibiera mi dinero, me daría el gusto de alquilar una para contornear la isla, y hasta desembarcar en ella, es lo único que se ve igual que siempre, en la raya del horizonte, como el lomo de una ballena gris. Yo no reconocía nada del lugar ni tampoco las personas a las que pedí información se acordaban de mi familia, aunque les explicaba que había

nacido allí y el nombre de mis padres y el exacto lugar de nuestro caserío. Cuando di con el edificio que me indicaron como Ayuntamiento, también de nueva planta, tuve que aguardar dos horas en el portal de entrada hasta que fui recibido por la secretaria del secretario y, media hora después, por él mismo, un chico de unos treinta años, barbudo y desaliñado, que también era el encargado del Registro Civil y conocía mi caso, aunque tras hacerme mostrar mi carnet y su propia carta, me dio a firmar unos impresos y me dijo que volviera al día siguiente a mediodía, cuando recibía el alcalde. Era precisamente mediodía y, mira por donde, cuando salía de allí, me encuentro en la misma puerta con un hombre de mi edad, aunque más grueso y mucho mejor vestido que yo, nos miramos de hito en hito, vacilamos, decimos a la vez cada uno el nombre del otro, en fin, nos reconocemos y nos damos un fuerte abrazo. Era Gil, el chico rico que me prestaba libros sobre islas maravillosas que nunca encontré. Lo primero que me dice, llevándome al bar de al lado, a tomar un café de pie ante el mostrador, es que ahora, el pueblo ya no es pedanía, sino municipio autónomo y que él es el alcalde, por un partido de derechas que tiene allí mayoría, por lo cual le felicito de corazón. De seguido, me dice cuánto se alegró al recibir mi carta, qué dónde había estado perdido tantos años, que mi madre había muerto hacía diez, recogida en el asilo provincial, que mi casuca y el prado no eran más que un montón de ruinas, que yo le tenía que contar mis aventuras por el mundo, que él, por desgracia, no se había movido de allí, que por suerte, le iba muy bien económicamente y políticamente, que ahora tiene tres hijos y diez nietos, que todo estupendamente... Volví a alegrarme, eludiendo confesarle mi fracaso y nos centramos en el asunto que me llevaba al pueblo y, entonces, Gil me dijo que si yo no quería que me expropiaran la pequeña heredad, tasada por lo bajo para la indemnización legal, él me podría arreglar su venta que me convenía mucho más, un kilo de *pelas* ofrecía una inmobiliaria que quería levantar en mi terreno un hotel para veraneantes. Claro que acepté lo segundo, y él me aseguró que se encargaba de arreglarlo todo

en tres o cuatro días, mientras yo me alojaba en la fonda que me recomendó, se portó conmigo fenomenalmente, aunque guardando las distancias como cuando éramos niños, no me llevó a su casa ni me hizo conocer a su familia y me envió con el secretario a ver mi terreno, qué desolación... Pero la verdad es que yo estaba contento, hasta que, en una de nuestras entrevistas, ya que Gil era intermediario mío con los compradores, fijamos el precio definitivo —total, novecientas mil, porque había que descontar un diez por ciento de no sé qué comisiones a no sé qué terceras personas—, tomamos una copa juntos en el mostrador del bar, yo me puse eufórico y se me ocurrió decirle:

—Hombre, Gil, ¿te acuerdas de nuestra isla? Ahora no me iré sin verla y, si no es mucho pedir, te invito a acompañarme.

Hizo un gesto raro, echando la cabeza atrás, me contestó de prisa:

—No, gracias, ya la conozco, allí no hay nada que ver, sólo pedruscos, matorrales de tojos y tres o cuatro pinos viejos.

—¿Sigue sin tener nombre?

Aún le noté mayor apuro al responder:

—Ahora ya lo tiene.

—¿Sí? ¿Cómo se llama? —y me reí tontamente.

—La isla del ahorcado. Eso le dice todo el pueblo.

—¿Y por qué ese nombre tan feo?

—Se lo pusieron hace lo menos treinta años, cuando atracó allí una barca de pesca en apuros y dieron con un esqueleto colgado de un árbol por un cable gordo.

Sentí como un pálpito y pregunté con ansia:

—¿Quién era?

—Pues no se supo nunca con certeza. —Gil vacilaba, miraba al suelo, hablaba con voz lenta y desganada—. Debía llevar allí mucho tiempo, según el forense, unos diez años. Se supone que era alguien de aquí, algún huido cuando la guerra o la posguerra, tal vez uno del maquis cuando lo exterminaron. Ten en cuenta que entonces yo era muy joven, como tú, estaba estudiando en la capital, no me enteré bien de aquella historia.

Gil mentía, era evidente que mentía, mientras a mí me latían el corazón y la cabeza, y me empeñaba en saber más detalles, que él iba soltando uno a uno, sin ganas de hablar: era otro misterio cómo aquel hombre llegó hasta la isla, se suponía que no fue solo, sino conducido allí y tampoco pudo ahorcarse él mismo, es decir, no debió de ser un suicidio... Yo interrumpí con violencia:

—O sea, que fue una ejecución, un crimen, un asesinato.

—Posiblemente, quién sabe, sería una de aquellas cosas que pasaban en la guerra —dijo Gil.

—¿No encontraron nada suyo, algo que lo identificara? —dije yo.

—Bueno, después de tantos años y con la humedad del mar, ni rastro de ropas, sólo el esqueleto mondo. —Se calló un instante, como vacilando antes de añadir—: Pero sí, algo encontraron en el suelo, al mismo pie del árbol, aunque no es seguro que le perteneciera...

—¿El qué? —insistí yo, sin disimular mi angustia.

—Pues, hombre, nada extraordinario, después de todo: una medallita de la Virgen del Carmen, toda roñosa, pero igual que muchas otras que llevan los pescadores y las gentes de por aquí.

Nos quedamos los dos callados, apuramos nuestros vasos sin hablar más de aquel asunto, pero los dos sabíamos a qué atenernos. Fue ayer mismo, cuando se firmó el contrato de compraventa de mi terreno, en el mismo despacho de Gil en la Alcaldía y recibí el cheque que llevo en la cartera: una vez que compradores y testigos se fueron y nos quedamos los dos solos, después de darle las gracias por todo, cuando le alargué la mano para despedirme, no pude menos de decirle:

—¿Quién tiene la medalla del ahorcado? Me gustaría verla.

—La tengo yo —respondió, ahora sin vacilar.

Abrió el cajón de su mesa y sacó de él una cajita de cartón que me entregó sin mirarme, dijo que tenía mucha prisa, me dio un medio abrazo rápido, menos fuerte que al encontrarnos, y salió por delante de mí, sin más. Cuando estuve en la calle, saqué la medalla, que ahora mismo llevo en el bolsillo, y me

puse a mirarla atentamente. No tiene cadena ni el cordón que yo conocía, está completamente negra, no estoy seguro de que sea la de plata que mi padre llevaba al cuello desde que mi abuela se la puso cuando nació, aunque lleva grabada por detrás la fecha, 4-V-1909, el último número no se ve claro, está muy gastado, lo mismo puede ser el nueve que un siete o un uno. Ni qué decir tiene, me vuelvo sin ir a la isla que ahora tiene un nombre que ya no podré olvidar. Estoy confuso, no sé si el golpe que acabo de recibir es de buena o de mala suerte, cuando cuente a la *Cachas* lo que me pasa, no se lo va a creer, dirá que sigo tan fantasioso como siempre y que me tengo que quitar de la cabeza esta mala idea.

(1988)

MAREMOTO

A la memoria de Daniel Sueiro, cuyo cuento «El día que subió tanto la marea» yo no conocía cuando escribí este sueño mío.

Ciertamente, no faltaron avisos ni premoniciones. Este verano venía resultando extraño, insólito, no sólo en nuestras latitudes sino también en otros lugares del mundo muy diversos y distantes entre sí. Los medios de información, con su consabido estilo catastrofista, daban casi a diario noticias de bruscas alteraciones meteorológicas: «olas de calor tórrido», «gotas frías inesperadas», «nubes de polvo sahariano», «vientos huracanados», «lluvias torrenciales», desbordamientos fluviales», «temporales marítimos», «ciclones devastadores», «temblores y corrimientos de tierras», en fin, toda suerte de fenómenos anómalos, más o menos dañinos, comentados con deprimentes augurios de su repetición indefinida. Pero, de hecho, ninguno había afectado directamente a este privilegiado rincón de la costa, de

clima suavemente fresco y mar casi siempre calmoso, gracias a que sus ímpetus se atemperan en una profunda bahía que más bien parece un gran lago o un anchísimo estuario, de modo que las rompientes del oleaje oceánico sólo se pueden contemplar de lejos o alargando el paseo hasta los promontorios laterales. Sin embargo, este año más que otros, hemos tenido nieblas, calimas y repentinos chaparrones, aparte de que los bañistas encontrábamos las aguas inusitadamente inquietas, con alternadas corrientes cálidas y gélidas y un excesivo removimiento de su fondo arenoso en las mareas, que al bajar, lo dejaban lleno de hoyos no sólo molestos sino peligrosos, como pisoteado por piafantes caballos submarinos. A pesar de todo, yo estaba más sorprendida que alarmada y pensaba que el afán sensacionalista del periodismo moderno estaba hinchando más que nunca la típica «serpiente de verano», sin impedirme el apacible disfrute de mis cortas vacaciones profesionales.

Yo me alojo siempre, desde hace muchos años, en la misma habitación del mismo hotel, entrañable vejestorio modernizado confortablemente, pero en detrimento de su primitivo estilo «*belle époque*», cuando se edificó a principios de siglo en una depresión rocosa del terreno que orillaba el mar y que, sin duda, en tiempos remotos, fue una ensenada de la misma bahía. Ahora, todo el lugar está urbanizado por completo y constituye un barrio residencial a unos tres kilómetros de la ciudad, principalmente habitado en la temporada veraniega y cuyo centro es una gran plaza, ubicada en la parte más honda de la zona y que tiene forma de triángulo escaleno: en su lado más corto, se alza mi hotel, que forma ángulo, a su derecha y tras una calle intermedia, con el lado mediano, donde se alza otro edificio de la misma época, pero transformado más lujosamente, con un gran cuerpo central alargado y dos torres laterales, todo profusamente adornado con torrecillas menores, columnas, semicolumnas, frontones, arcos, balconadas, lucernas, medallones, escalinatas y guirnaldas, y cubierto de estuco blanco luminoso, hasta fosforescente por la noche. En sus pisos superiores está el Gran Casino, tipo «Costa Azul» de los años veinte, pero en

sus bajos se suceden variados y pequeños establecimientos modernos: bares, cafeterías, restaurantes, heladerías, discotecas, tiendecitas de *souvenirs* y demás locales propicios al consumismo veraniego, que en los días buenos, amplían sus negocios al exterior ocupando con mesas, sillas, sombrillas y tenderetes las anchas terrazas pavimentadas de colores, entre parterres floridos y tamarindos, con bancos públicos pintados de vivo azul Prusia. Este segundo lado del triángulo se prolonga, cortado por dos o tres calles perpendiculares, con otros edificios hoteleros y algunos chaletitos particulares, hasta unirse, en lo más alto de la plaza, con el opuesto, el tercero y el más largo del escaleno, formado por la vía de circulación principal que, en la plaza misma, bordea una gran explanada rectangular, pavimentada con cemento liso y con balaustrada de fábrica en la parte que da al mar, mientras que en la interior discurre una ancha acera o paseo entre doble hilera de viejísimos tamarindos retorcidos, cuyas melenudas cabezas se vuelven locas en los días de viento. En un extremo de dicha planicie, que forma una gran cornisa sobre la playa, hay un restaurante-cafetería, el único junto al mar; y hacia el centro de la misma llanada, que parece la cubierta de un barco portaaviones pegado a tierra, se abre, como una escotilla, un hueco rectangular, también rodeado de balaustrada, con dos escaleras enfrentadas por las que se desciende a una especie de subsuelo, donde están los vestuarios, váteres, almacenes de toldos y sombrillas y demás servicios playeros, que se asienta sobre pilastras hundidas en la arena hasta apoyarse en roca firme y desde el cual, por otros cuantos escalones y varias rampas estrechas, se baja directamente a la misma arena de la playa. Ésta tiene forma de concha —y así se llama—, que desciende y se ensancha suavemen hasta el mar, que a su vez, se va abriendo hasta perderse en el horizonte, como un inmenso paipai del color del tiempo, es decir, con sus aguas azules en los días de pleno sol, verdosas cuando alternan nubes y claros, y grises cuando el cielo está encapotado; pero siempre, tornasoladas de infinidad de colores cambiantes que no logra captar ningún pintor...

Queda por describir lo más importante de este relato: arriba, en la misma explanada donde se asienta la cafetería-restaurante, pero al extremo completamente opuesto —en el ángulo más próximo a mi hotel—, justamente donde termina el pavimento asfaltado y su correspondiente balaustrada, donde el suelo es ya de tierra y al borde mismo del talud que da al mar, *había* —y subrayo este verbo en pasado, como haré con todos los de referencia común al suceso que lo motiva—, *había* un pequeño pabellón de una sola planta, casi cuadrado, de fea estructura y paredes cada vez más deterioradas por la intemperie, que tenía sobre su única puerta despintada un gran letrero negro diciendo: ACUARIUM-VIVARIUM... Este local *solía* ser frecuentado, quizá sólo en la temporada veraniega, por niños con sus papás o niñeras y por grupos de excursionistas que consideraban indispensable completar así la visita turística a esta ciudad marítima, amén de algún curioso, como yo misma, que lo encontraba rudimentariamente instalado y de pobre contenido zoológico, a pesar de su pomposo título. Al trasponer su puerta, sobre la que se *veía*, colgado al exterior, un cuadrito con el horario de visitas y, además, el de las mareas de cada día, se *daba* con un hombre, único empleado del recinto, que *cobraba* y *controlaba* la entrada, en una especie de vestíbulo, del que se *pasaba* a otra pieza poco mayor, cuyas paredes *estaban* adornadas con unos cuantos animales disecados —un par de focas, un cachorro de morsa, tres o cuatro pingüinos enanos, un mondo esqueleto de pez sierra, una hermosa concha de tortuga carey— y de cuyo techo *colgaba* un albatros que *parecía* sobrevolar amenazadoramente a los visitantes, aunque sólo *dejaba* caer sobre ellos polvo y alguna pluma apolillada. Y en un rincón de la misma sala, *sorprendía* la presencia de un pequeño mono vivo, encerrado en una estrecha jaula de madera, innecesariamente, dada la indudable decrepitud del animal, que *devoraba* cuantos cacahuetes y terrones de azúcar le alargaban los niños, enseñándoles unas encías desdentadas, como en sonrisa de gratitud. En otra nave contigua mucho más amplia, *estaban* los acuarios propiamente dichos: ocho o diez recipientes de ce-

mento, en compartimientos estancos, empotrados a cierta altura, a los dos lados de un corredor y cada cual con su grueso vidrio frontal y sus tubos de alimentación e iluminación bien visibles. Sus fondos arenosos se *adornaban* con rocallas, caracolas, madréporas y conchas dispersas y en sus aguas demasiado verdes, quizá debido al color del cristal protector, se *agitaban* algas semiflotantes. Allí, entre burbujas de aire, se *exhibían*, repartidos en los diversos receptáculos, ejemplares de la fauna marítima, casi todos ellos, del propio litoral: jargos, cabrachos, sanmartines, pintarrojas, cabezudos y otros pececillos anónimos de los que se pescan fácilmente en los arrecifes que limitan la bahía, amén de unas cuantas lubinas de distintos tamaños y varios lenguados y rodaballos que *dormitaban* sobre la arena. Los platos fuertes —que sin duda, mejor estarían guisados a estilo regional— *eran* dos hermosas doradas, un solitario bogavante que apenas *movía* patas y antenas y un gran mero que, de vez en cuando *giraba* sobre sí mismo o *acercaba* al vidrio su cabezota, con los ojos desorbitados y la boca entreabierta mostrando los agudos dientes, como un payaso triste que intentara asustar a los pasmados escolares procedentes de los secanos mesetarios. Por supuesto, cada compartimiento acuático *tenía* al lado el debido cartelito con los nombres científicos de la especie marítima que *albergaba*, pero escritos en latín, y casi todos sin la traducción a su nombre vulgar, tal vez porque no todos *coincidían* con sus respectivos inquilinos, ya que éstos sin duda *eran* cambiados o renovados con forzosa frecuencia, dadas las malas condiciones de su prisión.

La cosa ocurrió ayer, domingo, día que, como todos los de descanso laboral, origina un masivo descenso de los habitantes de la ciudad a esta zona de recreo. Desde la víspera, yo me sentía acatarrada, con dolor de garganta y de cabeza, incluso debía tener fiebre —aunque carezco de termómetro para comprobarlo—, quizá por haber prolongado mi baño marítimo para aliviar el calor insólito. Advertí entonces que el mar había en-

trado en calma chicha, ni siquiera mostraba en su borde la blanca y estrecha puntilla habitual y, también contra su costumbre, no ronroneaba como un gato contento sino que gruñía sordamente y, a ratos, hasta rugía como un tigre reprimido pero enfadado por alguna razón; mientras que por el cielo bogaban nubes sueltas de color plomizo, como gigantescas ballenas preñadas que, una tras otra, rompían aguas sobre nuestro poblado —uno de sus fríos chaparrones me cayó encima, al volver de la playa— y luego tomaban rumbo hacia el sureste, sin duda, a soltar el resto de su carga tierra adentro. Sin embargo, al anochecer del mismo sábado, el cielo se había despejado y ayer también lo estaba relativamente, ya que su azul era blanquecino, como velado por una gasa traslúcida que filtraba la luz de un sol sin rayos pero extraordinariamente ardoroso. Decidí no bajar a la playa, que está a pocos metros de mi hotel, sin más que cruzar la calzada para pisar la gran explanada en cuyo centro se abre el escotillón que lleva a la misma arena. Me tomé un par de cápsulas antigripales tras el desayuno y me senté junto a mi ventana, que está en el tercer piso, en la fachada delantera del hotel: desde ella, domino todo el soberbio panorama descrito, tanto el natural como el urbano, a una altura inferior a la de las gaviotas que surcan el espacio por las tardes, pero ideal para el ojo humano; y también veo el variado espectáculo que se va desarrollando a lo largo del día, incluso hasta altas horas de la madrugada cuando hace buen tiempo, en la plaza, cuyo suelo se va elevando suavemente hacia las calles que de ella arrancan, igual que la doble calzada que bordea la explanada y se dirige hacia la ciudad, cerrando en el cambio de rasante el ángulo más agudo y alejado del triángulo escaleno, exactamente frente a mí. Así es que, como cada día —soy insomne y madrugadora—, veo a primera hora algunos *joggers* trotando por el paseo de tamarindos y, en el mar inmóvil, dos o tres nadadores aislados y un barquito muy lejano que debe de ser el habitual guardacostas matutino; veo, en la playa, la máquina rastrilladora que silenciosamente limpia y nivela la arena y, tras ella, unos hombres colocando toldos multicolores

en doble fila paralela; veo y oigo cruzar la plaza los primeros autobuses, coches y motos, con excesiva velocidad, abusando de la escasez de tráfico a esta hora; veo a diferentes empleados municipales recortando setos y parterres, vaciando papeleras públicas, recogiendo y metiendo en el camión triturador toda clase de envases y desperdicios acumulados al borde de las terrazas, barriendo y regando toda la plaza, dejándola fresca y pimpante, como doncella dispuesta a la cotidiana violación de las multitudes; veo a los camareros de las cafeterías ordenando al aire libre mesas y sillas, desplegando grandes sombrillas de colores vivos con anuncios de bebidas; veo que, al avanzar la mañana, turismos y autobuses van descargando al mismo borde de la explanada, sucesivas oleadas de gentes de ambos sexos y de toda edad, vestidas con abigarrado informalismo; veo que llegan caravanas ruidosas de motos de todos los tipos y precios, que aparcan encima de las aceras y de las que bajan chicos y chicas *pijos*; veo que unos y otros se van hundiendo por el escotillón descendente a la playa, para reaparecer en ésta, que se va cubriendo de cuerpos más o menos desnudos, unos que se internan en el mar, otros que chapotean a su orilla, muchos que corren y juegan en su franja húmeda o se acomodan bajo toldos y sombrillas y la mayoría que se tumban indefinidamente al sol indeciso, para ennegrecerse como tratamiento de belleza; veo que arriba, la explanada en cornisa se va llenando de paseantes entre los tamarindos, de mirones que se apoyan en la balaustrada, de niños que juegan a la pelota o montan pequeñas bicicletas bajo la atenta vigilancia de niñeras, abuelas o mamás, alguna de éstas, empujando carrito con bebé, además de soportar el peso de su propia barriga hinchada; veo que en la terraza-restaurante de un extremo se va sucediendo desde primera hora una clientela mesocrática variopinta: desayunantes de chocolate con churros, turistas que toman zumo de naranja y huevos fritos con beicon, solitarios consumidores de café que leen los periódicos del día, matrimonios maduros que hacen la mínima consumición en la máxima cantidad de tiempo y más tarde, aficionados al aperitivo, con o

sin alcohol, acompañado o no de aceitunas, almendras tostadas, rabas y patatas fritas, en fin, todo tipo de personas abstemias de los placeres acuáticos por alguna razón, entre las que predominan señoras de la tercera edad y aun de la cuarta, muchas de ellas, gordas y bisontizadas por la artrosis cervical, que forman tertulias parlanchinas en torno a las mesas y que ofrecen a mi vista la más fascinante colección de cabezas femeninas, más o menos pobladas y bien peinadas, pero todas de diferentes colores, constituyendo el muestrario más completo de tintes de pelo: dorados, plateados, rojizos, pajizos, azules, plomizos, violáceos, negros retintos, muchos hasta veteados con mechas de otros matices; veo, al otro extremo opuesto, ante la puerta del *Acuarium-Vivarium*, una disciplinada cola de colegiales uniformados, alguno de los cuales quizá ve el mar por primera vez y se siente decepcionado, pensando que la realidad nunca es tan bella como sus imágenes artísticas, ya que hoy precisamente, esta superficie de agua casi inmóvil y de un color grisáceo, más se parece al pantano de su pueblo natal que a los grandes oleajes espumosos rompiendo con estruendo en gigantescos acantilados contemplados con frecuencia en el cine y la televisión... (Sé que esta multitud promiscua y bullanguera se irá renovando a todo lo largo del domingo en todos los recintos de la zona, que se irá disolviendo al caer la noche y que, en la plaza, será la parte del Casino, fuertemente iluminado, la que atraerá a otra clase de público mejor vestido, más silencioso y más vicioso, mientras que la playa y la explanada sobre ella quedaran solitarias y casi a oscuras, sólo visitadas por alguna pareja que así las busca y acaso, por el típico contemplador del mar, cuya negrura será racheada a intervalos matemáticos por lampazos de luz provinientes del faro situado en el lejano promontorio que cierra la bahía por el norte, donde quizá se vean también algunas lucecitas emparejadas, de las barcas que faenan la sardina.) Veo, en fin, que todo el mundo es o parece feliz disfrutando como puede este día festivo, por cierto, el más caluroso del verano, sin una pizca de brisa que alivie el pesado ambiente. Y pasado el mediodía, cuando mayor gentío

abigarrado puebla la plaza, veo que comienzan a subir las aguas del mar. Lo veo, al principio, sin dar importancia al hecho, como tampoco parece dársela nadie, ya que ahora es la época de las grandes mareas. Pero veo que pronto se produce un movimiento de atención, sobre todo, entre los mirones acodados en la balaustrada que domina la playa, algunos de los cuales se acercan a consultar el cartelito que indica los horarios y comprueban que esta subida no corresponde a la prevista. Veo que se propaga la extrañeza, pronto convertida en inquietud y que la mayoría de los bañistas salen del agua y los que se asolean se trasladan con sus bártulos a más distancia de la orilla, lo que tienen que hacer más de una vez, ya que el mar sigue avanzando lentamente, sin ruido y sin oleaje, pero sin retroceder ni un punto rítmicamente, como hace en las mareas normales. Durante algún tiempo, la multitud semidesnuda parece renuente a suspender su disfrute, pretende prolongarlo retrocediendo hacia el terreno de los toldos, termina por invadirlos, entre protestas de sus inquilinos de pago; pero veo que cuando las aguas llegan hasta ellos, unos y otros se alzan del suelo y se van retirando hacia atrás, sin dejar de mirar hacia la creciente superficie serena, donde sólo se ven gruesas burbujas, parecidas, aunque son mucho mayores, a las que hace el agua en una olla puesta al fuego cuando está a punto de hervir; veo que la zona de arena más próxima al talud terrestre se hace cada vez menor hasta ser una estrecha y compacta franja de seres humanos, que empieza a deshacerse, a medida que sus componentes son alcanzados por la crecida y que terminan, ya con franca alarma, por abandonar toda la playa: los más jóvenes y vigorosos trepando por las laderas —algunos riendo con regocijo, ante la insólita diversión—, mientras la mayoría se agolpan, arrastrando niños y bártulos playeros, en las escasas rampas y las estrechas escaleras que suben al subsuelo y luego a la gran explanada que lo techa. Veo que por su escotillón surge la gente como vomitada en masa, atropellando niños que lloran y mujeres que protestan a gritos contra la ley de los más fuertes; veo que, entretanto, los ocupantes de jardinillos y terrazas, los pasean-

tes entre los tamarindos, los peatones, los automovilistas y los motoristas que circulan por la plaza, miran hacia la gran explanada, acuden a ella con premura, la ocupan por completo, intentan asomarse al mar, por encima de la fila de mirones de la balaustrada; veo que todos ellos, los vestidos y los semidesnudos, gesticulan, manotean, comentan, opinan, discuten lo que está sucediendo, oigo de repente, sobre el agitado tumulto, una gran voz masculina pronunciando una sola palabra: ¡MAREMOTO! y veo que, aunque algunas personas niegan con gestos y palabras que este fenómeno tenga las características propias del así llamado, la mayor parte de ellas comienzan a huir, se dispersan por toda la plaza, forman grupos agitados en las paradas de los autobuses, toman éstos por asalto, mientras otras huyen en sus vehículos o caminan a toda prisa hacia las empinadas calles del entorno o bien se refugian en los edificios próximos, casi todos éstos, residencias veraniegas, incluso entran en la mía, sean o no sus huéspedes; veo que, entretanto, las aguas llenan por completo la playa, rebasan el basamento de la balaustrada, rebosan por la escotilla central e inundan en seguida la explanada, dada su llana superficie; veo y no puedo evitar la risa, que en la terraza-restaurante, las señoras bisontizadas de cabelleras variopintas, que hasta ahora se habían resistido a dejar sus aperitivos a medio consumir, se levantan precipitadamente y se marchan sin pagar; admiro la serena dignidad de una de ellas, portadora de bella peluca gris con moño en la coronilla, que termina de consumir tranquilamente su *biter* sin alcohol y sus aceitunas rellenas, llama y espera al único camarero que aún asoma su cara asustada a la puerta del establecimiento, le abona su consumición, le da propina, se pone en pie y, sin mirar a ningún lado, empieza a caminar sin prisa por el suelo mojado, apoyándose con elegancia en un bastón y se pierde paseo arriba, en la rasante, abandonando la zona amenazada como si lo hiciera por gusto o creyera que se trata de un hecho insignificante o le importase un bledo su posible trascendencia; veo, al otro lado de la misma explanada, las últimas personas en abandonarla, que son los visitantes del acuario y

que huyen dando muestras de estupor y pánico ante la continuidad de la extensión marina, de la que apenas sobresalen las balaustradas del exterior y de la escotilla, de modo que, ahora, el barco portaaviones es como un submarino a punto de sumergirse; veo que las aguas se derraman por toda la plaza, donde sólo chapotean aún algunos jovenzuelos juguetones y hombres calzados con altas botas de goma retirando cuanto pueden de las terrazas, del quiosco de los periódicos, de la cabina telefónica, de los puestos de helados, de los tenderetes de baratijas, de todo el tinglado comercial al aire libre; veo que delante de mi hotel, situado en la parte más baja de la zona, se forma una especie de piscina que va creciendo hasta que toda aquélla es prolongación del mar; veo que éste sigue creciendo lenta, apacible pero inexorablemente, anegando los bajos del Casino y de mi propio hotel, cuyos huéspedes tienen que abandonar el *hall* de recepción, el salón de la TV, el comedor, la cafetería, en fin, todas las dependencias de uso común, para refugiarse en sus respectivas habitaciones de los pisos superiores, a cuyas ventanas se asoman racimos de rostros despavoridos; veo que el mar sigue hinchando el pecho silenciosamente, como haciendo una profunda y larguísima inspiración de aire, que sube y sube sin prisa y sin pausa, con una especie de paciente sorna, cual si quisiera dar tiempo a los humanos para que le cedan por las buenas los territorios que fueron de su exclusivo dominio hace miles de años; veo que, cuando sus aguas alcanzan los dos pisos inferiores de mi hotel, sus inquilinos suben a los más altos, invadiendo, a su vez, las habitaciones ajenas, entre ellas la mía, y que junto a mí, ante mi ventana, se agolpan personas medio enloquecidas que lloran, que rezan, que comentan la catástrofe, que vaticinan su consumación, que la suponen el comienzo del Juicio Final, que recuerdan cómo estamos rodeados por todas partes —nuestro hotel forma manzana entera— o sea, en una isla que pronto será un gran catafalco sumergido, con más de cien cadáveres, aunque no falta alguna voz optimista que prevé la pronta aparición de helicópteros salvadores; veo que las aguas, siempre crecientes, han superado ya el

segundo piso de nuestro edificio y que igual ocurre en el Casino, del que sólo emergen las dos torres laterales y el tejado del cuerpo central con sus artísticos pináculos; y que al otro lado, a mi izquierda, no se ve más que mar y la parte superior de la torreta del restaurante-terraza, pero nada en absoluto del *Acuarium* ni de los tamarindos que flanquean el paseo paralelo a la doble vía circulatoria; y que uno y otra sólo reaparecen a lo lejos, en el cambio de rasante, hasta el cual ha llegado la crecida, formando una ensenada que profundiza la bahía. Mientras, en torno mío, dentro y fuera de mi cuarto, crece la algarabía de personas angustiadas, yo estoy muy tranquila, tengo un extraño sentimiento —que no puedo comunicar a mis acompañantes—, mezcla de asombro, confianza y hasta complacencia solidaria con el comportamiento del mar. Y veo de pronto, que ha cesado de subir, que su nivel lleva unos minutos parado unos dos metros más abajo de mi piso y que ahora, completamente lleno, jadea casi imperceptiblemente, como si descansara de un extraordinario esfuerzo. Me desentiendo por completo de todo el jaleo interior y concentro mi atención en el prodigioso espectáculo externo: en la inmensa piscina que es toda la plaza y sus aledaños, no se ve un alma; las aguas que, al principio de su crecida eran turbias y grisáceas, han recobrado su natural transparencia y un maravilloso color verdeazulado y, en ellas, flotan o semiflotan multitud de objetos de todos los tamaños, formas y colores, que identifico con absoluta nitidez: bancos, sillas y mesas de madera o de acrílico, tablas de *surf*, velas de *windsurf*, toldos, hamacas, ruedas y colchones neumáticos, bolsas, cajas, gorros de baño, vasos de plástico, botellas vacías, zapatillas, peines, prendas íntimas, tubos de cosméticos, juguetes infantiles, *dodotis*, compresas higiénicas, sombrillas abiertas invertidas que parecen barquichuelas con su mástil, toda la infinidad de cosas hechas con materiales ligeros que los humanos usan en sus esparcimientos veraniegos. Veo que todo ello gira en una especie de *ballet*, como coreando a otro más asombroso, que me causa ternura y risa incontenible: entre tanto caos, nadan vivamente, alegremente, con los movimientos más

graciosos que se pueden imaginar, los habitantes del *Acuarium-Vivarium*: el mero, las lubinas, el centollo, los cabrachos, los cabezudos, los pececillos anónimos, incluso medusas y caballitos de mar... Y veo que, entre ellos, también flotan pero inertes, los animales disecados: las focas, el bebé-morsa, los pingüinos, hasta el esqueleto del pez espada, la concha de carey vuelta del revés y el albatros con sus enormes alas extendidas. Y todo esto sucede en un silencio absoluto, en unas aguas insólitamente esmeraldinas, bajo un cielo color perla irisada que, en cierto momento, deja asomar un brillantísimo disco solar sin rayos que ilumina como un foco teatral el fantástico escenario, y lo asemeja a una postal chillona o una película en exagerado tecnicolor. Veo luego algo igualmente extraordinario: el mar está bajando más de prisa que subió y, según retrocede en leves impulsos, como latidos cardiacos, se va llevando consigo exclusivamente a las criaturas que le pertenecen, sólo ellas y no sólo las vivas, sino también las disecadas: como una madre entrañable, la mar, en femenino, según la llaman los que mejor la conocen, rescata a los suyos, incluso a los muertos —quién sabe hacia qué cementerios submarinos—, respetando o desdeñando las pertenencias de los terrícolas... Todo es absurdo, inverosímil, surrealista y, al mismo tiempo, es verdadero ante mis ojos maravillados... Al anochecer, las aguas se han retirado casi por completo de la plaza y en ésta se ven dispersas o amontonadas entre una especie de magma barroso, las innumerables cosas que antes flotaban, ahora mezcladas con coches, motos, jardineras, barandillas, trozos de escayola y demás cosas pesadas que se quedaron en el suelo. Veo, de pronto que, entre el fango, junto al quiosco de los periódicos volcado, hay una especie de trapo color marrón y me doy cuenta de que es el cuerpo muerto del viejo mono vivo que había en el *Acuarium* y que lógicamente, ha sido eliminado en la selección de la gran madre reivindicadora, lo que también ha hecho con el albatros, cuyo fantasmal armazón semicubierto de plumas mojadas, veo sobre la copa de un tamarindo. En todo el desolado panorama reina un silencio absoluto y comienza a caer una densa niebla

que termina por ser oscuridad completa y que me impide ver si el mar ha vuelto por completo a su cauce natural. Yo me encuentro otra vez sola ante mi ventana, me aparto de ella y me dejo caer en la cama, aunque la puerta de mi cuarto sigue abierta de par en par y por ella entran y salen diversas personas de las muchas que circulan por toda la planta, alumbrándose con linternas, encendedores, cabos de vela y efímeras llamitas de cerillas; las oigo hablar ahora, animadamente, reír, dar gracias a Dios de que el extraño maremoto no haya sido tan cruel como temían —yo pienso que ha sido bastante benévolo y divertido— y comentar sus consecuencias inmediatas: nos hemos quedado sin electricidad, sin agua corriente, sin teléfono ni televisión y los transistores portátiles no dan la menor noticia sobre lo que ocurre aquí ni de cualquier suceso semejante en ningún otro lugar del mundo; hay que alimentarse, pero apenas hay con qué, aparte las escasas provisiones de algunas señoras que suelen tenerlas en sus cuartos para no cenar en el comedor, pues en la cocina y en la cafetería casi todas las existencias están estropeadas y envueltas en barro arenoso y sólo se han podido rescatar, forzando las puertas de los frigoríficos, unas cuantas botellas de leche, de agua mineral y de zumos de frutas, gracias a sus envases impermeables y herméticamente cerrados; por lo tanto, hay que racionar rigurosamente tan parca cena; y también hay que descansar —todo el mundo está agotado tras sufrir tantas horas tensas—, lo que origina un mayor ajetreo de camareras, empleados y huéspedes voluntarios, que transportan colchones, almohadas y mantas, recabados de los roperos de reserva en las buhardillas y que invaden con todo ello las habitaciones útiles, naturalmente, también la mía, donde corren a un lado mi estrecha cama con mi cuerpo encima, para tender junto a ella, en el suelo, un enorme y viejísimo colchón que apesta a naftalina y a humedad, en el cual se instalan una pálida jovencita silenciosa y una señora gorda y parlanchina, que debe estar sorda, a juzgar por los gritos que da al hablar y rezar el rosario... Yo me siento relajada, sin ningún deseo de comer ni de beber nada, ni el menor interés por

el bullicio del otro lado de mi puerta, ahora cerrada, y que va disminuyendo poco a poco. Cierro los ojos, dejo de oír la letanía que recita mi devota huéspeda y el monótono «*ora pro nobis*» de su joven acompañante, me voy hundiendo en las profundidades del sueño...

Esta mañana he despertado un poco más tarde que de costumbre, apenas me duele la garganta y creo que no tengo ninguna fiebre. Al incorporarme en la cama, lo primero que veo es que mis dos acompañantes nocturnas han desaparecido con su colchón y sus ropas malolientes sin dejar rastro y en seguida, me doy cuenta de que mi cama ha recuperado su sitio habitual. Salto de ella, abro la ventana de par en par y mi asombro es mayúsculo al ver que todo el vasto panorama que alcanza mi vista está como si no hubiera ocurrido nada. El día es espléndoroso, con una ligera brisa marina, el cielo no tiene una sola nube, la arena de la playa se ve limpia y lisa; el mar está en su sitio, incluso en marea baja, orlado con la estrecha puntilla blanca habitual y en él nadan ya unos cuantos bañistas; los paseantes caminan plácidamente por la explanada y entre los tamarindos; las terrazas van poblándose con su habitual clientela; por la plaza recién barrida y regada circulan normalmente los transeúntes a pie y motorizados; la lujosa fachada del Casino luce su blancura impoluta. Todo está en orden, todo aquí es «lujo, calma y voluptuosidad»... Tal vez el suceso de ayer, el acontecimiento del mar rescatando a sus criaturas ha sido un sueño mío. Pero entonces, ¿por qué, ahora, bien despierta, veo que a mi izquierda, al extremo de la explanada, el *Acuarium-Vivarium* ha desaparecido? Como única huella de su existencia, queda su pequeño solar de tierra, donde una cuadrilla de obreros lo allana y lo prepara para echarle cemento y agrandar la hermosa cornisa sobre el mar. Bajaré hoy a él, para darme el baño más placentero de mi vida...

(1988)

EL VÍDEO PERFECTO

Como le fue imposible encontrar un mínimo hueco para estacionar en ninguna de las calles adyacentes a la Gran Vía, Lino se vio obligado a meter su berlineta «Fiat Turbo» último modelo, en el aparcamiento subterráneo de la plaza de Santo Domingo. Semejante tarea le molestaba física y psicológicamente y se arrepintió de haber prescindido de su chófer, por recomendación de su amigo Nardo sobre la necesaria discreción del encuentro de aquel día. Aún renegó más cuando, en la misma salida del sótano, le abordó un tipo joven mal encarado:

—Oye, tío, dame cuarenta pavos.

Lino se detuvo y con frígida cortesía, le dijo:

—¿Usted cree que ésa es manera de pedir limosna?

El otro, con una media sonrisa aviesa, le replicó:

—¿Qué quieres, que te pinche o que asalte tu Banco *pipa* en mano? Yo soy un pacifista, macho.

Lino sintió un repeluzno y, sin mirar al fulano, le soltó en la palma de la mano extendida ante su estómago, casi rozán-

dolo, una reluciente moneda de quinientas, mientras pensaba alejándose: «Voy demasiado bien vestido para caminar a pie.» (Terno de finísima franela, abrigo corto de entretiempo de puro cachemir, ambas prendas firmadas por su sastre romano «Massimo», zapatos de cien mil pesetas hechos a medida, camisa y corbata igualmente confeccionadas de encargo, aspecto general sumamente distinguido.) Salvado el mendicante obstáculo, miró su «Patek Philippe» de oro, regalo de su difunta madre que estimaba mucho, y sintió un gozo infantil por conservarlo. Vio que marcaba las dos y cuarto y tuvo que apresurar el paso, ligeramente renco, al internarse por las viejas costanillas descendentes hacia la calle Bailén. Era un hombre maduro, de estatura más que mediana, cuerpo enjuto y atlético, con una cabeza de bella línea grecorromana, realzada por hábil peinado del cuidadísimo pelo rubio entrecano y algo ralo en las sienes, cortado en melena semilarga con las puntas rizosas, al estilo de los años sesenta y que enmarcaba un rostro típicamente aristocrático, es decir, delgado y estrecho, de nariz aguileña, tez blanca muy fina, mostrando los estragos de una vida intensa, amén de algunas cicatrices accidentales en ambas mejillas, todo ello bien disimulado por los mejores cosméticos masculinos.

Dada su escasa costumbre de deambular a pie y su desconocimiento de aquella zona urbana, le resultó un poco difícil dar con el restaurante indicado por Nardo, recién instalado y aún casi desconocido. Sólo ocupaba, en un antiguo edificio cochambroso de cuatro pisos, una estrecha franja de fachada en el bajo, con llamativo revoco de purpurina plateada débilmente rosácea —color aurora, pretendía ser—, y lucía sobre la pequeña puerta un rótulo vertical en caracteres japoneses, cruzado por otro horizontal en castellano, que decía *Crisantemo*, además de que tal flor estaba representada en tamaño gigantesco y vivo tono anaranjado, como el del horizonte al salir el sol. El interior del restaurante, muy alargado hacia el fondo, resultaba más amplio de lo que hacía suponer su fachada, y su decorado, nada lujoso, aunque elegante, era más europeo que típicamente japonés. Sí lo eran, en el físico y los modales reverenciosos y

sonrientes, la recepcionista, la encargada del guardarropa y el *maître*, que salió inmediatamente al encuentro de Lino y, sin preguntarle nada, le guió hasta el mismo fondo del local, a una mesa situada en un ángulo, lejos de las demás, sólo ocupadas parcialmente, dada la hora tardía, por una silenciosa y apresurada clientela, también de raza oriental, de aspecto burocrático. Cuando Lino llegó a su lugar, los tres hombres allí sentados, saboreando aperitivos, se pusieron de pie y uno, su amigo Nardo, hizo las presentaciones:

—Señor Schostter, señor Tahosuma. —Y tras una pausa, con enfática y lenta pronunciación, el nombre del recién llegado—: Don Marcelino de Alcón y de Los Monegros.

Lino disculpó su retraso con el usual argumento de la caótica circulación madrileña, mientras el *maître*, aparte de su permanente sonrisa *urbi et orbe*, cruzaba otra especial de viejos conocidos, con su compatriota Tahosuma, y distribuía sendas cartulinas de tamaño desmesurado, decoradas en igual estilo «crisantemo auroral» que la fachada. Por unos momentos, los comensales guardaron silencio, abstraídos en la lectura de la carta, que ofrecía, en dos listas paralelas, platos de la «nueva cocina» occidental con rebuscados nombres afrancesados y los típicos japoneses, a base de arroz, pescados y mariscos crudos, salsas de soja, de jengibre y de mango, postres «de la casa», de composición tan exótica como sus nombres... Lino aborrecía la cocina oriental y, sólo por cortesía pidió primero *debinmusi*, pero el resto de su menú, de tipo francés. Los otros tres hicieron total honor al carácter exótico del restaurante. Aquellos cuatro hombres, observó Lino, sentados en torno de la misma mesa, parecían seleccionados adrede como tipos *standard* de cuatro etnias diferentes: el señor Schostter era grandullón, pelirrojo, con una enorme cara sonrosada de poros dilatados desigualmente como los del corcho y unos pequeños ojos azulísimos, de penetrante mirada inteligente; el señor Tahosuma era bajito y delgado, de edad indefinida, ya que tenía el rostro plano y amarillento sin arrugas visibles porque consistían en finísima telaraña, un pelo abundante, liso, casi azulado de puro

negro y unos movimientos ágiles aunque medidos; Nardo, a pesar de su nombre, mero diminutivo de Bernardo, no tenía el menor aspecto de marica, sino de madrileño castizo o sea, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, facciones vulgarmente correctas, tez algo cetrina, barba cerrada, pelo escaso de color castaño oscuro entreverado de canas, fea dentadura, bellos ojos árabes, risueños y sagaces, y actitudes simpáticas con todo el mundo; en cuanto al propio Lino, posiblemente el más viejo de todos ellos, se sabía encarnación decadente de la más pura raza aria. Le divertía advertir tal variedad de tipos en tan pequeña reunión, así como la charleta banal que obligadamente iniciaba toda comida «de trabajo» y que en esta ocasión consistía en una jerga babélica, o sea, un castellano de diversa entonación, mechado de abundantes palabras inglesas, francesas y hasta italianas; si bien, el tipo alemán y el japonés cruzaban de vez en cuando frases sueltas y rápidas en cualquiera de sus propios idiomas, que ambos dominaban a la perfección. El caso es que todos se entendían lo suficiente para que Nardo, ya casi a los postres, planteara el objeto básico de aquella reunión:

—Como ya tenemos hablado, mi cliente, Don Marcelino de Alcón y de Los Monegros, desea en su casa una completa instalación audiovisual, que le permita realizar sus propios filmes. Pero mi cliente quiere algo muy especial, exclusivo, fuera de todo lo convencional que se ofrece en el mercado y, por supuesto, superior tecnológicamente. Don Marcelino de Alcón y de Los Monegros ha venido para este mutuo conocimiento personal, y para que ustedes mismos le expliquen el interesante proyecto que a mí ya me han expuesto satisfactoriamente.

A Lino le chocaba mucho que Nardo repitiera su nombre y apellidos completos, precedido del *don* y le irritaba un poco que se refiriera a él como «su cliente» —cuando en realidad, era su protector y ambos tenían estrecha amistad desde hacía muchos años—, creando así entre ambos un aparente distanciamiento, cuya finalidad concreta ignoraba, aunque la suponía hábil y conveniente para sus intereses económicos. Por otra parte, sabía que su amigo era muy dado a la grandilocuencia

al ejercer su oficio de marchante de los más diversos productos, tanto artísticos como deportivos o simplemente lúdicos. Así es que soportó pacientemente, que sus tres comensales se entregaran, en dificultosa jerga internacional a una serie de comentarios, definiciones y comparaciones técnicas referentes a características de las marcas líderes en aparatos audiovisuales y ordenadores, empleando profusamente vocablos que Lino desconocía casi por completo. Él sólo hablaba y leía perfectamente un inglés de colegio, es decir, bastante anacrónico, y aunque reconocía palabras sueltas de antiguo significado usual y relacionaba algunas con el automovilismo que durante muchos años había sido su deporte favorito, ignoraba su actual aplicación concreta a la ciencia electrónica, y aún más, sus numerosos neologismos. ¿Qué diablos querían decir *pixel, iris, zoom, sterdubbing, chips, slots, bits, reset, cañón, indexade, lap time, rec speed, white balance, schutter speed* y tantas siglas constantemente intercaladas en aquella jerigonza? Él apenas intervenía en ella, con alguna frase de asentimiento o de fingida comprensión, haciendo el papel de ricacho palurdo e ignorante, cuando se sabía más culto y enterado en casi todos los posibles temas de conversación de la gente distinguida. Por ejemplo, estaba seguro de que aquellos dos tipos no sabían lo que era el *airbag*, el *box*, el *paddock*, el *pacecar* y otros muchos términos del deporte automovilista. Le dolía la cabeza, tenía necesidad urgente de esnifar su coca de sobremesa, lo que no podía hacer en público, como tampoco ir para ello a los lavabos, fea vulgaridad que jamás cometía en un restaurante. Así es que repitió varias veces en inglés y en español:

—Yo lo que deseo es un vídeo perfecto.

—*Yes, I'm so. Wi just have the formule* —dijo el señor Schostter moviendo de arriba abajo su gran cabeza de color sandía madura y apoyado por sonrientes reverencias del señor Tahosuma.

Por fin, con sus educadas formas usuales, Lino expresó su necesidad de ausentarse inmediatamente e indicó a Nardo con una leve ojeada que pidiera la cuenta. Le fue presentada en bella

caja lacada y la pagó sin mirarla, con tarjeta de crédito oro, agregó con la misma discreción una exagerada propina, estrechó las respectivas manos de sus invitados —la esponjosa y algo húmeda del alemán, la pequeña y seca del japonés, la morena y harto conocida de Nardo, que apretó la suya significativamente— y cuando este último le acompañaba hasta el guardarropa, le dijo con ironía cordial:

—Qué cerdo eres. Y cómo te las arreglas para hacer creer que sabes idiomas y que entiendes de todo... Bueno, tú sigue puntualizando lo que quiero y preparando el contrato con esos pájaros. Llévamelo a casa mañana. Y no regatees demasiado, quiero lo mejor.

Nardo no protestó de los conceptos de Lino sobre él, pero sí reafirmó rotundamente lo que ya había dicho varias veces a «su cliente»:

—El señor Schostter es un verdadero científico, un sabio. Y el señor Tahosuma es un gran experto en tecnología punta. Harán algo sensacional, muy sofisticado, no lo dudes.

Lino salió del restaurante mareado y con tanta pereza como temor de volver al aparcamiento y quizás encontrarse de nuevo con el mendigo pacifista. Decidió enviar a su mecánico a recoger el coche y tomar él un taxi. Renqueando y sintiendo un conocido dolorimiento otoñal en su recompuesta cadera izquierda, bajó por callejuelas mal pavimentadas y estrechas aceras escandalosamente melladas, hasta la plaza de España, en cuya esquina con Leganitos tuvo que esperar varios minutos hasta atrapar el vehículo público, que casi nunca usaba. Saludó al conductor con un amabilísimo «Buenas tardes», que no le fue contestado audiblemente, y le dio las señas de su casa, rogándole que tomara el camino de la Gran Vía para doblar en Cibeles hacia la Castellana y luego hacia Zurbarán: todo ello, pedido «por favor», como solicitaba siempre cualquier servicio. El taxista dijo:

—Como el rayo —sin quitarse de la boca un palillo mondadientes, que chupeteó y masticó durante todo el viaje.

Encima del contador un cartelito ponía «No fumar», lo que

impidió a Lino sacar el cigarrillo que necesitaba con urgencia. Además, el taxista, en vez de encaminarse por Gran Vía, la cruzó allí mismo, al pie de Torre España, haciendo caso omiso de la indicación de su pasajero, lo que irritó a éste, que se propuso no dar propina alguna a tan maleducado servidor y además, peligroso conductor zigzagueante por calles antipáticas del barrio Malasaña, hasta cruzar la glorieta de Bilbao y enfocar la más familiar zona de Almagro. Pero cuando se vio ante el portón de su palacete mucho antes de lo que esperaba, olvidó su rencor y dio triple propina de la que el taxista solía recibir, por lo que esta vez se dignó farfullar «Vale, gracias», por supuesto, sin quitarse el palillo de la boca.

Una vez reintegrado a su mansión solariega y a los mimos de sus respetuosos servidores, envuelto en guateado batín de gruesa seda china, calzado con no menos lujosas chinelas, bebiendo un exquisito zumo de frutas naturales recién hecho combinado con el mejor vodka ruso, esnifando coca de primera calidad, tumbado en el gran diván semicircular de su sala audiomusical, se puso a escuchar un disco de música primitiva del siglo XV, para descansar del horrible almuerzo políglota de tecnología electrónica.

No tardó en caer en gratas divagaciones sobre los goces que iba a obtener de su último capricho y en recordar con ironía la insólita actitud de su íntimo amigo Nardo, tratándole de «cliente» y repitiendo enfáticamente su nombre y apellidos completos, lo que no era costumbre ni bien visto en la *coffe-society* que ambos frecuentaban.

Don Marcelino de Alcón y de Los Monegros, era —mejor dicho, había sido, dada su total orfandad presente— hijo único de un matrimonio muy acaudalado y aristocrático, que se había pasado la vida en pleitos reivindicativos de varios títulos nobiliarios, siempre ganados por otros candidatos más cualificados según las leyes sucesorias. Pero a Lino, como desde niño le llamaba todo el mundo del gran mundo, nunca le importó un bledo la pretensión de sus padres. Desde jovencito, aspiró y consiguió otro título para él más fácil y placentero: el de *play-*

boy, que lució brillantemente durante los años en que tal tipo y tal nombre estaban de moda en la alta sociedad, es decir, antes de que ésta se llamara *jet-set* y antes de que *hippies*, *punkies*, *yuppies* y *dinks* fueran sucesivos modelos de la muchacha occidental. Los *flirts* y aventuras amorosas de Lino —cuando así se denominaban, en vez de «romances sentimentales»—, tanto con damas de alcurnia, estrellas de cine y vedetes de revista como con los ejemplares más humildes del «bello sexo», dieron mucho que hablar en los salones nacionales y extranjeros de los años cincuenta y sesenta y no poco que escribir en los ecos de sociedad de periódicos y revistas, cuando tampoco éstas se llamaban «del corazón» ni tenían tan masiva difusión popular. Precisamente, el éxito de este último género seudonovelesco coincidió con la rápida decadencia física de Lino, al frisar los cincuenta años, edad de plenitud en hombres virtuosos y prudentes, pero no en él, que llevaba más de treinta entregado a toda clase de vicios, con el consiguiente desgaste de su salud, de repente, visiblemente quebrantada, no por el SIDA, como intentaban propalar malas lenguas, sino por el abuso de alcohol, de estupefacientes, de placeres sexuales y de su pasión automovilística, que le ocasionó varios accidentes, el último y más grave, siete años atrás en el *rally* internacional Paris-Dakar, que dejó su «Masserati» convertido en montón de chatarra en pleno Sáhara y a él mismo, con múltiples fracturas, varias cicatrices en la cara y sin un diente en la boca, si bien todos éstos le fueron sustituidos en los Estados Unidos, mediante reimplantes intraóseos que mejoraron en todos sentidos su perdida dentadura original. Estas circunstancias personales y el cambio de régimen político, que imponía nuevas imágenes sugestivas en los medios de comunicación, determinó que para éstos, Lino perdiera todo interés y que sus últimas andanzas de solterón *demodée* pasaran inadvertidas o referidas de tarde en tarde, con pocas líneas y en las secciones misceláneas en blanco y negro, de las mismas revistas que, en otros tiempos, ponían su arrogante fotografía junto a la de alguna fémina espectacular, en página a todo co-

lor, incluso en portada. Humillado y ofendido por semejante olvido y menosprecio de su magnífico historial erótico-deportivo y, al mismo tiempo, consciente de que le llegaba tarde el *body-boom* y era definitiva su inferioridad para competiciones que le fueron tan fáciles y exitosas cuando era joven, apuesto, fuerte, deportista, cosmopolita, donjuanesco y ocioso, tras pasar un par de años con fuerte depresión, viajando melancólicamente por el extranjero, reaccionó por fin positivamente: renunció a todo exhibicionismo social y se dedicó a placeres más íntimos y sosegados, apoyándose en otra de sus mayores aficiones: el cine. Desde niño tuvo en la mansión familiar, además de sala de juegos, otra especial para proyección de diapositivas y películas de dibujos, provista, además, de los mejores tocadiscos de cada época y de *longplays* y *singles* a su gusto, educado en la admiración hacia los grandes maestros clásicos, pero evolucionado a favor de la «nueva música» durante la «década prodigiosa».

Muerta seis años atrás su madre, ya viuda desde muchos más, Lino se encontró heredero universal de una enorme fortuna, que aun mermada por los impuestos sucesorios, en nada afectaba a su vida personal y le permitía seguir disipándola aunque ahora de modo distinto: en actitudes contemplativas. Lo primero que hizo fue trasladarse desde su *garçonnière* al palacete familiar y realizar en él reformas —sólo en el interior, pues el edificio era intocable en el exterior, según las ordenanzas protectoras del ambiente y del patrimonio artístico nacional— que lo hicieron mucho más confortable. Pero su obra principal fue ampliar considerablemente la antigua salita audiovisual, conservando en ella los instrumentos anticuados que le daban gracia decorativa, como la gigantesca bocina marca «La voz de su amo», la curiosa colección de rollos cinematográficos y la magnífica discoteca nutrida con las mejores grabaciones de las diversas épocas evolutivas del fonógrafo, agregando los más perfectos elementos nuevos del mismo carácter: proyectores, pantallas, televisores, cadena musical, vídeos, etc. Siguió practicando en la discreta intimidad sedentaria, las mis-

mas costumbres licenciosas que años atrás exhibía escandalosamente, y ahora organizaba en su propia mansión frecuentes reuniones privadas, con exquisitas comidas y bebidas *a gogó*, consumo gratuito de drogas y largas sesiones de películas raras y vídeos pornográficos, que solían culminar en orgías. Desde luego, a tales fiestas, Lino sólo invitaba a unos pocos amigos de ambos sexos y aun de los ambiguos, que seguían siendo fieles a un anfitrión tan espléndido como propicio a las sugerencias más audaces, con tal de distraer su ánimo, despertar su ahíta curiosidad y estimular su debilitada libido. Para estas funciones era especialmente apto y eficaz Nardo, cuarentón casado y divorciado dos veces, sin hijos, libre, alegre y pobre como un gorrión del Retiro, cuyo nido auténtico nadie conocía, pero cuyo sustento cotidiano corría a cargo de Lino sin que entre ambos mediara ningún convenio ni compromiso explícito, sino por tácita correspondencia de servicios. Si, por ejemplo, Nardo proporcionaba a Lino una caja de *bière amoureuse* o del mejor «*éxtasis*» holandés o una «*lolita*» más o menos virgen, era obvio que estaba invitado a participar de todo ello, como en fraternal concesión del primogénito, tras su primicia, al segundón sumiso y afectísimo.

Los dos amigos se sintieron cada vez más inclinados al *voyeurismo* y coincidieron en la opinión de que el vídeo era el instrumento más apropiado para satisfacer su afición. Inicialmente, frecuentaban juntos los vídeo-clubes más elitistas, alquilaban y compraban casetes, mejor dicho, siempre lo hacía Nardo por cuenta de Lino, incluso encargando al extranjero las mejores de *porno* duro inexistentes en el mercado nacional. También se encargaba de organizar las sesiones de proyección, y de cortas grabaciones eróticas con participación de parejas o de grupos más o menos nutridos. Lino, entusiasmado con sus últimos juguetes —videocámaras portátiles, cintas vírgenes, pantallas televisivas gigantes, etc.—, no sólo comprometía a sus invitados a actuaciones sexuales cada vez más audaces, sino que dio en felicitarles Pascuas y cumpleaños regalándoles casetes grabadas con sus propias imágenes: desde luego, cuando se

trataba de damas, acompañando el obsequio con el tradicional ramo de flores. Esta ocurrencia fue aceptada por algunas personas como típica gracia del «genial» Lino, pero fastidió y comprometió a la mayoría de ellas, que terminaron por desertar de sus fastuosas bacanales y hasta de su trato. Pero él no echaba de menos a nadie: a solas o con la única compañía de Nardo, se entregaba cada vez más apasionadamente a su nuevo *hobby*: últimamente, la contemplación casi exclusiva de *videoclips* extravagantes, que no presentaban ninguna historia concreta ni argumento coherente, sino escenas pornográficas hiperrealistas o surrealistas, *flashes* inconexos, imágenes de seres y objetos distorsionados, a veces monstruosos, con fondos de ruidos y músicas igualmente deformes. Todo lo cual le servía para completar sus alucinaciones de coca y otros productos psicodélicos. En suma, como se sabe y pensaba Nardo, el vídeo puede causar tanta adicción como cualquier otra droga y resultar más costosa que todas ellas.

Al día siguiente del almuerzo en el «Crisantemo», cuando Nardo acudió a la mansión de su amigo, a la justa hora del aperitivo, como autoinvitado al almuerzo, con su desparpajo habitual y apeados todos sus respetos, expresó su preocupación por el elevado coste del proyecto:

—Más de diez millones de pesetas, una pasta. Y me parece que tras el feroz pellizco de la Hacienda a la tuya y los grandes gastos que suponen las reformas de este chalet...

—No seas hipócrita, coño —le interrumpió Lino, que casi nunca decía tacos en voz alta, siempre *in mente*, pero que ahora estaba resentido del ceremonioso trato infligido por su único amigo íntimo—: Sabes bien que tienes un «cliente» rico: don Marcelino de Alcón y de Los Monegros.

—Bueno, hombre —medio rió, medio gimoteó Nardo—. Era mejor que yo actuara como intermediario neutral, que no pareciera defender a ultranza tus intereses como propios. Pero de todos modos, no he podido hacerlo mejor. Lo siento. Por mí, puedes rechazarlo.

Lino se calmó en el acto. En el fondo, ni siquiera se sentía

realmente afectado y, con su habitual gesto de indiferencia a los temas económicos, le tranquilizó:

—No hay problema inmediato —y tras una leve sonrisa humorística, completó la frase—: ... ni futuro. Acabamos de vender mi *garçonnière* a buen precio, gracias a ti. Y ahora te estás ocupando de hacer lo mismo con los coches que ya no uso: el anticuado «Rolls» de mamá y mis deportivos, exceptuando, claro el «Ford T 1808» del abuelo, el «Austin Martin» que fue mi primer coche de carreras y el «Masserati» con el que participé en el campeonato del mundo que ganó Fangio en 1957. Son sagradas reliquias de familia que conservaré siempre. Sólo dejaré, para las grandes ocasiones, la gran limusina «Lancia» y la berlineta «Fiat», para mi uso diario, aparte, claro, del utilitario y la furgoneta indispensables para el servicio de casa. Creo que, por el momento, tengo suficiente.

«Demasiado, cabrón», pensó Nardo. Su sentimiento hacia su protector era un complejo de admiración, envidia, odio, respeto, y un peculiar afecto inevitable entre viejos cómplices de las juergas y aventuras más inverosímiles, aunque a él siempre le correspondieran papeles secundarios y serviles. Ahora, le presentó el proyecto del equipo audiovisual, que Lino ojeó sin pretender entenderlo, así como el presupuesto-contrato, que firmó sin mirarlo, dado su lema mental de que el rasgo más propio de un gran señor es dejarse robar como si no se diera cuenta, pero sin admitir que se hiciera de manera impertinente y grosera. Lo que sí preguntó fue por el tiempo que tardaría en disfrutar de su compra, ya que en los documentos de compromiso, figuraba un plazo de tres meses «aproximadamente». Su amigo aseguró, una vez más, que el señor Schostter y el señor Tahosuma eran personas absolutamente formales y solventes, por lo que no emplearían más que el tiempo imprescindible en su obra, quizá menos del indicado. Añadió:

—Ten en cuenta que se trata de inventar todo un sistema audiovisual. *Inventar*, ésa es la palabra —subrayó con énfasis—. Será algo muy sofisticado, completamente distinto y superior a todo lo conocido en el mercado. Con ello es seguro que tú

serás fundador del arte audiovisual del futuro. Nada podía halagar más a Lino, que dijo:

—¿Dónde fabricarán esa maravilla?

—En el Japón, por supuesto. Ya sabes que son los amos. Hacen virguerías.

—Oye, por favor, que no me vengan con algo tan complicado que yo no sea capaz de manejarlo personalmente cuando quiera, a solas, de la manera más sencilla posible. Ya sabes que a mí no me importan nada los fundamentos científicos de tales chismes, ni su mecanismo interior. ¿No está el mundo lleno de gentes —¡demasiadas!— que conducen automóviles sin saber apenas qué es un motor de explosión, ni qué significa *cilindrada, carburador, servofreno, CP,* y mucho menos, *deriva, balloon,* Fórmula 1, Fórmula 2, coeficiente de penetración, Turbo Diesel, y mil cosas que sólo nos interesan a los verdaderos automovilistas? Pues, bueno, a mí sólo me interesa tener un vídeo perfecto y sólo lo será si puedo manejarlo fácilmente con las menores teclas posibles...

—A propósito de teclas —le interrumpió Nardo—: Te habrás dado cuenta de que en el proyecto figura un ordenador. —Vio cómo Lino alzaba las dos manos, palmas hacia fuera, en un gesto de horror y repudio, pero recalcó enérgicamente—: Es indispensable para la programación y la marcha de todo el equipo, no harías nada completo sin él. No hay más remedio que comprar o alquilar uno, mientras llega el definitivo, para que aprendas su manejo más elemental. No es tan difícil y tú eres muy inteligente...

Lino terminó por resignarse a un nuevo aprendizaje. Desde niño, se cansaba de todos, abandonaba cualquier tipo de estudio esforzado, incluso los de «adorno», como la música y el dibujo, a duras penas, ya cumplidos los veinte años concluyó el bachillerato superior, y abandonó luego varias carreras apenas iniciadas, excepto las automovilistas. En éstas sí fue verdadero aficionado, participante en las más famosas competiciones, sobre todo cuando éstas eran para *amateurs*, antes de convertirse en negocios de empresas multinacionales, si bien siempre actuó

bien asistido por copilotos y mecánicos más expertos que él. Ahora, con sus huesos recompuestos y retirado de su gran *hobby* de juventud, estaba empeñado en ser un verdadero artista, un *creador* audiovisual, amén de montarse sus propios placeres de *voyeur*, y siempre contando con la ayuda ajena, la de Nardo, concretamente, en este caso. Pero odiaba la *vulgaridad*, o sea el uso personal de las cosas comunes a todo el mundo, por lo que desde sus calcetines, calzoncillos y camisas, hasta sus perros, sus coches y sus vídeo-casetes, eran exclusivos, encargados a su gusto y medida. Precisamente, si ahora quería un equipo audiovisual, fabricado especialmente y distinto a todos los existentes, se debía a su profunda indignación ante la creciente popularidad del invento, el entusiasmo general por su disfrute. Era algo intolerable: la gente había empezado con la manía del coche y ahora, también con el vídeo. Todo el mundo estaba loco por tener coche y vídeo y ya empezaban con los ordenadores. En cuanto a la propaganda comercial de los tres chismes en todos los medios de comunicación era indecente: ya no se podía abrir un periódico ni revista sin topar con anuncios a toda página de estos cacharros, con toda clase de textos sobre sus excelencias, en datos y siglas que ni Dios entendía. ¿A dónde vamos a parar con tanta *vulgaridad*?, comentaba ante Nardo frecuentemente.

—El señor Schostter asegura que su equipo será algo único, tendrá innovaciones sensacionales —repetía su amigo con énfasis.

—Bueno —quiso puntualizar Lino—: supongo que esos tipos y tú os hacéis responsables de fallos y averías en el invento.

Nardo hizo su habitual gesto de reprensión afectuosa y dijo:

—Como apenas has ojeado estos papeles, ni siquiera has visto que todos sus elementos tienen garantía por cinco años. Pero, además, el señor Schostter y el señor Tahosuma vienen por Madrid con cierta frecuencia y están dispuestos a resolver cualquier dificultad.

Nardo callaba que tenía una sustanciosa comisión secreta en aquel negocio, y que la relación con los vendedores, una vez

instalado su equipo, tendría que ser mínima o más bien, nula, por una razón importantísima que también ocultaba: el alemán, además de sabio electrónico, era espía industrial en un centro de investigación de su propio país y el japonés era un técnico muy experto que actuaba en diversos países como enlace por cuenta de una nueva empresa del suyo, dedicada a piratear cuantos descubrimientos y avances científicos lograba pescar, para aplicarlos a su propia producción de aparatos electrónicos, todavía en fase experimental, antes de lanzarlos al mercado.

En espera del ansiado equipo audiovisual —la mitad de cuyo importe había pagado Lino por anticipado, mediante recibos formales—, ambos amigos se dedicaron a perfeccionar el manejo de la cámara y del ordenador convencionales, así como a esbozar proyectos y guiones, cortos y largos, que esperaban convertir en obras magníficas del nuevo arte. Al mismo tiempo, intentaron una especie de reclutamiento de nuevas amistades, más dóciles que las desertoras de sus escandalosas sesiones iniciales, aunque ahora, Lino decidió pagar las actuaciones en dinero contante y sonante y no en especies refinadas, como antes hacía. Pero, con su permanente fobia a *lo vulgar*, rehusó contratar actores y actrices profesionales y pretendió hallar en ciertos medios propicios, jovencitos de ambos sexos, sin conseguir buenos resultados: drogotas y litroneros eran pésimos actuantes de puro perezosos y pasotas, si aceptaban un ensayo, se echaban a reír al verse proyectados en actitudes «artísticas» dirigidas por aquel millonario extravagante y *carroza*, se negaban a repetir y más aún a ser asiduos visitantes o huéspedes transitorios de aquella mansión tan lujosa, con criados tan circunspectos como despectivos.

Por fin, Lino encontró a alguien que le pareció reunir las condiciones básicas para realizar su gran capricho. Fue en un anochecer otoñal, y se encontraba solo, esperando a Nardo —perdido en alguna de sus misteriosas andanzas de marchante—, apoyado en la pequeña barra del «Pig's Club», lugar

muy elitista del barrio de Salamanca, que tenía una sala legal de proyecciones *porno*, donde los socios podían ver las películas más raras del género, acomodados en sillones tan anchos como pequeñas camas, con brazos y respaldos abatibles, para permitir el contacto corporal de los espectadores; y que, además, tenía otra sala ilegal camuflada en el piso superior, donde se hacían filmaciones clandestinas sin limitación de experimentos obscenos. Lino vio pararse un instante, como vacilando, en la misma puerta del vestíbulo abierta sobre el bar, una silueta a contraluz, que le dio la sensación de que allí entraba una abeja o avispa gigante: aquel ser llevaba las delgadas piernas enfundadas en unos *panties* negros ajustadísimos, calzaba unos zapatos igualmente negros de afiladas punteras y una prenda informe de gruesa lana a rayas negras y amarillas abombada como un tonel, desde el bajo vientre y las nalgas hasta el cuello, con enormes hombreras y sisas abiertas como de chaleco, por las que asomaban unos brazos también delgados y ceñidos de punto negro hasta las mismas manos. Semejante atuendo impedía apreciar las formas y el tamaño del cuerpo, incluso saber, al pronto, si eran de hombre o de mujer; y su cabeza, más bien pequeña, mostraba el pelo color de cobre cortado muy desigualmente y erizado sobre la coronilla, con dos mechones más largos y rígidos, formando antenas laterales sobre la frente. Todo lo cual hizo creer a Lino, que estaba recién *colocado* por una fumada de fuerte *hasch*, que se trataba de un insecto quizá creado por su imaginación. Pero según se aproximaba a la barra, desierta aún por ser hora temprana y con un solo camarero tras ella, su gran experiencia le informó de que *aquello* era una mujer. Llevaba los ojos y los labios pintados de un rojo casi negro, tan fuera de sus contornos naturales que también hacía difícil ver si su cara era guapa o fea, joven o vieja. Cuando la oyó preguntar al barman por alguien, con afectada soltura y voz inequívocamente infantil, comprobó que era una chica jovencísima y poco ducha en su posible oficio, incluso dudó de que fuera el que parecía. Y curiosamente, con plena consciencia de que aquella persona y las circunstancias de su en-

cuentro eran *vulgarísimas*, no resistió la tentación de proceder él mismo *vulgarmente*, contra sus hábitos selectivos:

—¿Quién eres, nena? —la abordó en su mejor estilo galante fuera de moda—. No te conozco, nunca he tenido el placer de verte por aquí.

Ella volvió la cabeza hacia él, le miró, al menos pareció hacerlo enfrentándole las enormes cuencas rojinegras de su cara, en cuyo fondo brillaban unas lucecitas verdes y le replicó con rapidez de avispa, haciendo honor a su aspecto:

—¿Y quién es usted para tutearme? Tampoco yo le he visto en mi vida.

—Y mucho que lo siento, encanto. Si nos hubiéramos conocido antes, seríamos grandes amigos.

La muchacha, le miró de nuevo de arriba abajo y opinó:

—Bueno, antes, usted estaría muy bueno, pero cuando yo no había nacido.

Aquella chica usaba lenguaje y gestos tan cínicos y ordinarios como ingenuos, pero tenía un especial encanto que avivaba en Lino apetitos libidinosos mortecinos. Sobre todo, sentía un deseo casi insuperable de lavarle la cara y también todo el cuerpo: toda ella olía un poco a sudor, pero él pensó que siempre, de cualquier modo, los seres jóvenes huelen bien. Así es que insistió en su tarea de conquista hablándole en tono cálido y humilde, con su bella voz de barítono que antaño tenía fama de irresistible:

—Entonces, ¿no podemos ser amigos?

Ella pareció encogerse de hombros, bajo las enormes almohadillas que los asemejaban a los de un jugador de rugby y dijo:

—Bueno, según... Según lo que usted entienda por amigos...

—Pues nena, amigos como los muchos que yo tengo y tú tendrás —puntualizó Lino con aire de padrazo bonachón—. Ni más ni menos.

—Si no es más, vale —dijo ella, volviendo a levantar sus hombreras, entre las cuales se hundía su cuello, sin permitir el aprecio de su longitud y su forma.

«Chica lista, me vale», se dijo Lino copiando su estilo. Y en voz alta:

—Bueno, lo primero es presentarnos. Me llamo Lino. ¿Y tú?

Ella no apeó el tratamiento:

—Si le digo mi nombre completo, se da usted el bote. Llámeme Osa.

—¿Osa? —dijo él riendo—. Me pareces más bien una avispita. Pero bueno, no me llames de usted, ¡no soy tan viejo! —La protesta le salía del alma—. ¿Cómo estás, Osita?

Alargó a la chica su cuidada mano, de piel blanquísima y suavísima, con las uñas pulimentadas y barnizadas de un color apenas rosado, muy natural. Ella le correspondió entregándole blandamente, con evidente timidez, una especie de garra muy delgada, algo áspera al tacto y con larguísimas uñas del mismo color rojinegro de sus ojeras y sus labios. «Tienen que ser postizas, se le pueden caer al menor descuido», pensó Lino, mientras decía, parodiando siempre su lenguaje:

—Bueno, Osita, ¿qué quieres tomar? ¿Te apetece un canuto? Uso de lo mejor, completamente inofensivo...

Entonces, la chica le echó de reojo una rápida mirada, llena de recelo y, muy seria, en voz demasiado alta, aunque en el bar no había más personas que ellos dos y el camarero, dijo:

—Yo sólo tomo «Coca-Cola» *light*, señor...

—Es una bebida de niños; claro que tú lo eres. —Volvió a reír, estaba eufórico y excitado casi románticamente. Su boca, con su dentadura implantada, tan natural, aún conservaba mucho encanto en la risa—. *Coca... Cola* —subrayó, separando bien las dos palabras—: Si probaras la primera sola, te gustaría más, estoy seguro.

Pidió al barman que los miraba con ironía desde respetuosa distancia, la bebida que la chica deseaba y para sí mismo el tercer vodka con sólo unas gotas de zumo de naranja, combinado inverso al de uso común. Luego, preguntó a la muchacha si quería alguna tapa, lo que ella rechazó con la cabeza y la vista bajas y se puso a sorber con caña su «Coca-Cola» en absoluto silencio, mientras Lino también callaba, en prudente espera a que

pasara la nube de sospecha que él mismo había provocado en aquella cabecita con antenas de insecto y procuraba adivinar su cuerpo perdido en el informe chaleco a rayas negras y amarillas, que sólo dejaba ver bien unas piernas de paje medieval y unos brazos exquisitamente delgados. Analizaba también las facciones de aquel rostro enmascarado por un espantoso maquillaje y todas las actitudes que pretendían ser desenfadadas y revelaban timidez, inseguridad y ahora, además, un repentino miedo, que terminó por manifestar, en voz baja y balbuciente:

—Oiga, por favor, ¿no será usted de la *pasma*?

Lino se echó a reír abiertamente y replicó:

—Pero, nenita, ¿tengo yo pinta de *poli*? ¿Alguno de esos tipos puede vestir como yo?

—Bueno, ahora se disfrazan de cualquier cosa —volvió a mirarle de arriba abajo, apreciando su elegantísimo atuendo. Y murmuró—: La verdad es que, por lo menos, parece un señor bien educado, o sea, con pasta... Pero, repitiendo su muletilla insistió—: Bueno, mire, *porfa*, yo no soy ninguna delincuente, se lo prometo...

—Yo sí lo soy, no te preocupes... —se acusó Lino, siempre dominado por un regocijo de oscura motivación para su propia conciencia.

La muchacha, aún más intrigada y asustada, se bajó de la banqueta y quiso iniciar una despedida tan amable como precipitada:

—Bueno, los señores que esperaba no vienen, me tengo que ir, encantada —alargando la garrita ungulada—. Ya nos veremos por aquí otro día...

En aquel preciso instante, como enviado por Dios o por el Diablo, apareció Nardo, tras las mismas espaldas de la pareja; y cuando ella, sin disimular ya su pánico, quiso escurrirse entre los dos hombres, dio un traspiés que la echó directamente en los brazos del recién llegado. Éste, que siempre las cazaba al vuelo, a una señal de Lino bien conocida, sujetó a la fugitiva por la cintura y le dijo con mucho cariño:

—¿A dónde vas, tía buena? ¿Te parezco el coco?

Nardo tenía gran perspicacia y dotes de actor, se dio inmediatamente cuenta del tipo de chica que interesaba a su amigo y, aunque le sorprendió que así fuera, se puso inmediatamente a llevar la faena de aliño que requería la pieza, adoptando lenguaje y modos horteras y de macarra. Sacó de una cajetilla de «Ducados» un porro ya liado, le ofreció a ella otro o «una chupada», que fue rechazada débilmente, aunque ahora se sentía un poco más tranquila: primero creía haber caído en manos de la policía —era una menor, escapada de su casa— y ahora pensaba que aquellos hombres eran traficantes de droga y que buscaban en ella una cliente y hasta quizá una *camella*, lo cual le daba menos miedo. No obstante, dijo, ya tuteándolos:

—Bueno, pero os advierto que yo no tengo un duro, ni me meto en líos, así es que *abur* —intentando de nuevo, apartarse de ellos y de nuevo, interceptados sus movimientos por los de Nardo, adrede juguetones y afectuosos. Lino, ahora serio, íntimamente poseído por insólita ansiedad, intervino:

—Que tampoco es eso, Osita, que nosotros ni siquiera somos consumidores enrollados, que te calmes, que nadie te obliga a nada. Yo sólo quiero ser tu amigo, desinteresadamente, ayudarte si tienes problemas. Tómate otra «Coca-Cola» y cuéntanos algo de tu vida...

Nardo intervino abruptamente, sabiendo lo que hacía:

—Te advierto que este tío que aquí ves tiene mucha pasta. Si él te protege, has hecho *bingo*...

En uno de sus arranques de audacia, ella dijo:

—Pero, bueno, tampoco soy una puta, ¿qué os habéis creído?

—Nena, eso se ve, por eso me gustas y no para lo que tú crees —dijo Lino con absoluta veracidad—. Lo que pasa es que me choca encontrarte en este sitio. ¿Sabes cómo se llama y lo que se hace aquí?

—Pues yo sólo sé que estoy citada con unos señores, bueno, un señor, llamado Caramocha que es socio y al que me recomiendan unos amigos míos, para que me haga unas pruebas de fotogenia. Es que soy modelo publicitaria. —Dijo esto con petu-

lancia, pero siguió en tono más modesto—: Bueno, por ahora no tengo trabajo, estoy a lo que me salga o sea, en el paro juvenil... —Y se sonrió un poco.

Intervino de nuevo Nardo:

—Eres demasiado joven. ¿Cuántos años tienes, de verdad?

—Voy a cumplir los dieciocho —mintió ella alzando la cara.

Nardo hizo un gesto compungido, meneando a un lado y otro la cabeza:

—Eres una menor. No pareces de aquí, de Madrid. ¿Tienes familia, padres o qué? ¿Con quién vives?

Ella, cobrando confianza, informó verazmente:

—Por ahora, estoy con un matrimonio amigo. Son los dos fotógrafos por cuenta de agencias y revistas, tampoco tienen empleo fijo... Pero son unos tíos buenos, me ayudan de corazón, dicen que tengo mucha fotogenia, ellos mismos me hacen fotos para vender, dicen que valgo para modelo o actriz, que llegaré lejos...

Hablaba con una mezcla de orgullo y de ansiedad que resultaba enternecedora para Lino. Al escucharla, Nardo enarcaba las cejas, miraba alternativamente hacia su amigo, alzaba las manos y los ojos hacia el cielo, como dándole gracias por el inesperado regalo que dejaba caer ante ellos, y hasta pronunció en voz baja la consabida palabra «Eureka» —que la Osita no hubiera entendido aunque la hubiera oído—. Mientras Lino callaba pensativamente, él se puso decididamente elocuente, enfático y protector, ponderando la fantástica suerte que tenía la chica:

—Este señor que aquí ves. —Lo señalaba con ambas manos abiertas, como delineando toda la figura de Lino igual que si fuera un precioso objeto—: Este señor es un verdadero productor y director de cine y videocine, con muchos millones y muchas relaciones e influencias. Y precisamente, ahora está buscando gente nueva, quiere lanzar una estrella, así como tú, de tu estilo, tan moderno, tan en la onda...

Llegar a ser una estrella de cine era la mayor y más lejana aspiración de la Osita y mientras Nardo proseguía su fascinan-

te perorata, ella sonreía y fruncía el ceño alternativamente, luchando entre la tentación y la desconfianza ante la oportunidad que le brindaban aquellos dos desconocidos. Terminó por pensar que también era un desconocido el señor Caramocha, que sólo iba a realizar con ella unas pruebas, sin ningún compromiso formal y que además tampoco demostraba serlo dándole plantón en su cita. Y decidió probar suerte con aquellos dos carrozas tan simpáticos, más antiguo el más bien vestido y mejor educado y, por ello mismo, más digno de crédito, a su entender... De todos modos, rechazó rotundamente la invitación de ambos a cenar juntos para convenir las condiciones básicas de un posible contrato *profesional* —en este carácter insistió mucho Nardo—, pero aceptó cita para el día siguiente en la misma casa del «famoso productor Lino» —esta vez fueron omitidos el *don* y las partículas nobiliarias— cuya dirección completa le escribió Nardo en una servilletita lujosa del propio «Pig's Club», lo que advirtió Lino con regocijo y admiración hacia las precauciones de su amigo.

—Juro por mi honor que iré —dijo la Osita con solemnidad infantil y los dos hombres tuvieron la sensación de que aún lo conservaba, a pesar de sus adversas circunstancias.

Lino volvió a estrechar aquella mano casi grotesca haciendo una ligera reverencia y no pudo menos de instruir a la muchacha con afectuosa seriedad:

—Por favor, Osita, mañana no lleves ningún maquillaje, ni peinado raro. Te quiero al natural, para las primeras pruebas de fotogenia...

Cuando, al siguiente día, la muchacha acudió a la residencia de Lino, tuvo varios momentos de retroceso, ante el imponente portón blasonado de la entrada, el jardín interior, el tamaño del palacete al fondo y, sobre todo, la solemnidad de los sucesivos servidores uniformados que la fueron recibiendo y conduciendo hasta el estudio del señor, a través de salones que ella no había visto ni en las películas más lujosas. Pero precisamente todo

ello le ofrecía garantías que exaltaron sus ambiciones y le infundieron actitudes de altivez y seguridad en sí misma.

Esta vez, vestía un conjunto barato de minifalda y chaquetilla torera, de tejido acrílico color canela, con las piernas de paje enfundadas en el mismo *panty* negro de la víspera y los zapatos bajos puntiagudos, sin duda porque no tenía otros, pensó Lino con ternura. Su estatura, poco más que mediana, parecía más alta por su extrema esbeltez y lo que más destacaba en ella era la soberbia melena, larga y suelta ahora, de brillante color cobre pulido, y de espesa abundancia, a pesar de su feo corte en crenchas desiguales, que le inundaba hombros, pecho y espalda. «¿Cómo se puede tener tanto pelo?», no pudo menos de murmurar envidiosamente Nardo, bastante calvorota desde muy joven. La Osita se sometió con toda naturalidad a las pruebas de su fotogenia y de sus dotes de actriz, ante la videocámara manejada por Nardo y bajo la dirección de Lino que la colocaba en lugares y *poses* tocándola apenas con extrema delicadeza, incluso al despojarla de la chaquetilla, bajo la cual sólo llevaba una camiseta blanca de algodón que marcaba y casi transparentaba dos bultitos duros y erectos, sólo pezones, sin duda aún doloridos por la pubertad. A Lino siempre le gustaron las mujeres delgadas y de pechos pequeños, nada de tetazas que subrayaran su condición de hembras mamíferas; y últimamente, hasta sólo le interesaban en la edad andrógina. Esta primera sesión fue realizada en uno de los salones de la casa —ya que la sala audiovisual estaba en obras de adaptación para instalar el futuro equipo nuevo, siguiendo planos minuciosos de sus vendedores— y fueron respetados los encantos de la Osita ocultos por la escasa ropa. Lino se limitó a indicaciones verbales, subrayadas por algún empujón suave en la barbilla, o al poner su rostro en escorzo, en un brazo o un pie —despojado del zapato, claro— y, con más frecuencia, por incursiones entre los cabellos sueltos:

—Te comen la cara, Osita, échatelos hacia atrás, levanta la carita, vuelve la cabeza hacia mí, no mires a la cámara —decía Lino ayudándola a realizar movimientos naturales y mirán-

dola constantemente, con ganas de ponerse las gafas de doble visión cerca-lejos.

La Osita tenía unas facciones delicadas, algo borrosas, una tez pálida con las pecas propias de las pelirrojas en las mejillas, una boca de regular tamaño y labios demasiado finos —«por eso, la boba se los pinta fuera de su línea»—, una dentadura blanquísima, si bien con los dientes puntiagudos y los colmillos algo salientes, lo que le daba una expresión agresiva al reír, y unos ojos de color verde turbio, alargados y estrechos como si adrede los mantuviese entrecerrados, acechando algo felinamente o, quizá, desconfiando de todo. «Me excita, me gusta, me gusta, definitivamente. "*Eureka*", como dice Nardo...»

Después de rodar varios *spots*, fueron proyectados con el vídeo y la televisión, algo anticuados, que había en aquel mismo salón y la chica aceptó buenamente tanto los elogios como las críticas a su actuación, así como la necesidad de realizar más ensayos de interpretación hasta que ella superase complejos, pudores y remilgos, completamente desusados en el cine super moderno. Ella entrecerró aún más sus párpados —«de Mónica Vitti», opinaba Lino— y dijo muy seria:

—Ya, ya sé, comprendo, vale...

En efecto, en posteriores sesiones, accedió a irse desnudando, primero, ayudada por Lino, con maniobras de experto galán y en seguida por sí sola, excitada por bebidas y fumadas compartidas por los tres actuantes, cuyas sesiones sólo eran cuidadosos ensayos de los guiones de arte erótico audiovisual preparados por Lino, que creía haber hallado su *partenaire* ideal. No pensaba así Nardo, que advirtió con alarma envidiosa que aquella chica tampoco parecía tan inocente, cuando la vio instalarse en aquella suntuosa mansión y utilizar con aires de reina todas sus estancias repletas de obras de arte —tapices, cuadros, porcelanas, muebles delicadísimos—, sin mirarlos ni tocarlos, con la indiferencia y, a la vez, la delicadeza de una gata, mientras comía bombones, bebía zumos de frutas frescas y escuchaba sin cesar músicas rockeras y cancioncillas sentimentales, en su diminuto transistor, regalado por Lino, que

siempre llevaba colgado al cuello; o bien miraba en la televisión películas de violencia, de invasores extraterrestres, de animales e incluso de dibujos a lo Walt Disney: de todas las cuales pedía vídeos que su protector le suministraba en el acto, sin el menor reparo ni resistencia a semejante invasión de ordinariez en su vida, hasta entonces, rigurosamente refinada y exigente: «Este cabrón se ha enamorado», pensaba Nardo, a la vez alarmado y estupefacto. Un hombre que siempre seleccionó los productos femeninos preelaborados, que nunca soportó más de veinticuatro horas los que estaban en bruto, que jamás quiso hacer de Pigmalión y tampoco lo pretendía ahora, sino que parecía satisfecho o indiferente ante la evidente *vulgaridad* de aquella palurda, con escaso vocabulario, casi exclusivamente formado por frases hechas, un tanto pasadas de moda: «vale, tío», «no te enrolles», «no me apetece», «me da corte», «no me comas el coco», «anda la onda», «lo tengo en el bote», «que me olvides», «guay», «superguay», «jo», «jolines», «joer», «es una cabronada», «está de puta madre» y aun tacos más redondos, amén de su sempiterna muletilla inicial: «Pero, bueno...» Y ahora, se mostraba entusiasmado con semejante tipa, como si hubiera hallado el cachorro de una nueva especie animal que llenara todas sus necesidades sexuales y espirituales. Esto era una prueba más de su decadencia, de su rápido deterioro físico y mental. Ahora sí que podía decirse de él, con toda razón, que era un decadente y un degenerado: decaía y degeneraba a ojos vistas su admirable condición de tenorio sibarita. En cuanto a la pelirroja flacucha, tampoco se comprendía que se prestara a vivir recluida, con el pretexto de que tal vez era buscada por la policía y, menos aún, que compartiese mesa y cama con un hombre medio siglo mayor que ella, que de ningún modo podía darle el placer que su joven cuerpo pedía y merecía. Era, sin duda, una hipócrita, una ambiciosa calculadora, se estaba haciendo el ama total de la casa, sustituía a Nardo en el afecto de Lino, hasta ponía de su parte a los criados, mediante el astuto método de tratarlos de igual a igual, con infantil familiaridad... ¿A dónde iría a parar todo aquello? Era capaz de hacerse preñar —si es

que Lino era capaz de ello—, tener un hijo con él, lograr así cazar al más astuto cazador, casarse con el más resistente solterón del país...

Hablando hábilmente con la propia Osita y con el barman del «Pig's Club», Nardo consiguió localizar a la pareja de fotógrafos paisanos de la chica que la habían albergado durante varios meses. Ahora, se mostraron muy resentidos por su repentina deserción sin explicaciones, por lo que las suyas fueron contundentes: se llamaba Sinforosa, apenas tenía quince años, carecía de documentación, se había escapado de su casa familiar, sita en un escondido pueblo aragonés, sus padres ni siquiera habían dado cuenta de ello a ninguna autoridad, ya que estaban hartos y avergonzados de su indómita hija, famosa por los escándalos que originaba en los bares y en la discoteca del lugar, con su manía de provocar a los hombres con atuendos de *punky*, actitudes y lenguaje indecentes, para rechazarlos luego a todos y defender ferozmente una doncellez que proclamaba como un desafío; todo lo cual producía frecuentes altercados de taberna, amén de riñas entre matrimonios: así es que el vecindario se sintió aliviado con su desaparición. Nardo vio confirmados sus temores y decididamente la consideró un elemento muy perturbador de la confortable vida de Lino y altamente peligroso para sus propios intereses. No sabía cómo transmitir su verídica información a su enajenado amigo: seguramente no la creería y reaccionaría contra él, o sea, matando al emisario, como suele ocurrir. Comenzó por tanteos y referencias más o menos bromistas, sobre el verdadero nombre de la Osita:

—Debe ser Ambrosia, Eudosia, Generosa, Sinforosa, algo así...

Lino se limitó a sonreír y asentir plácidamente:

—Pero qué importa, tiene gracia el diminutivo. Y sobre todo, «*le nom ne fait pas a la chose*». Y es una cosita tan encantadora y tan útil para mí...

Nardo avanzó un poco más, basado en la total franqueza

que siempre hubo entre ambos, como permanentes compadres de calaveradas.

Preguntó en tono pícaro y confidencial:

—Oye, dime una cosa: ¿era virgen o no?

Esta vez, Lino hizo un gesto de disgusto y rechazo, pero respondió:

—No lo sé, supongo que sí, pero no voy a violarla, no me interesa.

—Hombre, tanto juego con ella, sin más, no es de tu estilo...

—Por lo pronto, hago con ella ensayos meramente artísticos, lo que no quiere decir que no avance, a mi modo, nuestra relación personal. Todavía no estoy seguro de que sea mi pornomodelo ideal, aunque tiene todas las cualidades para ello: un cuerpo precioso, temperamento, intuición, docilidad... —Hizo una pausa reflexiva y luego dijo—: Yo sigo siendo un hipersexual sibarita, pero cada vez menos impaciente. Además, nunca tuve orgasmolatría como vosotros, los hiposexuales, siempre obsesionados por la rápida consumación, tan frustrante. Ya sabes: «*Animalia post coitus tristum est...*»

Cuando Lino se ponía narcisista, pedante y dogmático, no había más remedio que sonreír y asentir servilmente. Así lo hizo Nardo, aunque replicándole *in pectore* que, por todas las señas, más bien padecía ya de total impotencia.

La llegada del equipo audiovisual, dentro del plazo convenido, distrajo momentáneamente a cada cual de sus íntimas inquietudes y concentró la atención general en el acontecimiento, que resultó tan misterioso como su encargo casi tres meses atrás. No se supo por qué vía hizo el viaje la voluminosa mercancía, cómo pasó las aduanas, no compareció ninguno de sus responsables —los señores Schostter y Tahosuma—. Fue directamente entregado a domicilio, previo un lacónico aviso telefónico, por un par de individuos con pinta y acento de sudamericanos, que se autodefinieron como «técnicos en electrónica punta» y se encargaron de la instalación completa y las demos-

traciones de su funcionamiento. Los aparatos, cada uno embalado con insuperable esmero protector, eran muy numerosos: aparte de los fundamentales —videocámaras, focos, magnetoscopios, proyectores, pantallas televisivas, rollos, discos compactos, cintas vírgenes de distintos tipos y ordenador *master*—, había también antena parabólica de alcance universal, radio emisora y receptora de onda ilimitada, teletipo, interfono, fax y otros muchos complementos autónomos que parecieron superfluos a Lino para sus fines artísticos. Todos eran de diseño exterior muy estilizado, de estructura interior oculta y de tamaño mucho más pequeño que los conocidos, sobre todo, el ordenador, el artefacto que produjo más asombro y curiosidad: era una especie de pesada caja rectangular, no mayor que un neceser de señora, con pantalla abatible, una serie de rejillas y orificios diminutos y sólo una docena de teclas visibles, suficientes para dirigir el funcionamiento de todo el equipo a voluntad del usuario y ofreciéndole una infinidad de posibilidades: componer textos e imágenes artificiales, recoger parcial o totalmente las reales, corregir, modificar, reproducir, proyectar unas y otras en las pantallas, obedecer programas escritos o dictados a viva voz, almacenarlos y devolverlos de igual forma o a la inversa: todo ello, sin conexión visible con los otros aparatos, dominándolos por completo a distancia. Las pruebas del conjunto resultaron perfectas, tanto técnica como estéticamente: nitidez de imágenes, pureza de sonidos, ilimitadas combinaciones de luces, sombras y colores, captación y reproducción de los más mínimos detalles de la realidad, incluso los inapreciables por el ojo y el oído humanos. Como repetía Nardo entre aspavientos, aquel equipo, con su ordenador general, era una maravillosa inteligencia artificial que, dirigida por la humana, podía crear grandes obras de arte audiovisual, lo que colmaba las aspiraciones de Lino, que no había creado nada en su vida. Asistía a los trabajos sin intervenir en ellos lo más mínimo ni comentarlos, pero sonriendo complacido ante cada demostración de su eficacia. Por su parte, la Osita se mantuvo la mayor parte del tiempo alejada del lugar y si comparecía por

un rato, sin pronunciar palabra, se acurrucaba en el suelo en cualquier rincón libre, en una de sus posturas habituales: las piernas replegadas bajo el cuerpo en escorzo, la cabeza algo agachada, con la lujosa cabellera rojiza ocultándole a medias la cara, los párpados entrecerrados, estrechando aún más sus largos ojos verdinegros: toda su actitud corporal era la de un tigre que lo mismo podía estar dormitando que en acecho para lanzarse sobre una presa sólo visible para ella. En cuanto a Nardo, reciente y entusiasta aficionado a la ciencia electrónica, lamentaba no tener menos años y más dinero para dedicarse a su estudio y ayudaba infatigablemente a los técnicos en sus tareas, prodigando sus manifestaciones hiperbólicas:

—¡Esto es fenomenal, fantástico, genial, supersofisticado! —Y asediando a los operarios con preguntas ingenuas—: ¿Cómo es posible que este cacharro tan insignificante haga que todos los aparatos funcionen sin conexión aparente con ninguno? ¿Qué lleva dentro?

Ellos respondían amablemente, en términos técnicos tan vagos como irónicos:

—Mire, amigo, es muy difícil de explicar, incluso nosotros mismos conocemos el manejo de estos mecanismos, pero no sus fundamentos. Parece ser que aquí hay conexiones magnéticas, combinaciones del máser, del láser, de un microprocesador con centenares de miles de *superchips* microscópicos en circuitos integrados... Así es que este chisme tiene una memoria casi ilimitada y tanta potencia como una computadora gigante. Pero de su estructura no sabemos nada: es un secreto industrial. Sólo sabemos que, desde luego, es capaz de todo...

Terminados los trabajos y las pruebas en un par de días, aquellos dos hombres, que ni siquiera dieron sus nombres ni pidió el distraído comprador, presentaron la factura liquidadora —seis millones más de otros tantos entregados a cuenta al hacer el encargo—, rogaron que les fueran pagados en efectivo o en cheque al portador, echaron ambos sendas firmas ilegibles como «recibo», entregaron con éste un folleto ilustrado e impreso en siete idiomas —incluido el japonés, naturalmente—

y se despidieron, sin más. La sala audiovisual, cuya planta primitiva era amplia y cuadrada, había quedado convertida en un recinto muy original, de extraña forma elipsoide, ya que en dos de sus paredes contiguas los diferentes aparatos televisivos, situados en diferentes lugares y alturas, mostraban sólo sus caras frontales, ensambladas por franjas de maderas nobles, de manera que el conjunto formaba, de suelo a techo, una superficie continua en semicírculo alargado, ocultando el ángulo entre ambos tabiques. Recordaba un poco el panel general de un centro de comunicaciones, aunque de tamaño más pequeño y mucho más elegante, con sus maquinarias decorativamente camufladas. Los otros dos muros aparentaban igualmente uno solo, simétrico y también semicircular, ocultando armarios para discoteca, videoteca, almacén de discos, cintas y demás materiales exentos, amén de un lujoso servicio de bar, con sus correspondientes surtidos bebibles, fumables y aspirables. Toda esta parte tenía una repisa exterior corrida, para su mejor uso, y a su vez, abarcaba un enorme diván bajo, también con estructura de gajo lunar alargado, que coincidía en ambos extremos con los del panel videográfico: en uno de estos ángulos agudos, figuraba como único elemento decorativo la enorme bocina familiar de gramófono primitivo, hecha de madera pulimentada y, en el otro opuesto, estaba la única y pequeña puerta del recinto. El techo también era ligeramente abovedado y, tanto en él como en otros lugares estratégicos de todo el ámbito, se habían instalado múltiples focos de luz, cámaras y micrófonos de diferentes tamaños, algunos microscópicos, situados en los puntos más insospechables. El conjunto semejaba el interior de un enorme pez, en cuyo centro hueco, sólo estaba, como un pequeño dios omnipotente, el ordenador *master*, colocado sobre una mesita corrediza calculada para ser llevada a cualquier lugar y especialmente asequible desde el diván, éste, cubierto de riquísimos paños y numerosos cojines. Toda la instalación resultaba tan elegante y confortable como funcional para realizar grabaciones videográficas y su posterior contemplación en las múltiples pantallas fronteras a la cama semilunar. Pero la estructura

elíptica, el techo bajo y curvo, la carencia total de luz natural y la única puerta de comunicación con el exterior, daban a aquel sagrario audiovisivo un carácter de búnker o de submarino que produjo a la Osita una ingrata sensación ahogadiza, apenas disimulada.

Durante una semana, Lino y Nardo estuvieron ensayando el manejo de todo el equipo, consultando el folleto y realizando *videoclips* anodinos, en cuyo rodaje hicieron participar a los servidores de la casa y a tres o cuatro amigos todavía soportados por el maníaco millonario. Luego, por unos cuantos días más, las sesiones fueron reservadas para el trío íntimo; pero finalmente, también Nardo fue eliminado, cuando Lino se consideró lo bastante experto para realizar sus creaciones a solas con su pornomodelo. En vano intentó convencerle Nardo de que sus creaciones serían más completas, dinámicas y amenas si se reclutaban algunos jovencitos más de ambos sexos, para que actuaran de comparsas. Lino rechazó toda propuesta, rechazó a su propio amigo, que se sintió profundamente vejado y furioso ante semejante ingratitud, aunque todavía era consultado sobre algún detalle técnico, invitado con frecuencia a comer y a presenciar algún que otro *skecht* sin ningún interés. Disimuló como mejor pudo sus sentimientos, con la esperanza de que pasara aquella obsesión de su protector por encerrarse horas y horas con su única pornomodelo ideal...

Lo que finalmente ocurrió fue tan inverosímil como dramático. Tras una semana de casi absoluta reclusión en el búnker con la Osita —que no era tan mala actriz como la veía Nardo— grabando *videoclips* en cinta de doble pista y larga duración, con los cuales pensaba componer una película que titularía *Lecciones de buen amor*, Lino decidió proyectar la serie completa para comprobar su pericia y a la vez satisfacer su creciente *voyeurismo*. Es decir, aspiraba a pasar unas horas apacibles de gozo estético más que erótico, sin violentas excitaciones que cada vez le resultaban menos satisfactorias en la práctica. Es-

peraba un éxito total —que pensaba hacer público más adelante— de su labor creativa con aquellas prodigiosas videocámaras obedientes al ordenador, a su vez, siervo mecánico del usuario. Éste había programado meticulosamente, secuencia a secuencia, cada *skecht*. Como su título indicaba, el argumento de la serie grabada era el aprendizaje de una adolescente ingenua amaestrada paso a paso por un hombre maduro y sabio en el *ars amandi*: así es que las escenas iniciales eran muy románticas y mostraban a Lino y la Osita completamente vestidos, cogiéndose las manos, enlazando los brazos, juntando las cabezas, mirándose a los ojos con arrobo, al modo de las antiguas tarjetas postales; luego, venía el intercambio de besos de estilos muy variados, principalmente boca a boca y cada vez más largos y ardorosos; después, había unas cuantas sesiones de *strip-tease*, tanto individual como mutuo, otras con sabias caricias erógenas progresivamente audaces y, finalmente, acoplamientos en muy diversas posturas, con pausas voluptuosas y orgasmos prolongados que terminaban en actitudes relajadas de la pareja sobre la sofisticada cama semilunar. Todo ello era representado en poses artísticas al gusto del director y de la mejor manera para ser captadas por la videocámara sin perder detalle de las imágenes y de los sonidos correspondientes a cada situación —frases dulces o impacientes, palabras lascivas, gemidos, jadeos, suspiros, gritos, etc.—, con músicas de fondo igualmente compuestas por el videocreador.

Cierto día, después del almuerzo, sin la presencia de Nardo y rematado por sendas rayas de coca, la pareja se encerró una vez más en la sala audiovisiva, se acomodó en el gran diván semicircular, con provisión de suaves porros, refrescos afrodisíacos y cápsulas de *éxtasis* por si necesitaban de estímulos, aunque Lino quería evitarlos en aquella ocasión. Rodeó con su brazo izquierdo los hombros de la Osita y con la mano derecha comenzó a manipular el ordenador, situado sobre la mesita a su alcance. La proyección comenzó y prosiguió normalmente a lo largo de varios *videoclips*, hasta llegar al que mostraba a los protagonistas completamente desnudos, de pie, uno frente

al otro, cuando el hombre reclinaba a la chica muy despacio sobre el lecho y quedaba ante ella en actitud de sacerdote que se dispone a oficiar una liturgia sacra. Lino gozaba en aquel instante doblemente: como contemplador dentro de la película y como espectador fuera de la misma, recreándose en la belleza de ambos cuerpos, el propio todavía apolíneo, pese a sus grandes cicatrices deportivas; el de la Osita, absolutamente perfecto para su gusto. Le fascinaba ver en las múltiples pantallas, en planos largos y cortos, en conjunto y en detalle, con un realismo prodigioso, su rostro de pecosas mejillas y ojos felinos, su cabellera indómita, sus delgados miembros, sus pechos incipientes, la granulación rosada de sus pezones, la pelusa amelocotonada de sus piernas, el mechón llameante de su pubis, la cutícula lechosa que rodeaba las uñas de sus pies y de sus manos infantiles, ahora recortadas limpiamente y sin barniz ninguno...

Y de pronto, cuando se inclinaba sobre la chica para que ésta le hiciera una leve, delicada felación, se dio cuenta de que allí no aparecía él mismo, sino otro ser muy diferente, cuyo cuerpo no era blanco y esbelto como el suyo, sino de color café oscuro, de prominentes músculos y con un sexo enorme, que la Osita lamía con manifiesto placer. Sin dar crédito a sus ojos, hizo retroceder la cinta, la dejó correr de nuevo, congeló la imagen absurda, la amplió, encuadró la acción básica, mientras repetía en voz aún baja, como para sí mismo:

—¿Qué es esto? ¿Qué está pasando aquí? ¿Quién es esa bestia negra?

La Osita, también sobresaltada, soltó una risita nerviosa y dijo:

—¡Jolines, pero si es Ben Johnson!

Entonces, Lino —que sabía quién era Ben Johnson, que aborrecía el atletismo y que era feroz racista— alzó la voz, todavía con más estupor que ira:

—¿Y por qué sale ahí contigo? ¿Por qué le haces tú eso? ¡No entiendo nada!

—Yo tampoco, sólo he visto a ese tío en fotos cuando fue campeón olímpico y todo aquel follón... —balbuceó la chica,

toda encogida de sorpresa y temor.

Lino había retirado la mano de su hombro y le ordenó en tono duro, insólito en su trato:

—¡Cállate!

Una vez más, pasó la misma escena y luego, dejó que la proyección prosiguiera automáticamente durante unos minutos, con la esperanza de que en la cinta virgen hubiera una corta sobreimpresión casual que confundía las imágenes implicando a la Osita falsamente. Pero las escenas que se desarrollaron a continuación fueron igualmente ominosas y le causaban tanto asombro como incredulidad: masturbación, lesbianismo, pederastia, felación, pedofilia, *cunnilinguae*, sadismo, masoquismo, bestialismo, copofragia, canibalismo, necrofilia, en fin, todos los actos, naturales y contranatura que pudiera mostrar el álbum más completo de pornografía, estaban recogidos en aquella grabación, con insuperable exactitud audiovisual. Y lo más extraño era que en todos ellos figuraban Lino y la Osita, bien juntos o por separado, pero siempre acompañados por otros personajes, conocidos del uno, del otro, de ambos o de ninguno, tanto reales como creados por la literatura y las artes, muchos de ellos, olvidados o muertos. Actuaban vivamente, colaboraban con la pareja principal y constantemente sustituían a la chica o al hombre en los momentos culminantes, como si fueran los elementos decisivos del placer personal de una y otro. De vez en cuando, la Osita espectadora no podía reprimir una risita o una frase, al reconocer a alguno de sus *partenaires*; y al verse intercambiando caricias indecentes con una mujer de mediana edad, comentó en voz baja: «Era la maestra de mi pueblo, murió la pobre, ya hace unos años...» Por su parte, Lino callaba o profería cortas interjecciones de protesta o negación, sobre todo, cuando veía que en su propia actuación su chica real del presente era remplazada por otras personas de su pasado, aun el más remoto y olvidado: amas de cría, nurses, maestros, condiscípulos, amigos —Nardo mismo—, mujeres de alta sociedad que fueron sus amantes o que no logró seducir, deportistas, bailarines, cantantes, actrices, actores de cine y teatro, héroes fic-

ticios que admiró en su juventud y, en mayor número, pilotos y campeones automovilistas que había venerado o envidiado tiempo atrás... Su angustia y su ira culminaron cuando, de pronto, se vio a sí mismo apuñalando a su padre, desnudando y violando a su madre. Entonces se puso a pasear de prisa por el ovoidal recinto, a girar sobre sí mismo, apretándose la cabeza con las manos. Y su exasperación llegó al paroxismo, al advertir que entre los acompañantes eróticos de la Osita no sólo predominaban las gentes de color, hombres y mujeres indistintamente, sino que también intervenían animales, tanto del cine antiguo como de recientes películas —por ejemplo, los *Gorilas en la niebla*— y que todos ellos, evidentemente, causaban a la muchacha mucho más placer que cuando representaba con su maestro un guión previamente estudiado y dirigido por él mismo. Completamente encolerizado, comenzó a proferir en voz alta tacos y blasfemias, insólitos en su lenguaje externo y se lanzó a manipular las teclas del ordenador desordenadamente. Con esto, la maldita máquina prosiguió impertérrita su mecánico oficio, pero ofreciendo en las múltiples escenas todavía más fantásticas y complicadas. La sala entera se convirtió en escenario de un tremendo aquelarre lujurioso, en vasta cama ovoidal donde se revolcaban promiscuamente Lino y la Osita con Nardo, Cleopatra, Fangio, Nijinsky, Tina Turner, Rambo, Los Beatles, Sydney Porter, Sabrina, Carl Lewis, Di Stéfano, Tarzán, Ginger Rogers, Butragueño, Lauren Bacall, Miguelito Bossé, Maurice Chevalier, Madonna, Michael Jackson, Grace Kelly, Nefertiti, Elvis Presley, Gunilla, Bob Dylan, Florence Griffith, Julio Iglesias, María Callas, Don Juan Tenorio, Carlos Gardel, Robin Hood, Grace Jones, Niki Lauda, Greta Garbo, Bertín Osborne, Alain Delon, Sandocán, Stevie Wonder, Frank Sinatra, Romeo y Julieta, Supermán, el policía blanco y el policía negro de *Miami Vice*, ETE, King-Kong, los Gremlis, la mona Chita, el perro Pluto, el oso Barth, conjuntos de ballet clásico, bandas de jazz negras, grupos de *rock*, astronautas, curas y monjas, jugadores de fútbol y de baloncesto, toreros, rudos campesinos, algún poeta, ningún político: en fin, una abi-

garrada multitud de seres, muchos, monstruosos, tanto reales como imaginarios, pertenecientes al pasado, al presente, incluso al mundo de los sueños...

Lino estaba acostumbrado a ver *clips* surrealistas y a las alucinaciones producidas por drogas, pero en ellas siempre conservaba la consciencia de que lo eran, mientras que ahora no podía asimilar aquellos hechos producidos fuera de su mente como reales y que confirmaba con gestos y chillidos de susto su misma compañera de pesadilla. Terminó por perder el control de sus nervios y se fue hacia ella, colmándola de insultos, a los que la pobre chica sólo respondía sollozando:

—¡Quiero irme, quiero salir de aquí, por favor, me ahogo, no puedo más!

—¡Puta, grandísima zorra, estafadora, me hacías creer que eras virgen, que yo te enseñaba a hacer el amor y te las sabías todas! ¡Así es que te gustan las negras, los negros, incluso los desteñidos maricas! ¡Pues yo te voy a poner negra a ti, palurda, ladrona, rata asquerosa! ¡Eres una mierda, te voy a matar, te voy a retorcer el pescuezo!

Quizá lo hubiera hecho, de haber logrado atrapar a la Osita, que se escurrió de sus manos en un quiebro agilísimo, al mismo tiempo que asestaba una patada en la mismísima entrepierna del hombre, que dio un alarido y se llevó ambas manos al bajo vientre, mientras ella, de un salto felino, alcanzaba y apretaba con fuerza el timbre de alarma que resonaba en toda la casa y, con otro brinco, llegaba a la única puerta del búnker, pulsaba el resorte eléctrico que la abría y salía gritando:

—¡Socorro, auxilio, me quiere matar! ¡Está loco, está loco!

En efecto, Lino se producía como un demente: cogió el ordenador y lo estampó contra el suelo, lo pisoteó, lo golpeó con la misma mesita de alma metálica que lo soportaba; y con ella misma y una de las botellas a su alcance, arremetió contra pantallas, proyectores, magnetoscopios y demás elementos del equipo, haciéndolos añicos, entre fuertes chispazos de luz causados por cortocircuitos eléctricos, estruendo de cristales y de plásticos rotos y agudísimas notas sueltas de la cadena musical.

Todos los servidores de la casa acudían ya rápidamente, sin dudar de que la chica que se escapaba entre ellos decía lo cierto de su señor, pues venía dando muestras de perturbación desde algún tiempo atrás. Se apresuraron a socorrerle, sin ocuparse de la intrusa pelirroja, que recorría a toda velocidad los fastuosos salones hacia las escaleras, las bajaba de tres en tres hasta la planta baja, atravesaba el jardín sin perder marcha, pedía al portero sorprendido que le abriera el portón exterior para atender a una emergencia, salía disparada a la calle, que no pisaba desde hacía más de dos meses y desaparecía para siempre: de la Osita, nunca más se supo...

El videomaníaco era transportado fuera de la sala —que había quedado totalmente a oscuras— casi en brazos y se refugiaba en los de su vieja ama de llaves, única persona antigua en la casa, llorando como un niño aterrado, balbuciendo frases que no podían entender sus atónitos oyentes:

—Sí, sí, vaya, muchas cosas eran verdad, eran recuerdos y sueños míos, tú misma estabas ahí, reconocí tu cara y tu cuerpo, cuando tenías veinte años y me bañabas... ¡Pero otras cosas eran falsas, monstruosas! ¡Matar a papá y acostarme con mamá! ¡Eso nunca, nunca, nunca...! ¡Y lo de ella, peor aún, haciendo porquerías con los osos, con los orangutanes, con los negros! ¡Qué horror, qué horror, esas malditas máquinas...!

Hubo que telefonear al administrador del señor, a sus únicos parientes cercanos y, por supuesto, a Nardo, que fue el primero en comparecer. Encontró a Lino acostado ya en su alcoba, bastante aplacado por el fuerte calmante nervioso suministrado por su ayuda de cámara, pero que, una vez quedaron los dos a solas, repitió obsesivamente el relato minucioso del extraño «comportamiento» del vídeo suministrado por el sabio alemán y el técnico japonés. Imperativamente, dijo a Nardo:

—Tienes que localizar cuanto antes a esos dos tipos. Que vengan y me expliquen su invento y sus intenciones conmigo: volverme loco, sin duda. Lo he roto todo, no creo que tenga arreglo, ve a verlo tú mismo.

Así lo hizo Nardo, en cuanto se logró restablecer la luz eléc-

trica en la sala y quedó consternado, ante el total destrozo de la valiosa instalación. Rebuscando en el *maremagnum* de sus restos, encontró trozos de cintas de las últimas casetes utilizadas, que recogió y guardó en sus bolsillos. También llamó insistentemente a los teléfonos suministrados por el señor Tahosuma y a los otros que figuraban en el folleto del equipo. En los dos únicos que funcionaron, castizas voces madrileñas le respondieron que allí no había ni nunca había existido ninguna persona llamada Schostter ni Tahosuma, ni tampoco empresa alguna de vídeos. Cuando volvió junto a su amigo, ocultando su fuerte inquietud y cierta sensación de culpa personal, encontró que, pasados los efectos del calmante, mostraba gran angustia, fuerte agitación y hasta accesos de agresividad hacia sí mismo. Era evidente que necesitaba asistencia de un médico, y fue requerido el de familia, que conocía la politoxicomanía de Lino y aconsejó que fuera consultado un especialista, psiquiatra muy renombrado. Éste, al día siguiente, tras conversar con el enfermo y saber que usaba alucinógenos, no creyó una palabra de su historia sobre el vídeo perverso y dictaminó que debía internarse en una clínica, para hacer una cura de desintoxicación. Antes de ejecutar tal plan, dócilmente aceptado por el paciente, se llamó de nuevo a sus dos primos hermanos, ambos casados, con hijos y de tanta alcurnia como él, pero más morigerados y convencionales en sus costumbres, por lo que tenían escasa relación con su disoluto pariente. Sin embargo, acudieron con sus mujeres y se volcaron en atenciones con el enloquecido millonario, del que se consideraban legítimos herederos. Las primas políticas, ambas muy afectadas, hicieron por su cuenta discretas averiguaciones sobre el suceso, que les fue contado a medias y apenas entendieron. Una de ellas lo confió a su confesor, cura viejo, que consideró todo absolutamente cierto y cosa del diablo:

—Pues el diablo, hija mía, ya lo ha dicho recientemente el Santo Padre, no sólo existe, como siempre existió, sino que en estos tiempos actúa por todo el mundo con más eficacia y malignidad que nunca.

La otra prima, menos devota, prefirió contar los hechos, en versión muy personal y siempre ocultando el nombre del protagonista, a una amiga que se dedicaba a las ciencias ocultas, y especialmente, al espiritismo, y que no vaciló en afirmar que era un fenómeno paranormal o, más probablemente, sobrenatural, quizás obra de algún familiar muerto tiempo atrás, que había querido demostrar los peligros de los inventos modernos.

En cuanto a Nardo, tras visitar a su amigo varias veces en la clínica y hacerse repetir con todo detalle su extraña experiencia, se dio cuenta de que no estaba más loco que de costumbre y de que había sido víctima de un audaz experimento científico que le inspiró gran curiosidad e intentó conocer. Como no pudo localizar a sus autores ni dentro ni fuera de España, se puso al habla con diversos expertos en electrónica informática, con los que sostuvo largas conversaciones, incluso polémicas, basadas en su comprobación de algunos pasajes sueltos, grabados en los fragmentos de casete que había logrado rescatar y reproducir en un taller especializado. Cuando tales expertos le hablaban de posibles sobreimpresiones sobre una cinta vendida como virgen sin serlo, él replicaba:

—No puede ser: en la grabada por mi amigo había escenas y personajes del pasado, muchos de ellos muertos antes de que existiera la televisión. Y además, no sólo recogían recuerdos, ideas y sentimientos suyos sino también otras escenas referidas a su acompañante y que él desconocía totalmente.

También los consultados invocaban las frecuentes noticias sobre piratería electrónica, virus y parásitos informáticos, interferencias y sabotajes que hasta habían perturbado los sistemas de seguridad de algunos Estados, si bien tales manipulaciones podían ser combatidas porque se conocían sus bases científicas, incluso tenían ya sus nombres técnicos —*data diddling*, *wire tuping*, *superzaping*, «caballo de Troya», etc.— lo que servía a Nardo para replicar con toda lógica:

—Por eso mismo, esto es algo muy distinto, no tiene ninguna explicación científica conocida.

—Habrá leído usted que todo lo que ha ocurrido en el mun-

do subsiste íntegramente diluido en el éter y que todavía no puede ser captado, pero algún día podrá serlo. O sea que cualquiera verá los amores de Cleopatra y Marco Antonio, la predicación, pasión y muerte de Cristo, el descubrimiento de América, las campañas de Napoleón y toda clase de sucesos, grandes y pequeños... O quizá se trate de esos misteriosos rayos cósmicos cuya procedencia estelar y cuyos efectos en la tierra tampoco se conocen todavía... Lo mejor que se podría hacer es contar el caso y llevar la chatarra del equipo, que usted dice guardar, a un centro solvente de investigación. Que allí intenten reconstruir esa maquinaria, que la estudien, que opinen los sabios, los electrólogos. Todo eso más bien parece la fantasía de un loco...

Nardo no se conformaba con ninguna de las opiniones dubitativas que obtenía. La última y más inquietante le fue sugerida por el propio Lino, en una de sus entrevistas, pocos días antes de ser dado de alta en la clínica, al preguntarle de repente:

—Dime, Nardo, tú que eres tan entusiasta de la nueva ciencia, ¿crees que se puede inventar un vídeo capaz de grabar y proyectar el inconsciente?

Nardo tuvo un profundo sobresalto, miró de hito en hito a Lino y respondió sonriendo afectuosamente:

—Mira, Lino, pudiera ser, dicen que en física todo es posible... Desde luego, si se lograra fabricar una videocámara que grabase no sólo las imágenes y sonidos del mundo exterior, sino también las actividades mentales y sentimentales de los hombres, hasta los deseos e impulsos más ignorados por ellos mismos, semejante aparato sería el vídeo perfecto. Pero tan peligroso...

—Pienso que quizá fuese todo lo contrario —dijo Lino—. Según las teorías de Freud, que mi psicoanalista me está enseñando ahora, desaparecerían el subconsciente, el inconsciente profundo y, por tanto, los daños que producen en nosotros: complejos, histerias, neurosis y, sobre todo, esta penosa incomunicación que hay entre los hombres. Todos se conocerían a sí mismos y a los demás. Cambiaría de verdad el mundo... Eso sí que

sería una verdadera revolución... —Calló durante casi un minuto como sumido en hondas reflexiones y luego, dijo—: A mí mismo, por ejemplo, este dichoso vídeo me ha servido para saber quién soy yo y quién era verdaderamente la Osita: una putita *vulgar*...

Nardo pensó: «Eso lo sabía yo sin necesidad de tan prodigioso instrumento.» Pero optó por callarse y abrazar efusivamente a su mejor amigo, su viejo cómplice, su generoso protector. Se sentía feliz al recuperarlo íntegro, tal vez ya dispuesto a otra loca aventura. De todos modos, qué lástima de vídeo...

(1989)

ÍNDICE

El perfume 7
La abuela loca 13
La carraca 19
Viajera de segunda 29
El testigo falso 39
Prisa 71
La invitación 81
Leonora 109
La isla sin nombre 139
Maremoto 157
El vídeo perfecto 173